

# **GABRIEL ROLON PALABRAS CRUZADAS**

**Del dolor  
a la verdad**



«Palabras Cruzadas. Esa es, en definitiva, otra manera de describir un proceso analítico: como una sucesión de palabras que se cruzan a partir del dolor de un paciente y que, con el deseo, la claridad y el valor necesarios, pueden conducir al develamiento de una verdad capaz de cambiar para siempre la vida de un sujeto», escribe Gabriel Rolón en el prólogo de su segundo libro.

Del dolor a la verdad. Un camino sin dudas complicado, difícil, que se transita con padecimientos. Pero que bien encarado también se recorre con la satisfacción que da la certeza de saber que ese destino vale la pena. Por eso, la angustia, los miedos, la sexualidad puesta en duda, los lazos familiares, los vínculos afectivos, el trabajo, el amor y su ausencia, las adicciones, el tiempo que pasa y la soledad. Pero también la superación, el florecimiento, el saber que es posible cambiar el orden de las cosas para mejor. Y ahí entonces está *Palabras cruzadas*: un libro vital, que parte del psicoanálisis para poner en juego un pacto de confianza entre alguien que dice lo suyo y quien escucha, contiene y acompaña.

Como en *Historias de diván* —el primer libro de Gabriel Rolón—, se trata de «historias reales» construidas de a dos. Las más de las veces duras, sí, pero siempre cargadas de vida. Mucha vida.

Somos carne y palabra  
silencio y angustia  
hambre y caos  
oscuridad y tiempo

El amor nos toma una mano  
la muerte nos toma la otra,  
danzando con los ojos cerrados  
nos dirigimos hacia el misterio.

TERESA CASTILLO

## Prólogo

Un paciente no es una persona. Un paciente no es un individuo. Un paciente es un sujeto.

Sabemos que los griegos, responsables de algunas de las manifestaciones más bellas e importantes del arte y de la cultura de Occidente, tenían mucha estima por el teatro. Son famosas sus tragedias y comedias, y Sófocles y Aristófanes son nombres que todavía hoy resuenan con total pertinencia. También sabemos que por aquellos tiempos no existían los teatros tal cual hoy los conocemos. Las obras se representaban al aire libre, en grandes predios a los que concurrían muchísimos espectadores, y todos los actores llevaban puesta una máscara que amplificaba y distorsionaba sus voces a la vez que disimulaba sus identidades. Esa máscara, ese disfraz, llevaba un nombre que venía del latín y que etimológicamente significaba retumbar. Ese nombre era «persona».

Es decir, que hay en el origen mismo de la palabra persona algo que remite al ocultamiento, a lo que no es, a la actuación y al engaño. Un paciente, por el contrario, es alguien que llega al consultorio dispuesto a quitarse todas las caretas y a mostrar incluso hasta las más profundas de sus heridas. Para eso trabaja y se expone. Con generosidad y a un alto costo se adentra en un camino que tiene como punto de partida su dolor y que busca, como destino final, el develamiento de su verdad.

Y el analista se compromete a acompañarlo en esa travesía porque es, antes que nada, un enamorado de la verdad. Pero no de una verdad universal y trascendente: no hay que confundir al analista con un filósofo, un sociólogo o un místico. No nos desvela Dios, tampoco El Hombre, sino única y

exclusivamente ese hombre en particular que ha venido a pedir nuestra ayuda. Y esa verdad que nos interesa es única, pertenece a cada sujeto. Encuentra sus orígenes en la historia individual de cada paciente y recorre su sangre y su vida aunque él mismo se resista a reconocerla y aceptarla como propia.

La palabra individuo también proviene del latín y significa «imposible de ser dividido». Nada más alejado de un paciente que eso. Por el contrario, el paciente está escindido, partido al medio por su sufrimiento ama y odia al mismo tiempo, quiere pero no quiere, anhela pero no puede, tiene miedo de algo pero no por eso deja de desearlo. Un individuo es alguien sin contradicciones, sin ambivalencias, sin culpa. Y no son así los pacientes que llegan a mi consultorio. Por el contrario, envueltos en una nube de confusión y angustia, hacen cosas que no quieren y traen síntomas que los hacen sufrir y de los que parecen no saber nada. Y en parte esto es cierto. Porque al momento de comenzar el análisis, el paciente *no sabe que sabe*. ¿Cómo puede ser esto posible?

Para responder a esta pregunta hay que aceptar que existe un saber no sabido, un saber que no es accesible a la conciencia: un saber inconsciente. Sin embargo —y esto es decisivo para mí a la hora de aceptar el inicio de un tratamiento con alguien—, a pesar de esa sensación de extrañeza y desconocimiento, el sujeto debe sospechar que algo tiene que ver con eso que le pasa.

El hecho de habitar en un cuerpo puede generar la idea errónea de que un hombre es un individuo. Es cierto que el cuerpo es el escenario fundamental a partir del cual se desarrollará la construcción de un sujeto: el Yo es antes que nada un Yo corporal, decía Sigmund Freud. No hay sujeto sin cuerpo, pero no basta con que exista un cuerpo para que haya un sujeto. Es necesario que las miradas y el contacto de otros caigan sobre ese cuerpo.

Las caricias de los padres, el reconocimiento de ciertos rasgos y las palabras van atravesando el cuerpo del bebé y construyendo lo que de a poco será su personalidad. Y van, además, redefiniendo algo en ese cuerpo que nada tiene que ver con la biología, sino con las palabras.

Prueba irrefutable de esto son, por ejemplo, los síntomas histéricos, en los cuales el cuerpo ve afectada alguna de sus funciones sin que haya justificación orgánica alguna para que esto sea así, o los trastornos de la alimentación que demuestran que, como en el caso de la anorexia, una persona de una delgadez casi mortal puede verse obesa. Evidentemente, hay algo en el cuerpo subjetivo que va más allá de lo biológico.

Es decir que el cuerpo físico, atravesado por las marcas del discurso, se independiza de la biología y toma un lugar propio ligado a lo simbólico de manera indisoluble. De allí que cada sufrimiento emocional se va a ver reflejado en el cuerpo y que, recíprocamente, cada acto que se ejerza sobre este, ha de marcar —para bien o para mal—, el modo de desear, de gozar o de sufrir de un sujeto.

Un paciente no es un ser libre. Por el contrario: es alguien que se encuentra *sujetado*. Sujetado a su historia, a su inconsciente, a deseos de otros, pero sobre todo, sujetado al lenguaje, a la palabra. A diferencia de la persona o del individuo, el sujeto existe con anterioridad a su propia gestación, desde el momento en que sus padres comienzan a desearlo y a poner en juego sus propios ideales sobre el futuro hijo. Más tarde, durante el embarazo, se va generando una realidad que aguarda la llegada del bebé y, cuando por fin se produce el nacimiento, ya hay un mundo que lo está esperando, un nombre y un deseo puestos sobre él.

Cuando un recién nacido, que en su vida intrauterina no había sentido jamás hambre o sed debido a su simbiosis con su madre, experimenta alguna de esas sensaciones por primera vez, entiende que no puede satisfacer por sí mismo esas necesidades y solo atina a llorar como acto reflejo de descarga de la tensión. Y es allí cuando aparece otro (un otro tan importante que habitualmente los analistas los escribimos en mayúsculas: Otro), generalmente alguno de los padres, y le da un sentido a ese llanto. «Ah, —dice la madre— tiene hambre», lo abraza, le da el pecho y lo satisface. Desde ese momento, el bebé comprenderá algo fundamental para su existencia: que todo lo que quiera a partir de ahora deberá pedirlo a otros, y que las palabras no solo lo comunican con los demás, sino que también lo atan a ellos.

A todo esto y más debe responder alguien que ni siquiera es capaz de

mantenerse de pie y alimentarse por sí mismo. Por eso, no es de extrañar que para muchos vivir sea una tarea difícil y que, con el tiempo, comiencen a llevar cargas pesadas.

No es nada fácil acarrear esa mochila y hay quienes solo pueden hacerlo al precio de su salud. Y así comienzan a aparecer los síntomas que son, antes que nada, una forma equivocada y patológica de responder a algunas exigencias internas o externas que se le presentan al sujeto. Este, imposibilitado de hallar la respuesta adecuada, encuentra en la enfermedad una manera costosísima de resolver sus conflictos.

¿Qué lugar podría encontrar la palabra en la superación de esos síntomas?

He escuchado muchas veces decir que hablar hace bien, que la palabra cura. Esta afirmación ha llevado a muchos al equívoco de pensar que una conversación con un amigo, con un padre o, por qué no, con uno mismo, puede reemplazar a un tratamiento y es suficiente para producir un proceso de curación. Y no es así.

Para que esto suceda, es necesario que haya alguien que escuche de manera diferente aquello que el sujeto dice. Alguien a quien este le suponga un «saber hacer» con sus dichos, en quien confíe que va a escuchar lo que ni él ni los demás son capaces de escuchar. Y ese es, precisamente, el lugar del analista.

Este libro está atravesado por palabras que se cruzan y se repiten: silencio, angustia, llanto, deseo o miedo. No podría ser de otro modo si pretendo ser veraz con lo que ocurre en el transcurso de un análisis.

Un análisis es un proceso que tiene su origen cuando acordamos juntos, paciente y analista, comenzar un tratamiento. A partir de allí se inicia un devenir de acontecimientos que tienen un protagonista fundamental: el lenguaje. Pero no cualquier lenguaje; para nosotros se trata de un lenguaje a descifrar.

Una vez hubo un niño que, parado frente a unos símbolos raros e incomprensibles, tomado de la mano de su padre, lo miró fascinado y le dijo: cuando sea grande yo los voy a descifrar. El hombre se rió. Pero años después, ese chico cumplió con su promesa. Esos símbolos eran los jeroglíficos escritos en la Piedra de Rosetta, y ese joven era Jean-François

Champollion.

Con esa misma pasión vamos los analistas tras el discurso encriptado de nuestros pacientes. Con esa misma convicción escuchamos el relato de los hechos de su pasado y de sus sueños.

Entonces. Palabras Cruzadas.

Eso es lo que todo el tiempo percibo cuando dirijo un proceso analítico. Palabras que se cruzan en la mente del paciente y que vienen de su pasado. «Vos nunca vas a llegar a nada», «Esta empresa va a ser tuya», «No naciste para ser feliz», «La homosexualidad es una enfermedad», «Ni se te ocurra dejar de estudiar».

Palabras que se cruzan aquí y ahora y generan esa aparición del inconsciente a la que llamamos lapsus: soy una persona intolerable —me dijo cierta vez una paciente queriendo decir que era «intolerante»—. Y esa palabra que se cruzó en su discurso, «intolerable», generó un sentido totalmente diferente del esperado y nos abrió puertas que hasta entonces estaban cerradas. Palabras que se cruzan entre el paciente y el analista, y que toman la forma de la pregunta, el señalamiento o la interpretación.

Y por qué no, palabras que se cruzan en mi propio pensamiento durante las sesiones y que me empujan a la duda o la reflexión.

Palabras Cruzadas. Esa es, en definitiva, otra manera de describir un proceso analítico: como una sucesión de palabras que se cruzan a partir del dolor de un paciente y que, con el deseo, la claridad y el valor necesarios, pueden conducir al develamiento de una verdad capaz de cambiar para siempre la vida de un sujeto.

*Licenciado Gabriel Rolón  
Febrero de 2009*



# **CASO 1**

NORMA

**PÁNICO • ABANDONO**

Antes de ver por primera vez a un paciente experimento una sensación rara. Es una mezcla extraña entre expectativa e intriga: no puedo dejar de armar en mi cabeza una imagen previa al encuentro. Es algo contra lo que lucho. No resulta aconsejable tener juicios previos —o prejuicios— sobre alguien que viene a consultar porque eso puede predisponerme de manera inadecuada. Por el contrario, me parece mejor, y necesario, mantener la mente despejada de ideas, sobre todo cuando esas ideas no tienen fundamento. Y así suele ser en estos casos, ya que hasta ese momento cuento solamente con la voz de quien me consulta y con lo que pude percibir en la breve charla telefónica en la que pactamos la primera entrevista.

Son pocos los datos que esa conversación aporta, es cierto. Sin embargo, permiten percibir más de lo que uno pudiera imaginar. La inflexión de la voz, las palabras, el ritmo del habla. Cada detalle es un indicio, un aporte que ayuda al conocimiento del posible paciente.

En el caso de Norma, cada una de las señales que había percibido en el primer contacto delataba un profundo estado de tristeza. La lentitud con la que había hablado, la escasez de palabras, la manera de aceptar el encuentro como si fuera algo que no pudiera evitar ni elegir.

Llegó acompañada, y ese ya era un dato sugestivo. Pero yo no iba a preguntar nada acerca de eso. Todavía.

—Adelante, Norma. Siéntese. Es un gusto conocerla.

—Gracias. Estoy un poco nerviosa. Es la primera vez que consulto a un

psicólogo.

—La comprendo. Pero no se preocupe, después de todo una entrevista psicológica no es algo tan raro.

Estaba a la defensiva, casi asustada. Ante una actitud como esa, quedarse callado no suele ser lo mejor, de modo que opté por un comportamiento más activo. Además, en las entrevistas preliminares me permito preguntar y averiguar todo lo que considere necesario para decidir, con elementos consistentes, si puedo y quiero hacerme cargo del caso. Esto, por supuesto, siempre y cuando el paciente también me acepte como analista.

—Cuénteme, por favor, por qué decidió pedir esta consulta.

—En realidad me lo sugirió mi jefe.

—¿Y por qué su jefe le sugirió esto?

Se queda pensando.

—Para ser sincera, no me lo sugirió. Me lo ordenó.

Baja la cabeza y su mirada se pierde en medio de un breve silencio. Le cuesta hablar. Son los primeros momentos. Aún no me conoce ni confía en mí. Por eso, para no avasallarla, intervengo casi como pidiendo permiso.

—¿No quiere contarme en qué está pensando?

—Me da vergüenza.

—¿Qué le da vergüenza?

—Lo que pasó.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Pasó que... —se interrumpe—. Una de mis compañeras le dijo.

Su discurso es entrecortado y debo preguntar todo el tiempo para que el sentido quede claro.

—¿A quién?

—A mi jefe.

—¿Qué cosa le dijo?

—Que le parecía haberme escuchado llorar en el baño.

Silencio.

—¿Eso es cierto?

Asiente con la cabeza.

—Continúe, por favor.

—Fue hace unos días. Y se ve que él me estuvo observando, esperando

que llegara el momento.

—¿Y el momento llegó?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

—¿Cómo fue?

—Y —se interrumpe—. Yo estaba en el baño y él me golpeó la puerta.

—¿Estaba llorando usted?

—Sí.

—¿Qué pasó, Norma?

—Cuando escuché los golpes en la puerta me asusté. Y me asusté aún más cuando oí su voz. «¿Norma, se siente bien? —me preguntó—. Contésteme. Abra la puerta, por favor». Me desesperé. El corazón me empezó a latir cada vez más rápido, empecé a transpirar y tuve que sentarme en el piso porque creí que me desmayaba. Y esa horrible sensación...

—¿Cuál sensación?

—Sentí que... que iba a morirme en ese mismo instante.

Me mira.

—¿Entiende de qué le hablo?

Taquicardia, sudoración repentina, sensación de baja presión y la idea inminente de la muerte. Claro que entiendo de lo que me habla. Me está relatando un ataque de pánico. En mi mente pasan las imágenes de lo por venir si tomo el caso. Me sacudo esas ideas rápidamente. El trabajo va a ser arduo. De modo que, cuanto antes empecemos, mejor.

—La entiendo, Norma. Continúe.

Norma tenía 46 años cuando comenzó a analizarse conmigo. Hacía dos que se había divorciado de Esteban, con el cual tenían un hijo, Facundo, de 17 años.

Decidimos iniciar el análisis luego de la cuarta entrevista preliminar y tomé la decisión de trabajar cara a cara. Me pareció que no era su momento de hacer diván. No todavía.

—Esteban fue mi único hombre —me contó después de algunas sesiones.

—¿Eso quiere decir que jamás se acostó con otro o que ni siquiera salió con alguien más?

Baja la cabeza. Le incomoda hablar del tema.

—Ambas cosas.

—Cuénteme cómo fue la historia.

Se toma unos segundos.

—Éramos vecinos. Vivíamos a una cuadra de distancia. En aquella época los chicos iban al colegio del barrio, al del Estado. Así que, como teníamos la misma edad coincidimos en primer grado y fuimos compañeros hasta terminar la escuela primaria.

«En aquella época».

Norma es una mujer joven. Sin embargo, habla de su niñez y de su adolescencia como si fueran algo que aconteció hace muchísimo tiempo. De todos modos, me guardo ese dato y no digo nada. Ha empezado, muy de a poco, a hablar de un modo más o menos continuo, y no deseo perturbarla.

—Después, yo fui al Colegio Nacional y él a un Comercial. Pero usted debe recordar cómo eran los barrios, ¿no?

—¿Qué quiere decir exactamente con eso?

—Que uno se seguía viendo. Nos cruzábamos en la vereda, en el almacén, en los bailes de división. ¿Se acuerda?

Asiento con la cabeza.

—¿Usted también iba a esos bailes?

La miro y pienso. Es una pregunta a la que podría no responder. En la mayoría de los casos no lo hubiera hecho, pero se la nota relajada, y me parece que es una buena ocasión para ir generando un vínculo diferente, que ella me sienta más cercano.

—Sí, claro. Tenían su encanto.

—Por supuesto que lo tenían —dice entusiasmada.

Por primera vez aparece una sonrisa y se disipa ese gesto compungido que le es habitual.

—¿Quiere hablarme de eso?

—Bueno. Yo, aunque ahora no se me note, era una adolescente muy bonita, y eran muchos los chicos que querían bailar conmigo. Muchos — repite con una mirada nostálgica.

—¿Y usted aceptaba?

—Casi nunca.

—¿Por qué?

—Y... porque yo no tenía ojos más que para Esteban. Él era tan...

—¿Tan qué?

—Tan lindo, tan hombre a pesar de su edad. Tenía una mirada tan bella, una voz pausada. Era diferente de todos los demás.

—Y usted, por lo que veo, estaba enamorada de él.

Se ruboriza.

—¿Se me nota?

—Sí.

—Creo que en aquel momento también se me notaba. Siempre fui muy transparente.

—Supongo, entonces, que él estaba al tanto de lo que usted sentía.

—Sí, claro. Pero todo era tan distinto.

—¿Distinto de qué?

—A como es ahora.

—¿Por qué, cómo es ahora?

—Las adolescentes de ahora son más audaces. Antes una chica no podía ir y tirársele a un muchacho.

Sonrío.

Norma deja de hablar. Algo ha cambiado en su mirada. Algo no anda bien, puedo percibirlo. Se ha puesto seria y me doy cuenta de que alguna cosa la perturbó. No sé qué pudo haber sido, pero debo aclarar esto de inmediato.

—Norma, ¿qué pasa? ¿Algo de lo que hice o dije le molestó?

Su rostro se ha puesto tenso. Aprieta los dientes y su respiración se hace profunda, como si se estuviera conteniendo.

—Le ruego que me conteste, por favor.

Me inclino apenas hacia delante en mi sillón y se aleja instintivamente. Como si temiera que fuera a saltar sobre la mesa baja que nos separa para hacerle algún daño.

—No entiendo —continúo—, ¿puede explicarme qué ha ocurrido?

Me mira.

—No me gusta que se rían de mí. Aunque lo que le cuente le parezca una

pelotudez, es mi historia. Y me lastima que se burle de mi pasado.

¿De qué me está hablando esta mujer? ¿Se ha vuelto loca? ¿Cuándo me reí de su historia? Me está agrediendo sin motivos y no tiene derecho a hacerlo. Pero... ¡Alto! ¿Cómo que no tiene derecho? ¿Qué estoy diciendo?

Comprendo que, casi sin darme cuenta, sus palabras hicieron que yo también me enojara con ella y me correrá, por un segundo, de mi lugar.

Por suerte, en ese instante, vinieron a mi memoria las palabras de mi viejo analista, Gustavo.

*—Gabriel, no olvide que en la sesión usted no es usted. Es una pantalla en blanco sobre la que sus pacientes proyectan sus miedos, sus frustraciones, sus enojos. El consultorio es el escenario en el cual se actualizan las escenas del pasado y puede que a veces le toque ocupar el lugar de un personaje querido y otras el de alguien odiado. Pero no es con usted. No se crea tan importante.*

Estos son los momentos más difíciles de manejar. El analista se ve invadido por alguna emoción que no puede ni debe dejar salir. Y mucho menos permitir que estos afectos enturbien su pensamiento. Respiro una, dos veces y vuelvo a centrar mi atención en lo que realmente importa: el paciente.

—Norma, permita que le diga que ha habido un malentendido. Por algún motivo usted piensa que yo me reí de su relato e interpretó esto como una falta de respeto. Pero está equivocada. Le doy mi palabra.

—No me mienta. Yo lo vi.

—No es cierto, Norma.

—¿Me acusa de mentirosa?

—No. No digo que mienta, solo que se confunde. Sé que cree que lo que dice es verdad, pero déjeme intentar aclarar esta confusión. ¿Puede ser?

Digo todo esto en voz muy suave, casi sin matices. No quiero parecer agresivo, pero tampoco arrepentido, porque eso sería corroborar que su impresión es correcta. Simplemente busco un tono neutro, analítico.

—Veamos —continúo—. Usted estaba hablando acerca de que las cosas, en «su época» eran diferentes. Que una chica no podía tomar la iniciativa y... —de pronto comprendo—. Norma, ¿usted se enojó porque yo sonreí?

—Sí.

—Pero yo no me estaba riendo de su historia.

—¿Y de qué se rió entonces?

Sonríó nuevamente.

—Es que usted utilizó una palabra que hace mucho que no escuchaba. Dijo que una chica no podía *tirársele* a un muchacho. Y eso me retrotrajo a mi propia adolescencia. Así decíamos: Tirarnos, en lugar de declararnos —la miro de un modo cómplice—. ¡Cuánto hacía que no escuchaba ese término! Es increíble, ¿no cree?

—¿Qué cosa?

—Cómo una palabra puede traer tantos recuerdos.

Es el momento de intentar acercarse nuevamente.

—Y bueno, discúlpeme. Pero su relato me despertó alguna añoranza. Después de todo, somos de la misma época.

Su mirada se suaviza, su gesto se hace más relajado.

—Es cierto —sonríe.

—¿De qué se ríe? ¿Qué pensó?

—Que de habernos conocido en otro lugar, usted y yo nos hubiéramos tuteado.

La miro.

—Podemos hacerlo, si quiere.

Vuelve a sonreír.

—No sé si me va a salir.

—No es una obligación. Es simplemente una opción.

Piensa unos segundos.

—Bueno, intentémoslo. ¿Sabés qué? —continúa luego de una pequeña interrupción.

—No, contame.

—Hace unos segundos... te hubiera matado.

Nos reímos.

Esa sesión marcó un momento importante en la relación analítica. A partir de ese día, Norma se relajó mucho más y empezó a hablarme de sus temores más profundos. Y, de un modo casi exagerado, volcó en mí toda su confianza.

Incluso, empezó a tener una actitud de dependencia casi patológica conmigo. No daba ningún paso sin consultarme y, cuando se angustiaba, solo



mi palabra parecía calmarla.

Ese es también un lugar incómodo para el analista. El paciente piensa que somos el garante de su bienestar, de su seguridad. Genera un vínculo que hace que tengamos que estar muy atentos, porque cada palabra nuestra puede volverse una ley a cumplir. Pero estas eran las dificultades de este caso, y por un tiempo decidí quedarme allí. No era el lugar más seductor. Pero yo no estaba allí para sentirme bien, sino para ayudarla.

Pasaban los meses y el análisis continuaba. A veces parecía detenerse y volvía a arrancar, lentamente, como se podía. Con los tiempos de Norma. Era una paciente con la cual había que tener mucho cuidado porque cualquier intervención podía despertar su angustia.

Recuerdo aquel día con precisión. Era un miércoles por la tarde y llovía en Buenos Aires. Estaba en la mitad de una sesión cuando golpearon la puerta de mi consultorio. Me resultó extraño, ya que cuando estoy atendiendo dejo expresa indicación a Adriana, mi secretaria, de no ser interrumpido a menos que se trate de algo realmente importante. Y esta vez lo era. Me disculpé con mi paciente y fui a abrir la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Disculpame por interrumpirte, pero te llama una mujer. Dice que es urgente.

Volví a disculparme y salí hacia la recepción para atender el llamado.

—Hola.

—¿Licenciado Rolón?

—Sí.

—Disculpe que lo moleste. Mi nombre es Verónica. Trabajo con Norma Valverde.

Mi pulso se aceleró y activó mi mecanismo de alerta.

—¿Qué pasó?

—Ella me pidió que lo llamara.

—¿Y por qué no me llamó ella directamente?

Traté de que mi voz aparentara calma.

—Norma está encerrada en el baño. No quiere salir. Dice que se va a

morir. Y me pidió que lo llamara a usted.

Mi paciente esperaba en el diván. Adriana me miraba interrogante. La voz de la mujer sonaba muy nerviosa y yo imaginé la situación: Norma encerrada y llorando tirada en el piso del baño de su trabajo. El gerente y sus compañeros del otro lado de la puerta tratando de convencerla para que saliera. Algunos nerviosos, otros simplemente sorprendidos o curiosos.

—¿Usted me habla desde un teléfono inalámbrico? —me escuché decir.

—Sí.

—Hágame el favor de llevarle el teléfono a Norma.

—Pero usted no entiende. Está encerrada.

—Entiendo perfectamente. Simplemente le pido que se acerque a donde ella está y le diga que yo estoy al teléfono. Que quiero hablarle.

—Pero no puedo pasarle el teléfono si no abre la puerta.

—Ya lo sé —le dije algo alterado por la obviedad.

—Ah. ¿Usted piensa que ella me va a abrir para tomar el teléfono?

—No lo sé. Pero intentémoslo, por favor.

Mi voz debe de haber sonado imperativa, porque la mujer pareció sorprendida. No dijo una palabra, pero por el teléfono me llegaban sonidos cambiantes, rumores de voces, como si estuviera desplazándose de un lugar a otro.

—Ya llegué —me dijo secamente después de unos segundos—, ¿y ahora qué hago?

—Háblele con tranquilidad. Dígale que yo quiero hablar con ella.

Breve silencio.

—Norma, abríme por favor que...

—No —la interrumpí—, no le pida que le abra la puerta. Dígale simplemente que yo quiero hablarle.

—Pero...

—Por favor. Haga lo que le pido.

La mujer resopló algo molesta, pero siguió mis instrucciones. Al cabo de unos minutos logró convencerla para que entreabriera la puerta y pudieran darle el teléfono. Lo tomó y volvió a encerrarse.

—Hola, Norma.

Silencio.

—¿Me escuchás? Soy yo, Gabriel.

Continuaba sin hablar. Yo podía escuchar sus sollozos desesperados.

—Tranquilizate. Todo va a estar bien. No tengas miedo.

—Gabriel —me dijo llorando—, me voy a morir. Yo sé que me voy a morir.

—Eso no es cierto. Estás pasando un momento difícil. Lo sé. Pero te doy mi palabra de que no te vas a morir.

Sigue llorando.

—Yo sé que sí.

Debo llevar su atención hacia otra cosa. Distraerla de esa idea obsesiva que le genera la certeza de su inminente muerte.

—Norma, ¿estás de pie?

—Contestame, por favor. ¿Estás parada?

—No.

—¿Dónde estás?

—Sentada en el piso —responde con voz entrecortada.

—¿Tenés la luz prendida?

—No.

—Bueno, escuchá bien lo que te voy a pedir. Quiero que prendas la luz.

—No. Me da miedo moverme.

—No te va a pasar nada. Confiá en mí. Simplemente prendé la luz.

—No puedo.

—Sí podés. Dale. Yo te hablo mientras tanto.

Pasan unos segundos.

—Ya está.

—¿Lo hiciste?

—Sí.

—¿Viste que no era tan difícil?

—Decime, ¿de qué color es el baño?

—¿Qué?

—Te pido que me digas de qué color es el baño.

—No sé.

—Fijate.

—Beige.

—¿Azulejos?

—Sí.

—¿Lisos?

—No.

—¿Y qué dibujo tienen?

—No sé... unas hojas, o unos pajaritos.

—Norma, hay una gran diferencia entre una hoja y un pájaro —finjo una sonrisa cuando en realidad estoy muy tenso—. Entiendo que estás asustada, pero supongo que conservás la capacidad de diferenciar una cosa de la otra, ¿no?

—Bueno, hago lo que puedo. No te enojés.

—No, no me enoja. Vos simplemente describime cómo son los azulejos.

Seguimos así un buen rato. No recuerdo siquiera las cosas que le dije ni el giro que fue tomando la conversación. Pero necesitaba que hablara, no importaba de qué. La charla duró varios minutos. No podría decir cuántos. Le pedí que se pusiera de pie y que se lavara la cara. Lentamente se fue calmando, hasta que me dijo que necesitaba verme. Respondí que estaba dispuesto a atenderla en cuanto llegara a mi consultorio, pero que para eso iba a tener que salir del baño.

Me dijo que sí. Le pedí que lo hiciera y que me pasara con su amiga. Así lo hizo.

—Verónica, ¿usted puede acompañarla hasta mi consultorio?

—Sí. Está bien. No creo que sea conveniente que vaya sola.

—Exacto. Además me gustaría agradecerle personalmente y pedirle disculpas.

Silencio.

—Dígame algo.

—Sí, lo escucho.

—Hace un instante, cuando hablamos, ¿tuvo muchas ganas de insultarme?

—Sí —sonríe.

—Bueno. Entonces venga y sáquese el gusto.

Ese episodio me hizo tomar una decisión importante. Debíamos hacer una interconsulta con psiquiatría. Norma no podía volver a pasar por situaciones como esa y, evidentemente, requería de una contención farmacológica que yo no podía darle. Sabido es que los psicólogos no podemos medicar. Por esa razón, dada la característica del caso, llamé inmediatamente al doctor Carreiro, director médico de mi equipo.

—Manuel, necesito que veas a una paciente mía.

Lo puse al tanto y decidimos que la vería cuanto antes. Manuel es un médico dedicado y de pensamiento abierto. Además es psicoterapeuta, razón por la cual, además de medicar, entabla con el paciente vínculos más afectivos. Lo escucha, le pregunta, se toma su tiempo antes de decidir qué hacer. De manera que ponerme de acuerdo con él fue fácil. Lo complicado fue convencer a Norma para que aceptara ver a un psiquiatra.

Suele ocurrir que la sola indicación de hacer la consulta pone a los pacientes a la defensiva. Piensan que si uno los deriva a un psiquiatra es porque están locos. Se niegan a la medicación porque sostienen que ellos no están enfermos.

Norma, vos no vas a estar enferma porque tomes medicación. No es la medicación la que te va a convertir en una enferma. Al contrario, nos va a ayudar a controlar y superar una enfermedad que ya tenés.

Me mira.

—Te guste o no guste tenés que aceptarlo. Con medicación o sin ella estás enferma. Y yo quiero que resolvamos ese problema.

—¿De verdad creés que estoy enferma?

La respuesta debe ser cuidadosa. Nunca es fácil para el paciente asumir esto. La palabra enfermedad es utilizada vulgarmente incluso como un insulto, razón por la cual hay que explicar todo con mucho respeto.

—¿Sabés que yo soy psicoanalista, no?

—Sí.

—Bueno, los psicoanalistas clínicos trabajamos con enfermedades psíquicas. Algunas graves, otras leves. Imaginate que vas a un médico. Podés ir porque estás engripada, porque tenés una disfonía, un ataque al hígado o

por algo mucho más serio. En todos los casos, estás enferma. En algunos te recomendarán reposo, en otros que tomes un antibiótico y a veces te indicarán que te hagas estudios más complejos. ¿Sí?

—Sí.

—Bueno, esto es parecido. A veces los pacientes están tristes, otras enojados, deprimidos o, como es tu caso, con síntomas que le impiden manejarse libremente en su vida cotidiana. Porque lo que a vos te pasa te complica y mucho, ¿o no?

Asiente.

—Imagino que no debe haber sido nada grato para vos pasar por lo que pasaste.

Se hace un silencio profundo.

—Fue horrible.

—Contame.

—Salir de ese baño fue uno de los momentos más difíciles que he pasado en mi vida. Imaginaba que todos estarían mirando a ver cómo salía «la loquita». Salí mirando el piso. No quería cruzar la mirada con nadie. Verónica me dio la mano y yo me abracé a ella. Me condujo hasta la salida y subimos a su auto. ¿Sabés qué fue lo que más me extrañó?

—No.

—Que al contrario de lo que yo pensaba no nos encontramos con nadie.

Hago silencio. Esa fue una acertada intervención de Verónica, quien le pidió a todos que se fueran para que Norma saliera más tranquila.

—Pero esto de medicarme me da miedo.

—Hagamos una cosa. Vos hacé la consulta, hablá y escuchá lo que Manuel tenga para decirte. Después nos reunimos y conversamos sobre el tema. Con ir no perdés nada. Y es una opinión más. No estás obligada a hacer nada que no quieras. ¿Te parece?

Seguimos hablando del tema y, a regañadientes, aceptó consultar con el psiquiatra. Norma fue a la entrevista y, después de conversarlo en su sesión conmigo, aceptó la medicación que le habían indicado. Previamente, en una reunión con Manuel para evaluar el caso de Norma, acordamos la terapéutica.

Lo primero era evitar otras crisis. Poco podría yo avanzar con el análisis si su pensamiento permanecía ligado exclusivamente a la idea de que iba a

morirse. El primer paso era, entonces, bajar su nivel de ansiedad. Manuel optó por un ansiolítico sublingual en gotas. Esto haría efecto de modo inmediato y le daba a Norma la posibilidad de utilizarlo cuando sintiera la inminencia del estado tan temido. Es importante, a veces, darle al paciente un elemento que lo relaje y que le haga sentir que tiene un arma para defenderse de sus angustias. A partir de allí deberíamos estar atentos, ya que probablemente bastara con eso, pero también podía ser necesario algún antidepresivo. Así fue en el caso de Norma. Se hizo indispensable, entonces, un control psiquiátrico más activo, ya que las primeras tres o cuatro semanas son las que nos van dando la pauta de cómo reacciona el paciente frente a la medicación y de los ajustes que hay que realizar.

En la sesión siguiente hablamos acerca del tema. Le expliqué que la medicación haría efecto en unas semanas y que debía contarme todos los cambios que fuera notando, para bien o para mal.

—¿Pero vos estás en contacto con Manuel, no? —me preguntaba constantemente.

Para ella era muy importante sentir que yo la estaba cuidando, que seguía al frente del tratamiento.

—Por supuesto —le respondí.

Pero no era eso lo único que debía decirle, pues habíamos tomado una decisión terapéutica fuerte y yo tendría que informarle.

—¿Qué pasa? —me preguntó—. Te noto serio.

—Norma, yo soy un hombre serio —le dije a modo de broma, intentando distenderla.

—Dale, decime qué pasa.

—Te quiero hacer una consulta. ¿Cómo tomarías la posibilidad de pedir una licencia en el trabajo?

Silencio.

—¿Licencia psiquiátrica, querés decir?

—Si querés llamala así.

Se angustia.

—Pero yo necesito trabajar.

—Y vas a trabajar. Simplemente te estoy planteando la opción de que, hasta que esta crisis pase, no te veas expuesta a más presiones.

Me mira en silencio. Continúo:

—Esto está contemplado en la legislación laboral. No sos ni la primera ni la última empleada que pasa por un momento difícil y necesita tomarse unos días. Es como cuando...

—Sí, ya sé. Como si me hubieran operado de apéndice.

—Correcto.

—Pero no es lo mismo, porque la gente no te mira de la misma manera cuando volvés de una operación de apéndice que cuando te dieron licencia porque estás loca.

—Norma, vos no estás loca.

—Pero, según vos, no puedo ir a trabajar, ¿no?

—Yo no dije eso sino que sería aconsejable que no lo hicieras por un tiempo. Pero no estás tan mal como para que yo te lo imponga.

Necesito que ella se comprometa con la decisión y no que la acate solo porque yo lo digo.

—Si querés seguir yendo, andá. Simplemente cumplo con mi obligación de decirte lo que creo que en este momento es mejor para vos. Vos decidís.

Fue una intervención dura, difícil, de esas que un analista preferiría no hacer. Pero era necesario. Ella se quedó callada. No dijo ni una palabra durante el tiempo —que todavía era bastante— que quedaba de sesión. Yo tampoco dije nada.

Norma finalmente aceptó tomar una licencia en su trabajo por motivos de salud y esto produjo un cambio importante en su carácter. Se la veía relajada, incluso contenta. En ese período conversamos acerca de muchas cosas de su historia.

Me contó que se había puesto de novia con Esteban a los dieciséis años. Fue en el cumpleaños de una amiga en común. Estaban en la terraza y había llegado el momento de «los lentos». Se oía la voz de Spinetta interpretando *Muchacha, ojos de papel* cuando él le preguntó:

—¿Bailamos?



Aceptar un lento significaba que él le gustaba. Y ella no quería seguir negándolo. Todos lo sabían, incluidos ellos mismos.

Empezaron a bailar. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y él comenzó a jugar con los dedos entre sus cabellos. Al ver que no era rechazado acarició su cuello. Ella no podía creer lo que estaba ocurriendo. Tanto tiempo había soñado con esto.

«Que no se detenga ahora», había pensado. Y él no se detuvo.

Tomó su rostro, la miró a los ojos como pidiendo su autorización, y la besó, lenta, profundamente.

—Creo que fue la sensación más fuerte que tuve en mi vida —recuerda Norma.

A partir de esa noche fueron inseparables. Sus padres no se asombraron pues sabían desde siempre que «habían nacido el uno para el otro», y alentaron la relación.

Un año después Norma tuvo su primera experiencia sexual con Esteban.

—¿Cómo fue?

—Hermosa, pero rara.

—¿Qué te resultó raro?

—Eso de desvestirme ante sus ojos. La sensación de que viera mi cuerpo desnudo.

Le cuesta hablar. Es muy pudorosa.

—Verlo a él —se ríe—. Todo era muy raro.

—Pero parece que pudiste vivirlo con intensidad y placer.

—Sí, así fue. Él fue un santo... aunque un poco torpe.

—Y, los santos no suelen ser muy hábiles en esto del sexo, ¿no? Además, por lo que me dijiste, para él también era la primera vez.

—Sí. No sabía... no encontraba... bueno, vos me entendés, ¿no?

Asiento.

Lo cierto es que Norma había entrado en su sexualidad de la mejor manera posible. De la mano del amor, de la ternura, de una pareja estable y de una pasión compartida. La relación con Esteban siguió su marcha y poco después, cuando cumplieron diecinueve años decidieron casarse.

—¿Por qué tan jóvenes? —le pregunté.

—Esteban no estaba cómodo en su casa. Su padre era un hombre

desaprensivo y su mamá se lo pasaba todo el tiempo en la cama, deprimida. Él la adoraba, pero igual no soportaba vivir allí.

—¿Y vos?

—Y yo... mis viejos para mí siempre fueron grandes. Vinieron de España escapando de la Guerra Civil y nunca fueron muy comunicativos conmigo. Vos sabés que soy la hija de la vejez. Además no tengo hermanos. Era todo muy sospechoso.

—¿Qué querés decir con sospechoso?

—Que muchas veces pensé si no sería adoptada.

—¿Les preguntaste?

—Ni loca —me mira—. Ustedes los psicólogos piensan que se puede hablar de todo. Pero hay algunos temas que a padres e hijos nos cuesta encarar.

—Que les cueste no quiere decir que no puedan hablarse.

—Tenés razón. Pero yo no lo hablé nunca.

—Nunca compartiste esa duda con ellos.

—No. De todas maneras, no tenía nada que compartir con ellos. No era este el único tema del que no podía hablarles.

—¿Y esto por qué?

—Ya te dije, eran muy grandes y estaban en la suya. Y yo quería una vida diferente para mí. Además, nosotros...

—¿Nosotros, quiénes?

—Esteban y yo, queríamos... estar juntos todo el tiempo. ¿Comprendés?

—¿Verse todo el tiempo?

—No —se sonroja—, estar juntos.

—Ah, querían cojer todo el tiempo querés decir.

Se tapa la cara.

—Ay, licenciado, tampoco lo diga así.

Lo dijera como lo dijese, la verdad es que estos jovencitos se habían utilizado el uno al otro para escaparse de la casa y, apoyados en un alto erotismo, decidieron casarse. Por lo general este tipo de decisiones no suelen ser acertadas. Lo sano es irse, no escaparse.

Dos años después había nacido Facundo y durante mucho tiempo fueron los tres muy felices. ¿Hasta cuándo?

Eso me lo contaría algunas sesiones después.

La medicación había surtido efecto. Norma estaba menos ansiosa y podía recordar su historia sin que la angustia la desbordara, lo cual nos permitió trabajar más en profundidad.

—No puedo entenderlo.

—¿Qué cosa no podés entender?

—Lo que nos pasó con Esteban. Estábamos tan bien juntos, éramos tan felices. Yo vivía solo para él.

—¿Y a Esteban le gustaba eso?

Me mira y baja la vista.

—Yo creía que sí. Pero parece ser que no. Si no, no hubiera pasado lo que pasó.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Natalia.

Sus ojos se llenan de lágrimas y le cuesta hablar. Nos quedamos un rato en silencio hasta que retoma la palabra.

—Una noche me dijo que quería hablar conmigo, y allí me confesó todo.

Esteban le contó que hacía dos años que sostenía una relación con otra mujer, cuyo nombre era Natalia, diez años menor que él. Había tratado de luchar contra ese sentimiento para conservar su hogar, pero ya no podía seguir haciéndolo. Era un hecho. Estaba enamorado de ella y quería separarse. Avergonzado y tratando de cuidarla, dentro de lo posible, le pidió perdón y le informó que iba a abandonar la casa.

—Ni siquiera lo consultó conmigo. No me dio la oportunidad de pelear por lo nuestro.

La miré e imaginé el dolor que la embargaba. Pero estaba más fuerte, y podíamos hablar de las cosas con otro nivel de análisis. Ya no necesitaba cuidarla tanto.

—Norma, Esteban no tenía nada que consultarte porque ya había tomado la decisión de separarse. Y en cuanto a la oportunidad de pelear, como dice el refrán, cuando uno no quiere dos no pueden. Y, por lo que me contás, Esteban no quería más.

Lloró mucho en esa sesión, después de la cual dedicamos bastante tiempo a elaborar su pérdida. Repasamos esa relación en la cual según los dichos de Norma «estaban tan bien y eran tan felices juntos» y llegó a la conclusión de que no había sido así.

El paso del tiempo los había ido desgastando. Norma se fue entregando a la rutina y, poco a poco, la esposa y la madre habían acabado con la mujer. Ella creía que bastaba con la casa impecable, la comida lista y el hijo bañado y con la tarea hecha para brindarle a Esteban un hogar feliz. Pero él quería más. Quería una mujer que lo deseara, que tuviera un proyecto propio y se la jugara por conseguirlo. En ese aspecto Norma había dejado que su vida pasara de largo durante muchos años. Y cuando quiso reaccionar era tarde.

La separación había sido civilizada y ella pudo sobrellevarlo a pesar del dolor sin entrar en estado de crisis.

Un año después Esteban le informó que, por cuestiones profesionales, Natalia debía irse a vivir a España y que él había decidido acompañarla. Este también había sido un duro golpe para ella y también para su hijo, Facundo.

—Justo en el momento que más necesitaba a su padre, él se fue. Y yo tuve que contenerlo y hacer un poco de padre y madre.

También sobre esto trabajamos mucho. Comprendió que ella podía intentar ser la mejor madre posible, pero que de ninguna manera podía ocupar el rol del padre. Esto no era sano ni para ella ni para su hijo. Además, Esteban era un padre que vivía lejos, pero de ninguna manera un padre ausente.

Norma estaba trabajando muy bien en su análisis, progresaba, y llegó el momento de tomar una nueva decisión terapéutica. Decisión que volvió a generarle angustia y ansiedad.

—No quiero. ¿Por qué?

—Porque considero que ya es el momento de hacerlo.

—Pero yo me siento bien así, como estoy.

—Puede ser, pero no podés seguir así toda la vida, ¿no te parece?

—¿Y por qué no?

—Porque afuera sigue habiendo un mundo y el precio de tu bienestar no puede ser el aislamiento.

Silencio.

—Yo sé que ha desaparecido el miedo que sentías y que estás mejor. Justamente por eso, ¿no te parece que estás en condiciones de enfrentarte con el mundo exterior? ¿No creés que tu vida no puede reducirse a tu casa y este consultorio?

—Pero yo acá me siento segura.

—Te entiendo, pero ¿no considerarás que es deseable que tu seguridad provenga de una sensación interior y no del cobijo de estas cuatro paredes?

Silencio.

—¿Y a partir de qué fecha debería volver a trabajar?

—Decidámoslo juntos. —Quiero involucrarla y que comprenda y sienta que es un momento del análisis y no una imposición mía.

—No sé. Dame unas sesiones para hacerme a la idea.

Escucho cómo me lo pide. No mide el tiempo en semanas, lo mide en sesiones. Y justamente es esa dependencia con el análisis lo que hay que ir desarmando. El análisis debe tener que ver con su deseo de saber, no con una necesidad.

Fijamos la fecha de su retomo al trabajo para tres semanas después. Ese lunes por la mañana agregamos una sesión. Según sus propias palabras, «necesitaba verme» antes de enfrentarse nuevamente con sus compañeros y con aquel lugar en el que su síntoma había hecho eclosión. ¿Por qué en ese lugar? Aún no lo sabía. Pero, como suele ocurrir cuando un análisis progresa, es cuestión de escuchar atentamente y tener paciencia. Más tarde o más temprano, si el analista no entorpece la tarea, la verdad que en el paciente pugna por salir termina develándose.

No le fue sencillo volver. Los sentimientos de miedo, inseguridad e incluso la vergüenza al ver a los compañeros de trabajo delante de los cuales había «hecho aquel papelón» no eran fáciles de enfrentar. Sin embargo, Norma lo hizo con toda la entereza de que era capaz.

—Ya resistí medio día —me dijo, en broma, cuando me llamó durante su hora de almuerzo.

Y no solo resistió esa mañana sino los tres días que la separaban de la

siguiente sesión.

—Me cuesta mucho —me dijo— y por momentos creo que voy a quebrarme, pero respiro profundamente, hablo con Verónica y se me pasa. Estoy intranquila, pero no desbordada. Hay como un trasfondo de angustia que me acompaña todo el tiempo, pero lo estoy controlando. Hablé con Manuel y me dijo que, si era necesario, podía aumentar unas gotitas del ansiolítico. Pero por ahora lo vengo manejando sin hacerlo. ¿Bien, no?

Otra vez me coloca ante una situación difícil. Está pidiendo mi aprobación, sé que la necesita, pero debo ir corriéndome de ese lugar de autoridad casi omnipotente.

—¿Vos qué creés?

—Que sí, que está bien.

—Me alegro, entonces.

Las semanas pasaban y, aunque la angustia no desaparecía del todo, Norma empezaba a desenvolverse en su trabajo con normalidad. Tanto su jefe como sus compañeros le tenían gran cariño y se lo demostraban todo el tiempo. La contenían, la acompañaban, le hacían más llevadera su readaptación. Pero, a veces, no basta toda la contención del mundo para frenar la embestida de la angustia.

Eran aproximadamente las tres de la tarde cuando sonó el teléfono de mi consultorio. Yo estaba en una pausa, tomando un café. Atendí.

—Hola.

La voz de Norma estaba tan quebrada por el llanto que me resultaba difícil entender lo que decía.

—Hola.

—Ayúdame, por favor...

Más que su voz reconocí su súplica.

—Norma, ¿qué ocurre?

Llanto.

—¿Me escuchás?

—Sí.

Su ruego resonaba en mis oídos: «Por favor, ayudame». Otra vez

convocado a ese lugar tan incómodo para un analista. Pero no era el momento de hacerse a un lado.

—Por supuesto que voy a ayudarte —me escuché decir—, pero para eso necesito que me digas qué te está pasando.

—Otra vez, Gabriel. Volvió a pasarme otra vez.

—¿Qué cosa volvió a pasarte?

No me responde.

—Mirá, vamos a hacer algo, a ver si te parece. Cortá el teléfono y yo te llamo al celular. Le vas a pedir a alguien que te acompañe hasta aquí y vamos a ir conversando hasta que llegues. ¿Te parece?

—Sí.

—Bueno, cortá que te llamo.

Breve silencio.

—¿Qué pasa?

—¿Me vas a llamar, no?

—Por supuesto.

Norma corta e inmediatamente la llamo. Conversamos durante todo el trayecto hasta el consultorio. Llega y se desploma sobre el sillón. Le ofrezco un vaso de agua. Lo acepta. Sus ojos están rojos y el rostro hinchado de tanto llorar. Me mira culposa, como si hubiera hecho algo malo. No digo nada. Le doy el tiempo que considere necesario para empezar a hablar. En el consultorio, en su espacio analítico, debe sentirse segura, y eso va a hacer que se relaje poco a poco. Espero. Solo algunos minutos.

—Perdóname —me dice llorando—, soy un fracaso.

—No tengo nada que perdonarte. A mí no me has hecho nada. Y además no me parece que seas un fracaso.

—¿Cómo que no? Volvió a pasarme lo mismo. Otra vez la taquicardia, el temblor y esa sensación de que iba a morirme. Volví a sentir lo mismo.

—Puede ser. Después de todo no es sencillo controlar lo que se siente. Pero ¿no te parece que estás siendo injusta con vos misma, que estás confundiendo la parte con el todo?

Hago esta pregunta para obligarla a razonar. Estoy tratando de que pueda virar de ese lugar padeciente a otro menos angustioso, y para eso intento que tome distancia de su emoción apelando a su pensamiento.

—No entiendo la pregunta.

—Estoy tratando de decirte que no poder todo no es lo mismo que no poder nada.

—Sigo sin entender.

—A ver. Si analizamos detenidamente cada uno de estos episodios, ¿no te parece que hay diferencias sustanciales entre ellos?

—¿Como cuáles?

Hago un silencio. Le doy tiempo para que vaya disminuyendo su nivel de angustia.

—Analicemos un poco lo sucedido. Es cierto que una parte de lo que te ocurrió fue similar a la anterior, la que tiene que ver con lo que sentiste.

Asiente.

—Pero la otra parte, la que tiene que ver con lo que pudiste hacer a pesar de lo que sentías, con tu actitud, no fue la misma, y eso es un paso adelante.

Me mira asombrada. Está escuchando atentamente. Continúo:

—Norma, durante la crisis anterior vos no pudiste ni siquiera llamarme por teléfono. Te encerraste a llorar en el baño, tu amiga tuvo que hablarme y tardaste más de una hora en poder salir de ese encierro. ¿Te acordás? Bueno, esta vez lo manejaste mucho mejor, ¿no te parece?

—Pero no pude evitarlo.

—Es cierto. Nadie dijo que iba a ser fácil. ¿Pero entendés la diferencia que te señalo?

—Sí. Después de todo no lo hice tan mal...

Sonrío. La sesión continúa en un clima menos tenso. Se va calmando. Y mientras habla mi mente se aparta hacia otro sitio. No puedo dejar de preguntarme: ¿Qué disparó este episodio? ¿Qué relación tiene con el anterior?

Pero no soy yo sino Norma quien posee la respuesta a esas preguntas. Siento la inquietud de quien se acerca a algo importante. Evalúo la situación y decido que hoy no es el momento para avanzar más. Está recuperándose de un momento durísimo y siempre hay que priorizar el tiempo del paciente por sobre la ansiedad del analista. De todos modos, también ella había vislumbrado la cercanía de algo trascendental. Y no iba a detenerse.



Cuando Norma dejó mi consultorio llamé a Manuel. Hablamos sobre lo ocurrido y decidimos no hacer cambios en el rumbo terapéutico. Al fin y al cabo iba progresando. Yo no podía asustarme, como ella, con esta recaída. Tales tropiezos forman parte del tratamiento. De modo que ni variamos la medicación que estaba tomando ni aconsejamos una nueva licencia en el trabajo. Ella, al menos eso creía yo, estaba preparada para enfrentar este presente. Con esfuerzo, con un costo de angustia. Pero era la oportunidad de no ceder, por temor, el territorio ganado.

En el análisis no hay certezas. Todo sujeto es único y debe respetarse la singularidad de cada caso. No podía estar seguro de que mi decisión fuera la correcta. Pero el trabajo del analista se parece al del cirujano. Intentamos reducir el riesgo al mínimo, pero debemos estar alertas. Creer que se tiene el caso totalmente bajo control es un error que puede pagarse caro. Lo sabía y no pensaba olvidarlo ni por un instante. Sobre todo en este punto en el cual debíamos adentrarnos en un territorio misterioso y sombrío.

—Norma —dije en la siguiente sesión—, quiero que hablemos de lo que pasó el otro día en tu trabajo.

—¿Es necesario? Ya me siento un poco mejor y preferiría no recordar lo sucedido.

Es una reacción esperable. Nadie tiene ganas de atravesar esos infiernos voluntariamente. Pero este es el único modo de develar la verdad que se oculta tras los síntomas.

—Sí, Norma. Es necesario.

Suspira.

—Bueno. Ya te conté. Taquicardia, transpiración y...

—No —la interrumpo—, no es de eso de lo que quiero que me hables.

Me mira sorprendida.

—¿Entonces?

—Vayamos un poco más atrás. Contame cómo fue ese día.

En su rostro se dibuja una sonrisa de desconcierto.

—Si me lo pedís... Dejame hacer memoria —piensa un minuto antes de hablar—. Fue un día normal, como cualquier otro. Me levanté a las siete y me

fui a bañar. Cuando salí, Facundo ya había partido rumbo al colegio. Desayuné, leí el diario y —se interrumpe—, disculpame, Gabriel, pero ¿esto tiene algún sentido?

Yo no tenía respuesta a esa pregunta.

—¿Te molesta hablar de esto?

—No. Simplemente no sé si quiero gastar el tiempo de mi sesión contándote mi desayuno.

Sonrío.

—Está bien, supongo que vos sos el que sabe. Bueno, me vestí, me arreglé y me fui al trabajo.

—Hasta ahí todo normal.

—Sí, ya te dije.

—¿Y cuando llegaste?

—También. Nada hacía presagiar el desastre que vino después.

—¿Cuándo empezaste a sentir que algo no andaba bien?

Pienso.

—Estábamos con Verónica en la oficina de Ricardo, un compañero de trabajo, tomando café y charlando de cosas sin importancia. De repente sentí como si una especie de electricidad me recorriera la columna.

Hace silencio. Solo recordar ese momento le genera angustia. Continúa:

—Yo conozco esa sensación. Es horrible. Me empezó a faltar el aire y se me nubló la vista. Pensé ir al baño a lavarme la cara, pero recordé lo que había pasado la vez anterior y tuve miedo de que se repitiera. Me aterraba la idea de volver a estar tirada en el piso, sola y a oscuras. La puerta del baño se me presentó como la entrada a una tumba. Temía que si iba hacia allí jamás saldría. Yo sé que parece ridículo, pero te juro que es así.

—Te creo.

Respira profundamente. Está intentando controlar sus emociones y pensar.

—Entonces empecé a temblar. Mis compañeros se pegaron flor de susto. Me preguntaban qué me estaba pasando, y yo solo atinaba a decir una frase.

—¿Cuál?

—Me muero —dice, y comienza a llorar.

Enseguida continúa:

—Entonces caí de rodillas en el piso. Miré el escritorio y vi el teléfono. Y, casi sin darme cuenta, te llamé. El resto ya lo sabés.

Está angustiada, conmovida por el recuerdo de lo vivido. Pero bajo control. Podemos continuar.

—Norma, ¿cuál es el último pensamiento que registrás antes de que apareciera la angustia?

Me mira sorprendida. Piensa un poco y niega con la cabeza.

—No tiene sentido.

—¿Cuál es?

—Más que un pensamiento es una imagen.

—¿Cuál?

—Un portarretrato que Ricardo tiene sobre su escritorio.

—¿Qué hay en él?

—Una foto.

—¿De quién?

—De su hijo, Franco.

—Hablame de esa foto.

—Es simplemente un bebé durmiendo en su cunita.

—¿Esa imagen te recuerda algo?

—No.

—A ver, decime lo primero que se te venga a la mente.

Silencio.

—Lo siento. Nada.

La represión ha caído rápidamente impidiendo toda asociación. Hoy no vamos a avanzar mucho más. Pero tenemos algunas pistas: un portarretrato y la imagen de un bebé en una cuna. No mucho más. De todos modos, es la punta del ovillo.

En nuestro siguiente encuentro trabajamos sobre el ataque de pánico que Norma acababa de sufrir. Como lo había hecho en la sesión anterior, indagué acerca de los momentos previos a su aparición.

—No sé. No puedo acordarme de todo —protesta.

—No te pido que hagas uso de tu memoria. Solamente que me digas lo

que venga a tu mente sin forzar ningún recuerdo.

Pasan unos segundos antes de que comience a hablar.

—Yo estaba por salir a almorzar y mi jefe me preguntó si podía pasar por una florería a encargarme un ramo de rosas en su nombre. Le dije que sí. Me dio el dinero, la tarjeta para adjuntar al ramo y me agradeció. Eso fue todo. Volví a mi oficina a buscar la cartera y, no sé por qué, empecé a sentirme mal. Ya sabés. No voy a cansarte enumerando los síntomas.

Vuelve a hacer silencio.

—¿Para quién eran las flores?

—Para su mujer.

—¿Qué decía la tarjeta?

La pregunta la sorprende. Piensa, frunce los ojos y baja la cabeza. No sé qué, pero algo la ha impactado. A veces, en análisis, suceden estas cosas. Al seguir el discurso del paciente y las palabras que nos ofrece, hacemos impacto en alguna fibra íntima y oculta.

—¿Qué decía, Norma?

—Perdoname... No puedo entender por qué, pero me angustié ahora.

Toma aire y continúa:

—Era una simple tarjeta dirigida a su esposa.

—¿Recordás que decía?

Asiente.

—Decía: por estos cuatro años... —su voz se entrecorta— de... amor y felicidad.

Norma esconde la cara entre las manos y comienza a llorar desconsoladamente. Le doy unos segundos, pero es el momento de preguntar.

—¿En qué estás pensando?

Niega con la cabeza.

—No sé —me responde en medio del llanto.

Pienso. Ato cabos.

—Norma, ¿cuánto tiempo hace que Esteban está con Natalia?

No me responde. Solo el sonido de su desconsuelo se escucha en el consultorio. No necesito la respuesta. Ambos la sabemos. Hago un respetuoso y prolongado silencio.

—¿Por qué, Gabriel... por qué? —me pregunta.

No tengo respuesta a ese interrogante. Trata de respirar profundamente para recomponerse. Pero no puede. El llanto vuelve una y otra vez. Tiembla, el rostro permanece entre sus manos. No hago el menor movimiento para no perturbar ese encuentro con su dolor.

Norma ha sido engañada y abandonada por el único hombre de su vida, el padre de su hijo. Hace cuatro años él eligió otra mujer, más joven, profesional, pujante, al lado de la cual se siente una fracasada. «Soy un fracaso», me había dicho hacía un tiempo, y yo no había entendido hasta ahora a dónde apuntaba esa afirmación.

Es una sesión dura para ella, pero no puedo interrumpirla. Aún falta algo más.

Espero a que se recupere. Le alcanzo unos pañuelos de papel. Se seca las lágrimas y suspira.

—Norma —digo intentando ser especialmente cuidadoso—, me gustaría que volviéramos a la escena en la oficina de Ricardo.

Me mira desconsolada, como si no entendiera por qué quiero seguir revolviendo en su dolor.

—¿Puede ser?

—No sé qué querés saber.

—Lo que quieras decirme.

—Estoy aturdida. Me cuesta pensar.

—Lo sé. Pero hablame un poco de lo que ocurrió aquella tarde.

—Ya te lo conté todo.

—Contámelo otra vez.

Breve silencio.

—Estábamos en la oficina tomando café y empecé a angustiarme sin motivos. No sé qué más puedo decir que ya no te haya dicho. Estoy agotada.

Lo sé, pero es momento de seguir.

—Hablame del portarretrato.

—Era una foto del hijo de Ricardo.

Su voz vuelve a quebrarse apenas lo nombra. Ese chico significa algo. ¿Pero qué?

—¿La imagen del bebé te remitió a Facundo? —le pregunto.

—No —responde con seguridad.

Era demasiado obvio. Claro que no podía ser eso. Debe de ser algo más arcaico, más infantil. ¿Pero qué puede estar significando «el hijo de Ricardo»? De pronto una idea se me impone.

—Norma, ¿cómo me dijiste que se llama el hijo de Ricardo?

—Franco, ¿por qué?

Me tomo un instante.

—Decime ¿cuándo fue la primera vez que escuchaste ese nombre en tu vida?

Me mira como si no comprendiera la pregunta. Pero de a poco su mirada se pierde en el espacio, o más bien en el tiempo.

—Hace mucho. Era muy chica.

—¿En qué circunstancias?

Inspira profundamente.

—Mi papá solía mencionarlo. Te conté que él tuvo que dejar su país y su familia durante la Guerra Civil. A veces se quedaba despierto por las noches, recordando, con la mirada perdida. Y me hablaba de Franco.

—¿Y a qué te remite ese nombre?

Suspira, una lágrima se desliza por su mejilla.

—Al dolor, a la muerte y... —se detiene.

—¿Y a qué más?

—A España.

—¿Qué pasa con España?

Su voz vuelve a quebrarse.

—Esteban me dijo que quería que Facundo viajara unas semanas para allá.

—¿Qué le dijiste?

—Que sí, por supuesto. Él tiene derecho a verlo y Facu está muy entusiasmado con la idea.

—¿Y vos?

Me mira. Sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas.

—Yo... no quiero ser egoísta... pero... tengo miedo.

Se quiebra.

Imagino lo que debe de estar pasando por su cabeza. La historia se le ha venido encima. El temor de quedarse definitivamente sola, de que le pase algo a su hijo, de no volver a verlo. Después de todo su padre hizo el viaje inverso y jamás se reencontró con su familia. ¿Desde cuándo sabe esto del viaje? Estoy seguro de que tiene que ver con el comienzo de sus ataques de pánico, pero no me parece atinado seguir avanzando en esta sesión.

De modo que ahora sí hago silencio. Han sido muchas cosas. Esteban, Natalia, el abandono, los cuatro años, el dolor, España, la partida de Facundo y la sensación de muerte. La miro. Está abatida, pero ha hecho un gran trabajo. Su mirada denota tristeza y sufrimiento, pero no el terror de quien no encuentra sentido a su dolor.

Han pasado dos años desde aquella sesión. Facundo viajó un par de veces a España para ver al padre y Norma ha manejado sus temores al respecto con gran integridad. De modo paulatino y planificado ha dejado de tomar el antidepresivo y solo conserva el ansiolítico al que recurre muy de vez en cuando. Hemos logrado trabajar el duelo por la pérdida de su relación con Esteban y, si bien salió con algunas personas, aún no ha tenido relaciones con nadie más. Sigue siendo la mujer de un solo hombre. Concorre a sesión una vez por semana. Hasta el día de hoy no ha vuelto a tener otro ataque de pánico.

# **CASO 2**

LUCIANA

**VIOLENCIA • IDENTIDAD**



Estaba abatida. Luciana entró en mi consultorio como arrastrándose y cuando le indiqué el sillón en el que debía sentarse lo hizo como si obedeciera una orden. Era una mujer joven, de unos 27 años, y se había contactado conmigo vía un *mail* sencillo, claro y desesperado.

—Contame por qué estás acá —le dije.

Sin levantar la cabeza respondió:

—Porque estoy triste.

Y se quedó callada.

—¿Tenés alguna idea del motivo de tu tristeza?

—Sí...

—Decime —la invito a hablar—, ¿a qué se debe?

Breve silencio.

—¿Me lo querés contar?

Asiente con la cabeza.

—A que nadie me quiere.

Nuevo silencio.

—¿Por qué decís que nadie te quiere?

—Porque es así.

Me doy cuenta de que se va angustiando a medida que habla.

—Y yo sé por qué —agrega.

—¿Ah, sí? Contame. ¿Por qué «suponés» que nadie te quiere?

Traté de recalcar esa palabra para marcar, desde el comienzo, una

distancia entre su convicción y la verdad, pues suele ocurrir que los pacientes llegan a la consulta con certezas acerca de lo que son, o del porqué les pasa lo que les pasa, que no siempre son ciertas. Es la puerta que me abren para ingresar en ellos. Y por la que acepto entrar. Pero intento tomar distancia de esas creencias para no fortalecerlas.

Luciana levantó la cabeza y me miró. Sus ojos se llenaron de lágrimas, enrojecieron. Trataba de hablar, pero no podía pronunciar una palabra. De pronto empezó a llorar de un modo casi compulsivo. Se tapó la cara con las manos y su llanto invadió el consultorio. Pero no era un llanto triste. Era un llanto angustiado, con esa carga de angustia que, como decía Lacan, es la única emoción que no engaña.

Permanecí en silencio. Ella continuó llorando. Se pasó el dorso de la mano por los ojos y las lágrimas le mojaron el puño de la camisa. Otra vez quiso hablar, pero no pudo. Apretó los ojos como para detener el llanto, pero no lo logró. Su lengua enjugó una lágrima que corría por la comisura de sus labios, suspiró varias veces y respiró profundamente procurando calmarse.

—¿Qué pasa, Luciana?

—Pasa que soy mala, que nadie me quiere porque soy mala —dice, y se quiebra nuevamente.

—¿Por qué decís eso?

—Porque es así —intenta hablar, pero sus palabras salen entrecortadas—, porque soy mala —repite—. Y mirá, mirá lo que me pasa por ser mala.

Permanecí expectante. Entonces bajó la cabeza, tuvo un nuevo estallido de llanto y, con profunda vergüenza, desabrochó un botón de su camisa, la corrió apenas y dejó ver un enorme moretón en su pecho izquierdo. Quedé sin palabras: era la muestra inconfundible de haber sido agredida.

—Luciana —dije aún conmovido—. A vos te están golpeando.

—Sí —dijo llorando—. Porque soy mala. Y yo no quiero ser así. Por favor —me mira suplicante—, ayudame a dejar de ser así. Yo no quiero ser quien soy.

Resulta impactante tener delante a una mujer golpeada. Y no es común toparse al comienzo de una primera entrevista con tanto desborde de angustia y con un pedido tan fuerte. Luciana creía que merecía ser castigada por su maldad y quería que la ayudara a dejar de ser quien era. Y esta súplica venía

desde el fondo de su alma. Había un auténtico deseo en su pedido, había una verdad que se encarnaba en sus palabras y sus lágrimas. No se trataba de que ella no quería ser *como* era, sino de que no quería ser *quien* era. Eso estaba claro. Pero ¿quién era en realidad?

Yo aún no lo sabía y, por lo que pudimos comprobar tiempo después, hasta ese momento Luciana tampoco.

Decidí tomarla como paciente después de nuestro segundo encuentro. Casi nunca tomo esa decisión tan rápidamente. Por lo general nunca antes de cuatro o cinco entrevistas. Pero sentí que ella necesitaba un lugar en el cual fuera aceptada para poder hacer algo con su dolor, y resolví darle ese espacio. Esto tuvo un rápido efecto y la ayudó a bajar el alto nivel de angustia con el que había llegado.

A pesar de saber teóricamente cómo actúa el proceso analítico y el papel fundamental que la palabra y, sobre todo, el *poder decir* tienen sobre el paciente, no deja de asombrarme la inmediata sensación de bienestar que muchas personas experimentan al comenzar el análisis. Aún no hemos intervenido sobre nada importante, todavía no comenzamos a trabajar ni remotamente los temas fundamentales que causan la angustia y, sin embargo, suele ocurrir que los pacientes vienen a la segunda o tercera sesión y nos dicen que se sienten mejor. Esto, según mi experiencia, es un buen síntoma a la hora de hacer un pronóstico.

Luciana trabajaba en un estudio de arquitectura y vivía con su novio Nacho en un departamento que alquilaban en la zona de Quilmes. Tenía dos hermanos, Walter, de treinta años, y Viviana de treinta y dos. Su padre había muerto hacía ocho años y su madre seis meses antes de que Luciana viniera a verme.

—Mi familia está enojada conmigo —me dijo en una de nuestras sesiones, bastante tiempo después, cuando ya no había vuelto a hablar de las agresiones.

—¿Por qué?

—Porque yo abandoné a mi mamá cuando se enfermó.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Es que no me di cuenta.

—A ver, explicame un poco mejor, porque no te entiendo.

—Lo que pasa es que yo no me di cuenta de que estaba mal.

—¿Qué cosa estaba mal, Luciana?

—Irme a vivir con mi novio. Yo no pensé que de esa manera estaba abandonando a mi mamá.

Nos quedamos en silencio.

—Dejame ver si te entiendo —le dije—. Lo que en realidad hiciste fue irte de tu casa para vivir con tu novio. ¿Estoy en lo correcto?

—Sí.

—En esa época tu mamá estaba enferma.

—Sí.

—Y vos te fuiste y no volviste a verla nunca más.

Me mira sorprendida.

—¿Qué decís? Claro que volví a verla.

—Pero ¿muy de vez en cuando?

—No. Todos los días. Incluso tuve muchos problemas con mi novio por eso.

—Contame.

—Antes de entrar al trabajo pasaba a verla, y al salir también. Le preparaba la cena, le daba de comer y recién después me iba al departamento de Nacho.

Dejo pasar este modo de llamar a su casa «el departamento de Nacho», porque ahora prefiero trabajar el tema de su madre. Ya lo retomaremos.

—Y entonces ¿por qué decís que la abandonaste?

—Porque mis hermanos me lo hicieron ver.

—¿Qué te hicieron ver tus hermanos?

—Que yo me fui de mi casa cuando mi mamá estaba enferma. Que la abandoné. Que yo me tendría que haber quedado a cuidarla.

—Ya veo. Y decime: ¿ellos dónde viven?

Me mira como si mi pregunta fuera improcedente.

—Walter con su mujer y Viviana con el marido y los dos chicos. ¿Pero eso qué tiene que ver?

—¿Ellos también abandonaron a tu mamá?

—No. Ellos no. Ellos tienen otro hogar.

Este es el momento preciso. No se hizo esperar mucho.

—Claro, y vos no. Vos no tenés ningún hogar. Vos vivís «en el departamento de Nacho», ¿no?

—Sí.

Luciana no entiende la ironía que conlleva mi pregunta. Para ella es tan normal sentir que esto es así que no percibe la incoherencia en el planteo de sus hermanos y en su propio pensamiento. Y, desgraciadamente, no está sola en este modo de pensar. Muchas personas han sido criadas en la culpa, en el maltrato, y sienten que no tienen derechos sino solo obligaciones. Y aunque las cumplan, como era el caso de Luciana, nunca es suficiente para conformar a los demás. Siempre le están reclamando un poco más y viven sufriendo por sentirse permanentemente en falta.

Ante esta situación, el primer trabajo que como analista debo realizar es cuestionar duramente esos argumentos, tratar que ellas mismas los pongan en tela de juicio y ver qué cosas se generan.

—A ver, Luciana, contestame lo que te voy a preguntar. Pero prestá mucha atención, porque quiero que pienses bien en lo que estamos conversando.

Hago esta exhortación porque, a pesar de ser una mujer inteligente, cuando entran en juego temas sobre los que se han formado juicios previos (prejuicios) o que remiten a mandatos externos, generalmente se pierde la capacidad de razonar con coherencia.

—¿Walter y Viviana eran tan hijos de tu madre como vos, no?

—Sí, de mi mamá sí.

La respuesta me sorprende, me desubica por un instante. Algo abre esa frase y tengo que elegir si sigo por el camino que había iniciado o me interno en la nueva puerta que se abre ante mí. Luciana me mira expectante y no tengo mucho tiempo para decidir. Normalmente seguiría el devenir del discurso y preguntaría por esta nueva grieta que el discurso de Luciana ha abierto. Pero por tratarse de una paciente en estado de urgencia —toda paciente que atraviesa una situación de violencia lo está—, resuelvo señalar lo que ha aparecido sin desviarme del tema que quería trabajar.

—Me decís que «de tu mamá sí». Después quiero que volvamos sobre

este tema, ¿de acuerdo?

Silencio.

—¿De acuerdo, Luciana?

Asiente con la cabeza.

—Entonces quedamos en que, al menos en lo que a tu mamá se refiere, los tres deberían tener los mismos derechos y las mismas obligaciones, ¿no?

Piensa unos segundos.

—No.

—¿Por qué no?

—No sé, no es lo mismo.

—¿Por qué no es lo mismo?

—Porque...

No dice nada más, y yo tampoco.

—¿Y... es o no es lo mismo?

No responde. Baja la mirada y me doy cuenta de que un aluvión de emociones, de ideas, tal vez de recuerdos, están pasando por su mente. Su respiración se hace rápida, agitada. Se muerde el labio inferior y aprieta los ojos, un gesto de Luciana que aprendí a conocer. Suele hacerlo cuando se angustia o se enoja. Y me parece que esta vez ambas emociones la están invadiendo.

—¿Sabés qué creo? Que vos siempre sentiste que eras la única que tenía la obligación de cuidar a tu mamá. Me parece que tus hermanos te hicieron sentir eso y es probable que tu mamá también.

Asiente.

—Vos asumiste ese lugar, y esto fue cómodo y funcional para todo el mundo.

—Menos para mí.

—Exacto. Menos para vos —silencio prolongado—. Decime qué pensás.

—Que soy una boluda. Que hace meses que sufro porque mis hermanos no me hablan y ni siquiera atienden mis llamados porque están enojados conmigo. Y a lo mejor soy yo la que debería estar enojada con ellos. Después de todo yo hice lo que pude ¿no? Yo no maté a mi mamá, ¿o sí?

Tiene los ojos rojos y las lágrimas empiezan a deslizarse por su cara. Me mira suplicante. Yo le sostengo la mirada. Podría responderle ahora mismo y

calmarla, decirle que es obvio que no mató a su madre y sé que eso la aliviaría mucho. Pero me parece que este momento es muy especial, inaugural en su vida: se está dando el derecho a enojarse con sus hermanos y con ella misma por cómo se manejaron las cosas. Entonces decido que no es el momento de calmarla, que aún hay cosas que ella puede sacar de este estado psíquico y emocional.

—Bueno —le digo—, dejemos aquí.

Me mira asombrada. Consulta su reloj y vuelve a mirarme.

—¿Qué? Pero si hace menos de media hora que llegué. Tengo un montón de cosas dándome vueltas en la cabeza.

—Por eso mismo. Dejemos aquí.

No puede creer que interrumpa la sesión en ese momento. Está nerviosa. Toma la cartera que había dejado en el piso y busca torpemente algo. Después abre su billetera color rosa con un dibujo algo infantil. Percibo su enojo. Cuenta el dinero y me lo entrega. Se levanta y se dirige hacia la puerta sin siquiera saludarme. Yo me acerco a darle un beso, como de costumbre.

—Luciana, ¿pasa algo?

—Sí.

—Decime.

—No puedo.

—Intentalo.

—No puedo —y alza la voz.

La miro y abro mis manos.

—Bueno, es una pena que no puedas decir lo que sentís. A lo mejor si hubieras aprendido a hacerlo te hubieras ahorrado muchos dolores —le abro la puerta—. Hasta el miércoles.

Durante aquella semana pensé mucho en Luciana. Sabía que aquel corte de sesión la había movilizado. Precisamente por eso había decidido hacerlo de esa manera. Y sabía también que algo iba a provocar. ¿Qué? No podía preverlo con exactitud.

Confiaba en que no iba a llevar a cabo ningún acto grave. No era una paciente con ideaciones suicidas ni tendencia al consumo de drogas o

alcohol. Tampoco tenía una personalidad depresiva o maníaca que hiciera temer algún comportamiento peligroso para ella. Pero no descartaba que nuestra relación se deteriorara. Así es el análisis. A veces los analistas tomamos decisiones con las cuales ponemos a prueba, no solo al paciente, sino al vínculo terapéutico mismo. Si el paciente resiste, avanza algunos pasos; si no, es posible que interrumpa el tratamiento. Por suerte, esto no ocurrió con Luciana.

—El otro día me fui muy enojada de acá —me dijo al iniciar la siguiente sesión.

—Me di cuenta.

Sonríe.

—¿Sabés qué hice?

—No.

—Llamé a mis hermanos.

—¿Te volvieron a cortar?

—No. Esta vez no les di tiempo.

—Contame qué pasó.

—Los mandé a la puta que los parió —se ríe.

—¿Qué te resulta tan gracioso?

—La reacción de ellos. No lo podían creer. Y ¿sabés algo? Desde que pasó eso me llamaron todos los días.

—¿Y vos qué hiciste?

—No los atendí una mierda —me dice, y estalla en carcajadas. Su risa me contagia y me río también—. Mirá vos, ¿quién iba a decir, no?

—¿Qué cosa?

—Que la semana pasada, cuando me fui, te estaba odiando. Incluso pensé en no venir más. Y ahora nos estamos riendo juntos.

—A lo mejor tiene que ver con que ese odio que sentías no tenía nada que ver conmigo. ¿No?

—Puede ser.

—Y si esa bronca no era conmigo, ¿con quién era?

—Obviamente con mis hermanos. Cuando me fui de acá me quedé pensando en lo que habíamos conversado y creo que yo estaba equivocada.

—¿En qué estabas equivocada?



—Yo creía que era la única responsable de cuidar a mi mamá.

—Y no era así.

—No. Ellos se fueron y me dejaron sola con ella en esa casa vieja, húmeda, con olor a muerte. Donde habían pasado tantas cosas...

Es muy fuerte lo que está diciendo.

—¿Qué cosas?

Silencio.

—Ahora no quiero hablar de eso. Por favor.

—Como quieras.

Se toma unos segundos y continúa.

—Y yo me quedé. Y acepté ese lugar de mierda.

Se queda callada otra vez, con la vista perdida, como si mirara hacia un lugar lejano o, tal vez, hacia un tiempo lejano.

—¿En qué te quedaste pensando?

—En que ese fue siempre mi lugar. Antes de que se fueran mis hermanos, antes de que muriera mi papá, durante la enfermedad de mi mamá. Siempre fui una mierda, siempre —dice, y se angustia.

—Luciana, vos no eras una mierda. Algunas personas te trataban como si lo fueras, que no es lo mismo.

—Puede ser.

—Y decime: ¿quiénes más te trataban de esa manera?

—Principalmente la familia de mi papá.

—¿Qué pasa con ella?

—Siempre me despreciaron.

—¿Te trataban mal?

—Peor, ni siquiera me trataban. Cuando llamaban a casa para hablar con mi viejo y yo atendía, me cortaban.

—Bueno, parece ser que esa es una constante en tu vida.

—Sí —sonríe.

—¿Y por qué creés que tenían esa actitud con vos?

Luciana no dice nada. Pero una escena de la sesión anterior viene a mi mente. Se me impone de un modo casi prepotente. Yo le había preguntado si sus hermanos no eran tan hijos como ella, y su respuesta había sido: «Sí, de mi mamá sí».

—Luciana, el otro día nos quedó un tema pendiente. Yo te dije que lo íbamos a retomar, ¿te acordás?

Asiente con la cabeza.

—Lo que me estás contando acerca de la familia de tu papá ¿está relacionado con este otro tema?

Silencio.

—Luciana, necesito que confíes en mí. Ya sé que me pediste que hoy no, pero para que podamos seguir avanzando es importante que hablemos de esto.

Me mira y percibo su profundo sentimiento de indefensión, ese que mostró en nuestra primera charla. Otra vez aparece ese gesto tan suyo y le tiembla la voz.

—Yo no tuve nada que ver —me dice llorando.

—¿Con qué no tuviste nada que ver?

—Fue mi mamá, yo no hice nada, te lo juro.

En todos estos años he atendido muchos pacientes. Y nunca pude permanecer indiferente ante la visión de una persona angustiada. Me resulta siempre impactante. Cada uno lo demuestra a su manera. Pero cuando la angustia hace su aparición en mi consultorio, siento que redescubro el porqué de mi profesión.

—A ver, contame. ¿Qué fue lo que hizo tu mamá?

Después de un breve silencio:

—Ella y Roberto...

—¿Roberto?

—Sí, mi papá.

Es la primera vez que se refiere a su padre nombrándolo de esa manera.

—Continuá, por favor.

—Bueno, ellos no andaban bien. Hacía mucho que no andaban bien. Y mi mamá se fue.

Se queda callada. No parece la misma paciente inteligente y suspicaz de otras veces. Vuelve a parecerse a aquella nena desprotegida y asustada que me mostró el moretón que le había dejado la agresión de... ¿de quién? Hasta ese momento no me lo había dicho, pero yo sospechaba quién era el autor de aquellos golpes.

—¿De dónde se fue tu mamá?

—De mi casa. Lo dejó a mi papá. Como a los tres meses y medio volvió. Y mi papá la perdonó.

—¿Y vos qué tenés que ver con este hecho?

Me mira avergonzada. Baja la cabeza y dice temblando:

—Yo nací ocho meses después. Pero no tengo la culpa, Gabriel. ¿No es cierto que no tengo la culpa?

Me mira suplicante. Y esta vez sí voy a responder a su pregunta.

—Claro que no, Luciana. Vos no tuviste la culpa en nada de eso que pasó.

No dice más. Esconde el rostro entre sus manos y prorrumpe en un llanto angustiado... y yo la dejo llorar. Hay mucho que preguntar sobre lo que me está contando. Pero ¿ahora? Decido que no.

Sin embargo, no voy a dejarla ir así, de modo que nos quedamos compartiendo un largo silencio. ¿Diez, quince minutos? Más o menos. No importa. El tiempo que ella necesitaba para irse en condiciones de enfrentar este nuevo desafío que su historia le ponía por delante.

Muchas fueron las sesiones que le dedicamos a este tema y poco a poco Luciana fue reconstruyendo su pasado. No era fácil, porque ninguna de las personas a las que podía consultar estaba dispuesta a hablar del tema. Solo Esther, una amiga íntima de su madre, se encontró con ella en varias ocasiones y la ayudó a armar el rompecabezas. Al parecer, la madre de Luciana había tenido un romance clandestino con un tal Fernando. El hombre era español y la relación duró varios años. Elena, la mamá de Luciana, estaba muy enamorada de él, pero no se animaba a separarse. Hasta que cierta vez, luego de una acalorada discusión con su marido, tomó sus cosas y se fue.

Según los comentarios de su amiga, se entregó a su amor con Fernando de un modo obsesivo. Vivía para él, a punto tal que en todo ese tiempo solo había visitado a sus hijos una vez, a escondidas de Roberto.

Pero he aquí que Elena quedó embarazada y Fernando no quiso saber nada con ese hijo. Ella se desesperó e intentó convencerlo, pero él le dijo que no quería volver a verla y la echó de su casa.

Fue así cuando, despreciada, llena de vergüenza y embarazada, Elena

decidió volver.

Su esposo, que la amaba profundamente, la perdonó y aceptó ser el padre de ese hijo. Reconoció a Luciana como propia y le dio, a su manera, todo el cariño que pudo. No fue el padre soñado, pero jamás le hizo sentir diferencia alguna con respecto a sus hermanos. No así su familia, que siempre la despreció y la trató como a una bastarda. Según sus propias palabras, como una mierda.

Durante los siguientes meses de análisis Luciana fue recomponiendo la relación con sus hermanos. No era fácil, ya que el vínculo había sido siempre patológico. Pero poco a poco pudo empezar a disfrutar, al menos en ocasiones, de su familia. Todo se iba acomodando, y hubiéramos seguido trabajando en esa línea si no fuera porque una tarde Luciana apareció nuevamente golpeada.

Tenía un moretón en el ojo izquierdo y la boca hinchada. Apenas la vi experimenté un sinfín de emociones. Si había sido duro para mí verla así el primer día, cuando ni siquiera la conocía, ahora, después de tanto tiempo de estar analizándola, con el fuerte cariño que le había tomado, tuve que esforzarme para que mis sentimientos no obstruyeran mi trabajo. Y como no soy de los que creen que, en casos como este, hay que dejar que el paciente saque el tema por voluntad propia, la hice pasar, la miré, hice un gesto de negación con la cabeza y le acaricié el pelo.

—¿Qué pasó, Luciana?

Se encogió de hombros y empezó a lagrimear. Con voz entrecortada me preguntó:

—¿Me podés abrazar?

Nuevamente aquella nena desprotegida había venido al consultorio y me pedía un abrazo. No es lo que los libros aconsejan a un psicoanalista. ¿Qué debía hacer, entonces? Pensé qué me pasaría si, fuera de mi consultorio, viera a una mujer en las condiciones en las que Luciana estaba. Y me dije que seguramente trataría de darle contención. ¿Por qué entonces, si haría esto con una desconocida, no iba a hacerlo con alguien que hacía más de un año confiaba en mí y que en ese momento me estaba necesitando tanto?

Todo esto pasó por mi cabeza en un segundo, porque mi respuesta a su pregunta fue instantánea. Sin mediar palabra abrí los brazos y ella se dejó caer sobre mi pecho con un llanto dolorido y desgarrado. Así estuvo unos minutos. Cuando se calmó un poco la acompañé hasta el sillón y le pedí que se sentara. Yo hice lo propio.

—Nacho, ¿no?

—Sí.

—Contame, por favor.

—Me da vergüenza.

—No tenés por qué sentir vergüenza aquí. Sabés que estoy para ayudarte y para tratar de entenderte.

—Sí, pero...

—Luciana, confiá en mí.

Al decir esto caí en la cuenta de que muchas veces utilicé con ella esta frase. Más tarde comprendí que, inconscientemente, había captado la necesidad que ella tenía de un espacio confiable para poder hablar. Un lugar en el cual no fuera juzgada ni agredida. Tal vez por eso había sido una frase que siempre la tranquilizaba y le permitía decir lo que le estaba pasando.

—Gabriel, Nacho es un buen tipo. No vayas a pensar por esto —se señala el labio— que es una mala persona. Es un chico que ha sufrido mucho. Lo que pasa es que él a veces me pide cosas...

—¿Qué tipo de cosas?

—Sexuales.

—¿Y qué te pidió esta vez?

Se toma unos segundos.

—Que estuviéramos con otra persona.

—Ajá.

—No es la primera vez que lo hacemos —respira profundamente—. Pero siempre fueron desconocidos. A veces mujeres, a veces hombres, pero siempre personas que yo no había visto antes y que no volví a ver después.

—¿Y esta vez?

—Esta vez no. El lunes a la noche vino con Hugo, un amigo a cenar. Me dijo que cocinara algo rico. Trajo vino. No sé por qué pero algo no me sonaba del todo bien. Ya habíamos compartido muchos encuentros los tres. Pero esta

vez era diferente. Hugo me miraba de un modo distinto, y Nacho estaba nervioso.

—¿Vos dijiste algo?

—No. Porque pensé que a lo mejor eran ideas mías.

—¿Entonces?

—Al terminar la comida me fui a lavar los platos y Nacho vino a hablar conmigo.

—¿Qué te dijo?

—Que quería que estuviéramos juntos los tres.

—¿Y vos qué le respondiste?

—Yo no supe qué decir. Me quedé callada.

—¿Pero, qué sentías?

—Que no quería eso. Nunca lo había querido, siempre lo había hecho por él, pero bueno, con desconocidos era otra historia ¿no? —No respondo a esa pregunta.

—¿Entonces?

—Nacho me tomó de la mano y me llevó al cuarto. Hugo vino tras él. Yo estaba paralizada. Me sentía en medio de un infierno. Pero no podía reaccionar. Nacho me empezó a besar y de repente sentí las manos de Hugo que me acariciaban desde atrás el pelo, que bajaban por mi espalda. Yo no podía hacer nada. Y en un momento sentí que sus manos me levantaban el vestido y me tocó. Me empezó a acariciar. Pensé que bueno, que ya estaba, que era un rato y listo. Intenté pensar en otra cosa, como había hecho las veces anteriores. Pero no pude.

—¿Por qué?

—Porque me vino a la mente algo que conversamos aquí una vez.

La interrogo con la mirada.

—Aquella sesión cortita, la que me fui enojada, ¿te acordás?

—Sí.

—Vos me dijiste era una pena que yo no pudiera decir las cosas que estaba sintiendo. Que a lo mejor, si hubiera aprendido a hacerlo, me hubiera ahorrado muchos dolores. ¿Te acordás?

—Sí, me acuerdo.

—Entonces, pensar en eso me sacó de golpe de mi inacción. Y les dije

que no quería. Que me perdonaran pero que no iba a hacerlo.

—¿Y qué pasó?

—Hugo se puso colorado, muy nervioso, y me dijo que estaba bien, que lo disculpara.

—¿Y Nacho?

—Él me dijo que me dejara de joder con boludeces, que no me hiciera la santita, e intentó seguir adelante. Me puse firme y le dije que no lo iba a hacer. Hugo salió de la habitación y él me miró con rabia y me dijo que después íbamos a hablar.

Silencio.

—¿Qué pasó después, Luciana?

—Me desvestí y me metí en la cama. Parece mentira, pero a pesar de lo nerviosa que estaba, me dormí inmediatamente, como si hubiera querido morirme por un rato. No sé cuánto tiempo habrá pasado porque estaba en un sueño profundo. La cuestión es que me desperté sobresaltada al sentir que Nacho me agarraba de los pelos...

Se toma unos segundos. Su respiración se hace más agitada. Respeto esta pausa. Seguramente la está necesitando.

—Me dijo que quién carajo me creía yo que era, que cómo lo hacía quedar así con su mejor amigo. Y me pegó —se señala la cara.

—¿Y vos que hiciste?

—Traté de defenderme, pero tenía miedo de enojarlo aún más. Entonces le pedí perdón. Le dije que entendiera que yo no quería eso. Y me dijo que a él no le importaba lo que yo quisiera o dejara de querer. Fue horrible. Por suerte se calmó y se fue a la cocina. Yo me quedé llorando en la cama. Unos minutos después me trajo un vaso de agua.

—Ajá.

—Sos jodida, me dijo ya más calmado, y se quedó de pie mirando la escena. La sábana manchada de sangre y yo hecha un ovillo sobre la cama, temblando y tapada hasta la cabeza. Mirá lo que me hacés hacer, se quejó. Se le cayeron algunas lágrimas y me pidió que no se lo hiciera más. Me dijo que a él no le gustaba hacer eso, pero que yo lo había obligado. Se sentó en la cama y se largó a llorar. Yo lo vi así, tan débil, tan desprotegido...

—¿Qué pasó entonces?

—Lo abracé. Y me pidió que le prometiera que no iba a volver a hacerlo enojar tanto.

—¿Y vos qué dijiste?

—Nada, no dije nada. Nos quedamos un rato largo abrazados. Nos miramos, nos besamos, después me empezó a acariciar y...

—¿Y?

—Y terminamos haciendo el amor.

Se hace entre nosotros un silencio prolongado. Cada tanto levantaba los ojos y volvía a bajar la mirada como avergonzada.

—Luciana, ¿a vos te parece bien que él te haya pegado?

—No, claro que no. Pero es cierto que yo lo hice enojar.

Pienso un instante. Debo intervenir para conmover esta idea que tiene acerca de que, en alguna medida, es culpable de lo ocurrido. Sé que está obnubilada, que esto forma parte de una reacción sintomática que se le impone, pero sé también que tiene la capacidad para poder pensar acerca de este conflicto que se ha generado entre lo que sus sentimientos le hacen creer y lo que la realidad y la razón indican. Necesito que se corra un segundo de este lugar y ponga en el centro de su atención la actitud de Nacho.

—Luciana, hoy hablaste de aquella sesión que tuvimos hace un tiempo. Y por lo que veo la recordás muy bien.

—Sí.

—Cuando volviste a la sesión siguiente me dijiste que te habías ido enojada, ¿te acordás?

—Sí.

—Seguramente porque yo decidí interrumpir antes de los cincuenta minutos.

—Sí.

—Entonces, podríamos decir que, de alguna manera, yo te había hecho enojar.

Piensa unos segundos y asiente con la cabeza.

—¿Y por qué no me pegaste?

Me mira sorprendida ante mi pregunta.

—¿Qué decís?

—Sí, yo te había hecho enojar. ¿Por qué no me pegaste?



Se sonríe.

—Porque no estoy loca.

—Ah... —le digo mirándola—, me estás diciendo que para pegarle a alguien, solo porque te ha hecho enojar, hay que estar loco. Entonces, ¿Nacho está loco?

Silencio.

—Mirá, Luciana, ¿sabés cuál es la característica distintiva de las personas golpeadoras?

—No.

—Que siempre hacen recaer la responsabilidad en la víctima. La culpa es del otro que no les da la razón, que los hace enojar, que no cumple sus caprichos, que no acata sus órdenes, que se olvidó de despertarlo a tiempo y por eso llegaron tarde a trabajar, y así podríamos seguir indefinidamente. No se hacen cargo jamás de su responsabilidad. Entonces manejan a la víctima para que se sienta culpable.

—Pero él a veces se hace cargo.

—Sí, me lo imagino. Después de haberte pegado ¿no? Esa es la otra variante. No me digas nada. Yo te lo describo: se pone a llorar, te pide perdón, te dice que no lo va a hacer más, te cuenta su pasado terrible. Y vos terminás, con la boca hinchada y el ojo negro, consolándolo y teniéndole lástima. ¡Pobre Nacho, cuanto ha sufrido! ¿No es cierto?

Silencio.

—¿Te acordás lo que me dijiste la primera vez que hablamos? Me pediste por favor que te ayudara a dejar de ser *quien* eras.

—Sí, me acuerdo.

—Bueno, yo quiero ayudarte a dejar de ser quien vos has sido hasta ahora. Pero vos, ¿sabés *qué* has sido hasta ahora?

Adrede, cambio el *quién* por el *qué* al formularle la pregunta. Porque quiero introducir la idea de que ha estado en un lugar que no era el de una persona sino el de un objeto, como si hubiera sido una cosa, y que no ha respetado su lugar de sujeto, su derecho a desear y elegir lo que quiere para su vida.

—¿Lo sabés, Luciana? —niega con la cabeza—. Yo te lo voy a decir. Vos has sido una mujer golpeada, alguien que no puede elegir qué quiere y

qué no quiere hacer con su cuerpo y su sexualidad. Una persona esclavizada al deseo caprichoso de un otro violento que decide qué está bien y qué está mal, que elige cuándo, cómo y con quién se coje. Y yo quiero que juntos trabajemos para que dejes de ser la que está siempre en el lugar de ser una mierda, la que todos tratan como a una bastarda y que se siente una boluda.

Estoy tomando dichos suyos. Sé que son duros, pero los ha ido desplegando a lo largo de las sesiones. Y ha llegado el momento de devolvérselos para que los escuche. Debo hacerlo, sin embargo, con un tono muy especial, que en ningún punto se parezca a un maltrato, puesto que no puedo encarnar en análisis lo mismo que le pasa en su vida. Yo no voy a ser ese otro golpeador que la humilla. Así y todo, a pesar de mi tono cuidado, aparece en ella nuevamente aquel gesto tan personal que delata su estado de ánimo. Seguramente se ha angustiado, pero no llora. Me mira fijamente y sin enojo. En todo este tiempo se ha hecho mucho más fuerte. Por eso ahora puedo decirle todo lo que le estoy diciendo.

—Pero para que yo pueda ayudarte —continúo—, vos tenés que cuestionarte un montón de cosas.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo esto de que Nacho es un pobre chico que ha sufrido mucho y que reacciona así porque vos lo hacés enojar. Yo no soy quién para decir si es un buen o un mal tipo. Pero hay algo de lo que estoy seguro: tu novio no puede volver a ponerte un dedo encima. Para eso tenés que dejar de sentir que tiene derecho a hacerlo.

Suspira.

—Eso ya lo sé, pero no sé cómo enfrentarlo.

—Le tenés miedo.

Asiente.

—Mirá, hay algo que está por encima de todos los hombres. Ese algo es la ley. Nacho habrá tenido una historia dura, será a lo mejor un psicópata golpeador y manejador, pero no está loco. Si vos te ponés firme, si te apoyás en la ley, va a tener que entender.

Se queda pensando un momento.

—Pero ¿cómo puedo vivir en la misma casa con un hombre al que amenazo con denunciar?

—Tenés razón.

Hago unos segundos de silencio.

—¿Qué estás queriendo decirme? —me pregunta espantada.

—Que, a lo mejor, para salir de esta situación de violencia en la que estás metida, vas a tener que pensar en la posibilidad de dejar de vivir con él.

Me mira. Ahora sí irrumpe la angustia en toda su magnitud. Tiembla, casi no puede hablar, aprieta y retuerce el pañuelo que tiene entre sus manos y aparece nuevamente esa niña desprotegida y asustada.

—¿Y adónde voy? Yo no tengo nada, no tengo a nadie, estoy sola en el mundo. No me pidas que haga eso, por favor.

Es un momento difícil para mí. No puedo reaccionar ante sus emociones con lo que realmente me generan, porque si ahora la abrazara y la contuviera le estaría dando la razón. La estaría poniendo en el lugar de la «pobrecita». No. Esta vez no puedo. No debo.

—Eso no es cierto.

Trato de que mi voz la tranquilice.

—Tenés este espacio, tu análisis. Un lugar que no es fácil sostener y vos lo venís haciendo desde hace más de un año.

Hago una pausa. Estoy apelando a su razón para sacarla de ese lugar infantil al cual sus emociones la regresan cada tanto.

—Luciana, yo no me puedo quedar mirando cómo te pegan y, sobre todo, cómo vos te dejás pegar. Y cómo justificás a tu agresor. Porque al hacerlo vos misma te ponés en ese lugar de mierda que tanto decís que te molesta. Y yo no voy a jugar ese juego. Porque para mí sos alguien valioso. Sos esa mujer que se sobrepuso a un padre que no la aceptó, a ser la hija ilegítima de una mujer despreciada, a llevar un nombre que no es el suyo, a una familia que ni siquiera le hablaba. Porque has podido vértelas con todo eso, sos una mujer merecedora de respeto. Yo lo sé. Pero parece que vos todavía no. Además, estoy seguro de que afuera hay alguien dispuesto a darte una mano en esta situación tan difícil. Y si no lo hubiera ¿qué querés que te diga? Tendrás que aprender a arreglártelas sola hasta que vos misma construyas una relación diferente, con alguien que sí te respete y en quien puedas confiar. Tal

vez la soledad, cuando es elegida y no padecida, no sea tan terrible como vos la imaginás. Mientras tanto contás conmigo. Pero yo estoy acá, en el consultorio (¿cómo explicarle que, como analista, tengo un lugar en su inconsciente?) y en tu pensamiento. Cada vez que recordás algo que hablamos, como lo hiciste para poder decir que no la otra noche, o cada vez que decís: «Esto se lo tengo que contar a Gabriel», lo cual es mucho. Pero afuera vas a tener que defenderte vos. Lo único que puedo hacer, si querés, es acompañarte a hacer la denuncia.

Nos miramos sin decir una palabra. Al cabo de unos minutos me pongo de pie. Ella también. La acompaño hasta la puerta y nos despedimos en silencio.

No es fácil ayudar a una persona maltratada. Siempre hay un motivo por el cual se colocan en ese lugar. Como si sintieran que son merecedoras del castigo. En todos los casos que yo he tratado, encontré un motivo oculto y profundo que las hacía creerse culpables de alguna falta. Y el golpeador encarna el lugar del verdugo que las castiga y les hace cumplir lo que inconscientemente creen: que es una condena merecida. Contra esta convicción oculta debemos luchar, y nunca es sencillo.

En el caso de Luciana, ella misma me había dado la clave al preguntarme acerca de si tenía o no algo que ver con la traición de su madre. Es decir, que la falta generadora de culpa se encontraba, ni más ni menos, en su propio origen. Ella era la prueba viviente de la infidelidad de su mamá, a la vez el motivo por el cual no había podido concretar su historia de amor con Fernando. Era la hija no deseada por nadie. Y esto había conformado una personalidad insegura y temerosa. No podía ser de otra manera.

El cachorro humano, como lo llama Lacan, nace en un total estado de indefensión, al extremo de que si se dejara a un recién nacido solo sobre una cama moriría sin remedio. O sea que, desde el vamos, el ser humano necesita de Otro.

Este Otro será, como dijimos, el que irá decodificando cada pedido del bebé. Y le irá enseñando quién es y cuánto vale. La primera muestra de este valor es el reconocimiento, lo que a Luciana le había faltado.

Ella había llegado a este mundo y el sentido que se le dio fue el de un problema indeseado. Para Fernando, que no la aceptó jamás; para su madre, que debió interrumpir su relación con él por causa de este embarazo; para Roberto, que sufrió su llegada como corolario del engaño; y para su familia paterna, que con su odio hacia ella quiso castigar la trasgresión de Elena y la debilidad de Roberto al perdonarla.

El niño va aprendiendo quién es identificándose con el discurso de los demás y, en este sentido, las frases que los padres dirigen a sus hijos son mucho más importantes de lo que pudiera pensarse. Con Luciana conversamos algunas sesiones acerca de esto y descubrimos que su vida había estado plagada de frases descalificadoras: «Pobrecita», «vos no vas a llegar a nada», «a ella le cuesta» y muchas otras. La más fuerte que Luciana recordaba, aunque yo sabía que seguramente remitía a otras más arcaicas, se la había dicho su madre cuando ella le informó su decisión de irse a vivir con Nacho.

—Sos una egoísta —le gritó Elena en aquella conversación—. Ahora me abandonás. ¿Vos sabés todo lo que yo hice por vos, a todo lo que renuncié por tu culpa? Y ahora que estoy enferma me decís que te vas. Sos una puta. Pero andá, que ya vas a volver solita. Porque vos nunca serviste para nada.

Aquella sesión en la que me contó este episodio fue muy movilizante y, también, muy productiva. Analizamos cada una de esas frases y descubrimos que ya habían sido pronunciadas de diferentes maneras a lo largo de su vida. Recuerdo que a ella le costó mucho enojarse con su mamá, porque, según sus propias palabras, «era lo único que tenía».

—¿Así que te dijo que vos eras una puta porque te ibas con un hombre?

—Sí.

—Luciana, ¿de quién estaba hablando tu mamá en realidad?

—De mí.

—¿Estás segura?

—No te entiendo.

—Vos eras soltera, no estabas engañando a nadie al irte a vivir con tu novio.

—Sí, es cierto.

—Decime, ¿quién se comportó como una puta al irse a vivir con un

hombre estando casada? ¿Quién abandonó a su familia? ¿Quién tuvo que «volver solita» a su casa? ¿Vos?

Se queda un instante en silencio.

—Decime qué pensás.

—No puedo.

—Sí podés.

—No, no puedo.

—¿Querés que te ayude?

Asiente.

—¿Estás pensando acerca de la actitud de tu mamá hacia vos?

—Sí.

—No estuvo bien, ¿no?

—No. No estuvo bien.

—¿Cómo sentís que se comportó?

Silencio.

—Luciana, si ni siquiera te animás a decirlo acá, va a ser muy difícil que podamos resolverlo.

Toma aire y derrama unas lágrimas.

—Mi mamá... mi mamá se portó como una hija de puta conmigo. Eso es lo que pienso. Yo no tenía la culpa de sus errores.

—Tenés razón.

—¿Y por qué entonces se la agarró conmigo?

No es momento para explicarle el mecanismo de proyección que algunas personas utilizan como mecanismo de defensa ante la angustia.

—Porque a veces la gente hace ese tipo de cosas. Incluso las personas que más queremos. Y tenés todo el derecho de enojarte.

—Pero entonces nadie me quiso nunca —ahora sí se derrumba—. Ni siquiera mi mamá. ¿Por qué nadie me quiso, por qué nadie me quiere? Al final tenía razón mi mamá.

—¿En qué?

—Cuando me dijo que yo nunca serví para nada.

Habíamos tenido sesiones muy duras, sin embargo jamás la había visto tan destruida. Los ojos rojos, el rostro empapado por las lágrimas, su mano tensa que tomaba el pañuelo con el que infructuosamente se sonaba la nariz

para quitar las lágrimas que se filtraban. Tenía la cabeza gacha y algunos cabellos se le habían pegado a la cara.

—Luciana —no me mira, no reacciona—, Luciana, escuchame —le doy unos segundos más—. Quiero decirte algo.

—¿Qué?

—¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Lo que quiero decirte es que lo que tu mamá te dijo no tiene que ver con vos, sino con lo que a ella le pasó con vos.

Me mira extrañada. Lo dije deliberadamente de un modo no del todo claro. Necesitaba recuperar su atención, y creo que lo conseguí.

—No te entiendo.

—Me parece que lo que tu mamá estaba diciendo no es que vos no servías para nada, sino que vos no le serviste para nada a la hora de concretar sus deseos. No le serviste para formar una familia con Fernando, no le serviste a la hora de ser perdonada por su familia política y, tal vez, no le serviste para que pudiera ella misma olvidar su traición, su infidelidad y su frustrado amor.

Asiente. Lo está procesando. Su pensamiento vuelve a ponerse en movimiento y el aluvión emocional retrocede.

—Pero —continúo—, ¿quién te dijo a vos que viniste a este mundo para servirle a los demás? A ella y su fracaso amoroso, a tus hermanos y su deseo de tener quien se haga cargo de lo que ellos no podían o no querían enfrentar, a Nacho y su obsesión por concretar sus fantasías sexuales. No, Luciana, vos no tenés obligación de realizar los deseos de nadie, excepto de una persona.

Breve silencio.

—¿De mí?

—De vos. Y, hasta ahora, es una deuda pendiente. Sería bueno que viéramos si nos dedicamos a eso ¿no te parece?

Asiente con la cabeza y me dedica una sonrisa. Se la agradezco secretamente. Yo la necesitaba, y por un momento me enojé conmigo mismo. Tampoco Luciana estaba aquí para cumplir mis deseos.

Unos meses después de esta charla se produjo un nuevo incidente con Nacho. Ella había estado trabajando mucho acerca de este tema y de la necesidad de darse un lugar diferente.

—¿Qué pasó, entonces?

—Le dije que si me tocaba un pelo lo iba a lamentar toda su vida.

—¿Y él qué hizo?

—Me miró con asombro, estaba descolocado. Me preguntó qué quería decir con eso. Y le dije que lo iba a denunciar. Que me había estado asesorando y que no iba a dudar en mandarlo preso si me volvía a pegar. Nacho me dijo que yo no iba a ser capaz de hacerle algo así, y le respondí que no era nada al lado de todo lo que él me había hecho en este tiempo.

—¿Y qué sucedió?

—Para mi asombro, nada, Me dijo que era una hija de puta desagradecida y se fue. A las dos o tres horas volvió y se metió en la cama. Me dijo que estaba enojado y le respondí que yo también. Después de unos minutos en silencio me quiso abrazar y lo rechacé. Me levanté y me fui a dormir al sillón del comedor, pero antes le pedí que por favor no viniera. Que al otro día íbamos a conversar más tranquilos.

—¿Cómo te sentiste?

—Mejor que nunca.

—Es lo que suele ocurrir cuando uno se hace respetar.

—Gabriel, yo no sé si voy a poder seguir viviendo con Nacho.

—¿Y qué te pasa con ese tema?

—Me da un poco de miedo. Pero bueno, tengo que crecer, ¿no?

Sonrío.

—Ya creciste mucho en este tiempo, Luciana. Estoy muy orgulloso del camino que hemos recorrido juntos —le digo sinceramente.

—Gracias. Yo también.

Su mirada ha cambiado. Su sonrisa también. Yo sé que los monstruos siempre están vivos, pero así como antes aparecía aquella chiquita asustada, hoy apareció, por primera vez, una mujer capaz de hacerse cargo de sí misma. Tal vez un esbozo, algo aún por construir, pero una fotografía anticipada que



me permitió ver a la Luciana posible. Y hacia allí iremos.

—Quiero decirte que a partir de la sesión que viene, vamos a introducir un cambio en nuestro encuadre.

—Decime —me mira expectante.

—Vamos a empezar a trabajar con el diván.

—¿En serio? —deja escapar una risita—. ¿Y eso es bueno o es malo?

—Vos ya sabés.

Compartimos una mirada cómplice, la última de nuestro trabajo cara a cara, y nos despedimos. Comenzaba una nueva etapa.

En este nuevo período del análisis de Luciana apareció una figura que fue de fundamental ayuda. Esther, aquella amiga de su madre a la cual se había acercado en busca de datos que le permitieran reconstruir su pasado, había quedado en contacto con ella. Era una mujer cálida y protectora, que rápidamente comprendió la soledad y las carencias que Luciana tenía y se fue convirtiendo de a poco en una especie de amiga mayor o, más exactamente, en una madre sustituta. El hecho de que Esther no tuviera hijos tal vez ayudó para que en ella surgiera este impulso por proteger y cuidar a la hija de su amiga. A su modo, también Luciana fue su hija sustituta.

La relación con Nacho ya no daba para más. Ella no había permitido que él volviera a golpearla ni se había prestado a cumplir sus fantasías sexuales. Y, a medida que Luciana se hacía más fuerte, su relación se debilitaba. Hasta que un día tomó la decisión de irse. Pero ¿adónde? Ese tema que tanto la angustiaba encontró una solución tan inesperada como beneficiosa.

—Esther me dijo que, si quiero, puedo irme a vivir con ella. Tiene un departamento grande, de tres ambientes y vive sola. Es más, me dijo que a ella le daría una gran felicidad.

—¿Qué vas a hacer?

—Me parece que en este momento es la mejor opción que tengo. La verdad es que nos llevamos muy bien. Yo realmente la quiero y ella a mí también.

—Para mí va a ser bueno no tener que pagar un alquiler, si bien le dije que voy a cubrir la mitad de los gastos. Además, ¿querés que te diga algo?

Me parece que ella está deseosa de tener con quien compartir esta etapa de su vida. Y creo que también yo tengo cosas importantes para darle.

Qué gran placer es para mí escuchar decir esto a una paciente que, hasta hace unos meses, se desangraba en el consultorio diciendo que no servía para nada y que no había nadie en el mundo que la quisiera.

Así fue como Luciana dejó a su novio y se instaló en lo de Esther, y casi podría asegurar que esta fue, hasta ese momento, la mejor etapa de su vida. Porque efectivamente Esther se comportó como una madre con ella y la ayudó a armar un modelo de relación que Luciana desconocía.

Salían de compras, paseaban, se esperaban con la comida, alquilaban películas que veían juntas, se quedaban conversando hasta tarde. Esta relación se volvió tan fuerte que generó en Luciana algunos sentimientos de culpa.

—Culpable ¿por qué?

—Porque siento que la quiero más que lo que quise a mi mamá. Creo que si ella se enfermara yo no podría irme de su lado como lo hice con mi madre.

—A lo mejor Esther se lo ganó.

—¿Y mi mamá no?

—¿Vos qué pensás?

—Que es así.

—Entonces no tenés por qué sentirte mal.

—Pero igualmente siento que estoy siendo mala con mi mamá.

—Mirá, a lo mejor lo importante en la vida no es ser bueno o malo sino ser justo. A veces, para ser justo, hay que ser bueno y a veces hay que ser malo.

—No entiendo.

—Imaginate que vos le decís a un chico que si no hace los deberes no sale. Y él no los hace. A la tarde lo vienen a buscar sus amigos. ¿Qué hacés? ¿Lo dejás salir o no?

—No sé.

—Lo justo sería que no, aunque estarías siendo mala. Pero si sos buena y lo dejás, le vas a transmitir un ejemplo de incoherencia que a la larga va a ser malo para él, y además le vas a quitar la oportunidad de aprender algo imprescindible: que uno debe hacerse cargo de sus actos. ¿No te parece?

—Sí.

—Bueno, en la vida muchas veces alguien puede enfrentarse ante la disyuntiva de ser o no ser justo. Y elige. En este caso, lo justo parece ser que vos quieras más a Esther que a tu mamá. Suena malo para con ella, pero no sería justo para con Esther que vos la trataras igual o peor que a tu mamá solo por culpa. Porque ella se ha comportado con vos con un cuidado y un amor que te eran casi desconocidos. De modo que sería bueno que te permitieras quererla sin culpas. Ella se lo merece. Y vos también.

Luciana fue armando de a poco una nueva familia junto a Esther. Nacho la molestó durante algún tiempo escribiéndole correos electrónicos y dejándole mensajes. Alguna vez, a la salida de su trabajo, lo vio en la esquina, lo cual la asustó mucho.

—No sé qué hacer.

—¿Qué querrías hacer?

—Querría que no me molestara más.

—Pero eso es algo que, si lo dejás en sus manos, parece que no va a suceder. Algo vas a tener que hacer vos.

—¿Qué?

—¿Cómo has resuelto las cosas hasta ahora?

—Enfrentándolas.

—Habrás que hacer lo mismo.

—Dame tiempo.

—Luciana, son tus tiempos, no los míos. Tomate todo el que necesites, sos vos la que sufre, no yo.

Decidió agregar a Nacho a sus correos no deseados y cambiar el número de su celular. Esto funcionó bien hasta que un día él volvió a aparecer por su trabajo.

—Lo vi y me asusté. Caminé hacia el otro lado aprovechando que no me había visto. Pero al dar vuelta a la esquina me detuve y pensé que no podía vivir escapándome toda la vida.

—¿Y qué hiciste?

—Volví y fui a encararlo. Te juro que temblaba por dentro, pero me dije:

Luciana, no se te tiene que notar. Me paré frente a él y sin preguntarle nada le dije que era la última vez que quería ver su cara. Que no volviera a molestarme y que no iba a darle otra oportunidad.

—¿Qué hizo?

—Me miró asombrado y me preguntó si estaba loca. Yo le respondí que loca estaba cuando lo dejaba hacer conmigo lo que quería. En un momento me miró con una cara que yo ya le conocía, esa que ponía cuando se sacaba.

—¿Te asustaste?

—Sí, claro, no estoy loca —sonríe—, pero sabía que era mi oportunidad.

—¿Y qué hiciste?

—Le mentí. Le dije que no le tenía miedo. Que era un cagón que se hacía el guapo con las mujeres. Que me bastaba a mí misma para defenderme de él y que, si esto no fuera suficiente, siempre estaba la posibilidad de hacerlo meter preso. Me miró, me puteó y se fue.

Suspira aliviada.

—Luciana, has dado un gran paso, ¿te das cuenta?

—Sí, y estoy feliz.

—Me parece muy bien. Te lo merecés.

Pasaron varios meses y Luciana disfrutaba enormemente de esta nueva realidad que había construido. Esther era una mujer maravillosa que la quería y la cuidaba, y juntas vivían en un oasis de cariño y buen trato.

Por fin Luciana estaba tranquila, peligrosamente tranquila. En una comodidad que amenazaba con detener su proceso analítico.

Empecé a notar que las sesiones se sucedían y no aparecía nada nuevo. Me costaba concentrarme. Me aburría. Ella venía, me contaba lo bien que se sentía y se iba. Un escozor me empezó a dar vueltas y por un momento me cuestioné si debía continuar con este análisis. Ella estaba, en apariencia, donde quería. Pero había algo que no terminaba de cerrarme.

—¿Cuánto hace que no salís con alguien?

—Ayer. Fuimos con Esther al cine.

—No te hagás la tonta. Hablo de salir con un hombre.

—¿Mi hermano no cuenta, no? Porque a él lo vi el sábado.

—No, no cuenta.

Sonríe.

—¿Sabés qué pasa, Gabriel? Estoy tan tranquila, tan en paz, que no quiero complicarme la vida.

—Te entiendo, y si es así estás en todo tu derecho. Lo que me inquieta es la posibilidad de que te estés aislando por miedo.

—La verdad es que algo de eso hay. Pero ya conocés el refrán: el que se quema con leche ve una vaca y llora.

—Sí, lo conozco. Pero me parece que eso es pensar que todos los hombres son iguales. Y no es así.

—Mirá, a mí no me ha ido bien. Y no lo digo solo por Nacho. Empezando por mi padre biológico que me rechazó, siguiendo por mi papá adoptivo que me ignoró, pasando por mi hermano que siempre me echó la culpa de todo y terminando con mi novio que me cagaba a palos y me enfiestaba. ¿Qué querés que te diga? ¿Vos seguirías intentando?

—Por suerte no tengo que responder a esa pregunta, porque lo importante aquí no es lo que yo haría, sino lo que vos vas a hacer. ¿Vas a seguir intentando o no?

—No lo sé, es la verdad.

—Está bien. Pero pensá que no todos los hombres son violentos. Es más, la mayoría de los hombres no lo son. Y pensá también que vos ahora sos una mujer diferente. Que se valora, que se quiere y que aprendió a hacerse respetar. ¿Quién te dice? A lo mejor ahora elegís de un modo distinto. Pensalo.

Asiente con la cabeza.

—Sabés que lo voy a pensar.

—Muy bien, entonces dejemos aquí.

Se ríe.

—¿Qué pasa?

—Que como aquella vez hemos tenido una sesión cortita. Pero no te preocupes, no estoy enojada. Ya entendí cómo funciona esto.

Yo también sonrío.

—Bueno, ya era hora ¿no?

—Sí, creo que sí.

Un mes y medio después vino a sesión con signos de ansiedad.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Que venimos hablando hace no sé cuántas sesiones acerca de qué me pasa con los tipos. ¿Qué iba a ocurrir?

—No sé —finjo—, decime.

Suspira.

—Conocí a un hombre.

—Contame.

—¿Viste que te dije que iba a ir con unas compañeras de trabajo al recital en cancha de River?

—Sí, me acuerdo.

—¿Vos fuiste alguna vez a uno?

—No, a un estadio nunca.

—¿Y a otro lugar?

Sonrío.

—Sí, pero no nos desviemos. Seguí contándome.

—Te preguntaba porque cuando vas a campo tenés que entrar mucho tiempo antes. Entonces hacés la cola, entrás, te ubicás y te quedan un montón de horas hasta que empieza el recital.

—¿Y con eso qué?

—Bueno, que te ponés a conversar con la gente que está alrededor, y eso.

—¿Vos con quién te pusiste a conversar?

—Yo sola no. Todas las chicas nos pusimos a conversar, no fui solamente yo.

Internamente me causó gracia su respuesta. Parece una adolescente, pensé. Pero no era de extrañar. Luciana estaba viviendo lo que en otras escuelas psicológicas llamarían «vivencia emocional correctiva». Esto quiere decir que, con Esther, estaba de alguna manera intentando enmendar su fallida relación madre-hija e iba corrigiendo algunos esquemas relacionales que no se habían podido realizar sanamente en su infancia. Y, en esto de ir creciendo, le había llegado tardíamente la hora de los juegos de seducción adolescente.

—Está bien, fueron todas.

—Claro. Nos pusimos a hablar con un grupo de chicos. Y yo pegué onda con uno.

—Vamos llegando.

—No me cargués.

—No, si no te cargo.

—Pero sí, vamos llegando. Se llama Juan.

Silencio.

—¿Y?

—La verdad es que mi primera reacción fue cerrarme a toda charla. Quedarme haciendo la mía tranquila y listo.

—¿Pero?

—Pero me puse a pensar en todo esto que venimos trabajando y me animé. Hasta ahora me ha ido bien confiando en lo que veo en mi análisis. No veo por qué esta debería ser la excepción. Pero si debo serte franca estoy muerta de miedo.

—Te comprendo. Es de esperar, y te diría hasta sano que, después de tu historia con Nacho, tengas temor. Pero lo importante es que ese temor no te paralice.

—Sí. Por eso me puse a hablar. Al principio me costó, pero al cabo de un rato me aflojé y la verdad es que nos divertimos mucho.

Silencio.

—¿Qué más pasó?

—El recital estuvo grandioso.

—¿No me digas? No sabés cuánto me alegro.

Sonríe.

—Bueno... pasó que le dejé el teléfono. Esto fue el sábado.

—Y hoy es miércoles. ¿No te llamó todavía?

—Sí. Me llamó para salir el domingo y no me animé. Me llamó ayer y quedé en confirmarle hoy —se da cuenta de que estoy sonriendo—. Sí, ¿y qué? Necesitaba venir antes a sesión. ¿Está mal?

—No. Este es tu espacio para pensar acerca de ciertas decisiones, así que me parece bien.

Hago una pequeña pausa.

—¿Y qué vas a hacer?

—Debería salir ¿no?

—No me preguntes a mí qué deberías hacer. Más bien preguntate vos qué querés hacer.

Silencio.

—A mí me gusta. Pero tengo miedo.

—Lo imagino.

Más silencio.

—Voy a salir. Pero prométeme que todo va a andar bien.

Necesita sentirse segura. Pero no voy a encarnar ese rol.

—No puedo prometerarte eso, Luciana. Yo no soy vidente. Sí puedo decirte que vos tenés todo lo que hay que tener para cuidarte sola. Y que, además, tenés la libertad de irte en el momento que se te ocurra si no estás cómoda.

Lo sabe. Y eso no es poco.

A la sesión siguiente viene algo desilusionada.

—Salí con Juan. Fuimos a escuchar a un grupo de jazz en un *pub*.

—¿Cómo lo pasaste?

—Bien, muy bien. Es realmente un chico agradable.

—Bueno, me alegro. Pero entonces ¿a qué se debe este estado de ánimo un poco caído que tenés?

—Que al terminar me llevó hasta casa. La habíamos pasado bárbaro. Pero al llegar estacionó el coche, nos quedamos conversando un rato y...

—¿Y qué?

—Se me acercó y me besó.

Silencio.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que no me gustó. Yo no quería eso. No estoy obligada a apretar con alguien solamente porque salimos un día a tomar algo ¿no?

—Eso es cierto.

Piensa unos instantes.

—Me parece que aún no estaba preparada, o que Juan no es el hombre para mí.

Se queda callada. No está angustiada, pero sí triste.

—Luciana, nadie puede pretender el ciento por ciento de efectividad en estas cosas del amor, ¿no te parece?



—No te entiendo.

—Quiero decir que Juan es el primer hombre con el que salís después de mucho tiempo. No funcionó. Perfecto. Si no es él podrá ser otro más adelante. Lo importante es que te animaste. Saliste, disfrutaste, y lo pasaste bien. Nadie te hizo nada que no quisieras. Te trataron con respeto y eso es más de lo que habías logrado hasta ahora, ¿o no?

—Sí.

—Entonces yo diría que fue una buena experiencia.

Piensa.

—Tenés razón, pero qué pena.

—¿Por qué decís eso?

—Porque Juan es realmente un gran tipo.

—Todo no se puede.

—Es cierto, todo no se puede.

Poco tiempo después Luciana se inscribió en un coro vocacional. Estaba feliz. Había logrado un grupo de pertenencia. Gente con la que compartía su gusto por el canto, ensayos e, incluso, algunas actuaciones. A una de ellas fueron a escucharla Esther y sus hermanos y nadie podía creer que aquella chica tímida e introvertida subiera a un escenario para cantar y bailar.

—Qué bueno que haya ido tu familia a escucharte.

—Sí. Es la primera vez que vienen. Debo confesar que estaba un poco nerviosa por el hecho de que estuvieran ellos. Pero salió bárbaro.

Se detiene en el relato.

—¿Qué pasa? ¿En qué te quedaste pensando?

—Te vas a reír.

—No lo sé. Contame y vemos.

—¿Te acordás de Juan?

Pienso unos segundos.

—¿El muchacho del recital?

—Sí.

—Qué pasa con él.

—Bueno, lo invité a escucharme y vino.

—Qué lindo gesto, ¿no?

—La verdad que sí.

—Después de todo a vos te había caído bien, y que no te haya gustado como hombre no significa que no pueda ser una posible amistad.

—¿Sabés qué pasa?

—No.

—Que esta vez, al verlo, sentí algo diferente.

—Contame.

—Y, no sé, pero lo vi más atractivo. Me saludó desde su mesa mientras yo cantaba. Después bajé y nos quedamos charlando un rato largo. Fue un momento muy lindo. Pero, como te dije, había venido mi familia, así que me tuve que despedir de él e irme con ellos.

Silencio.

—Discúlpame, pero no entiendo cuál es el problema.

—Que no volvemos a cantar hasta dentro de tres meses.

—¿Y?

—Me gustaría verlo antes.

—¿Y cuál es el inconveniente? Llamalo.

—¿Yo?

—¿Quién si no?

Silencio.

—¿Qué pasa?

—Va a pensar que soy una histérica.

—¿Por qué?

—Y, porque la otra vez, después de besamos, le dije que no quería avanzar en esto y que, si volvíamos a vernos, prefería que fuera solamente como amigos. Si ahora lo llamo, ¿qué va a pensar?

—Luciana, ¿vos cambiaste de opinión en relación al encuentro anterior?

—Sí.

—Decíselo. No tiene por qué pensar mal. Estas cosas suceden.

Nuevo silencio.

—No lo sé.

—¿A qué le tenés miedo?

—¿Y si me rechaza?

Hago una pausa.

—Es una posibilidad.

Se queda pensando.

—Gabriel.

—¿Qué?

—Tengo terror a que otro hombre vuelva a rechazarme.

Me doy cuenta de que se angustia un poco. Pero está bajo control, y eso es una buena noticia. Con este nivel de ansiedad se puede razonar.

—Luciana, el hecho de que un hombre te rechace es algo probable. Tan probable como que vos los rechaces a él. Esto es parte del desafío de vivir, de conocer gente y de exponerse a relacionarse con alguien. Si los dos se aceptan, bárbaro; si no, mala suerte. Pero lo que no tenés que hacer es poner a los hombres con los que puedas relacionarte de ahora en más, como si fueran un eslabón en la cadena histórica de los hombres que no te aceptaron en el pasado. Juan no es Fernando, ni Roberto ni Walter. No es ni tu padre ni tu hermano. Es simplemente Juan. Un hombre que te gusta. Si te rechaza, es una cagada, pero el mundo no se viene abajo.

Silencio.

—Entonces ¿lo llamo?

—No sé. Hacé lo que quieras.

—Ufa. Vos antes opinabas más.

—Vos antes necesitabas más de mis opiniones. Ahora podés pensar por vos misma. Ya no sos aquella mujer asustada que iba por la vida sintiéndose una mierda. Ahora sabés que sos una persona valiosa, lo cual no te vuelve una mina irresistible.

Se ríe.

—¿Y si me dice que no?

—Te jodés.

—Gracias, sos un amigo.

Luciana llamó a Juan y él se mostró feliz. Empezaron a salir y, así como con Esther ella había descubierto una relación diferente, con Juan comprendió que podía ser amada de un modo sano y que la pasión nada tenía

que ver con aquellos arrebatos perversos de Nacho.

Seis meses después hablaron de irse a vivir juntos.

—¿Es demasiado pronto?

—No lo sé.

—¿Vos te irías a vivir con Juan a los seis meses de conocerlo?

—Luciana, yo no me iría a vivir con Juan ni a los diez años de conocerlo.  
Se ríe.

—Dale, no me cargués.

—No te cargo —le digo riéndome—, pero vos me preguntás cada cosa.

—Es que estoy confundida.

—Eso no es cierto.

—¿Qué querés decir?

—Lo que digo. Que no es verdad que estés confundida. Vos estás segura de querer ir a vivir con Juan. Lo que pasa es que tenés miedo de que salga mal.

—Sí, es cierto.

—Y en el amor no hay garantías. Te vas a tener que jugar.

Piensa un momento.

—Tenés razón.

Luego se queda en silencio. Sus manos juegan con un paquete de pastillas. La noto inquieta, preocupada.

—Pero ¿me parece a mí o a vos te ocurre algo más?

—Cómo me conocés.

—A ver, decime qué es lo que te inquieta.

—Esther.

Su respuesta me sorprende.

—¿Qué pasa con Esther?

—Tengo miedo de que piense que la estoy abandonando.

Ah, la historia. Es imposible que alguien no arrastre los fantasmas del pasado. Luciana está reviviendo los sentimientos que experimentó cuando dejó la casa de su madre para irse a vivir con Nacho. Pero esta vez no es lo mismo.

—Luciana, creo que estás actualizando un conflicto del pasado.

—¿Qué querés decir?

—Que estás reviviendo lo que te pasó antes, cuando te fuiste de tu casa para irte a vivir con tu ex novio. Que temés estar abandonando a Esther como creíste abandonar a tu mamá en aquel momento. Pero no es así. Juan no es Nacho, Esther no es Elena y, si me permitís, vos tampoco sos aquella Luciana. Este es un presente distinto. Tu relación con Esther es mucho más sana, ella va a entender. Además, vas a poder seguir en contacto. Estás en posición de sumar y no de optar. Esta va a ser tu familia. Con Juan y Esther. No estás hiriendo ni abandonando a nadie. Simplemente estás construyendo tu futuro.

Hago una pausa para que pueda procesar lo que estamos hablando.

—Luciana, lo que no se resuelve se repite. Pero yo creo que aquella situación de tu pasado ya la elaboraste suficientemente bien. Así que quedate tranquila, no vas a repetirla.

Dos meses después Luciana se fue a vivir con Juan. Pero, como las historias verdaderas no siempre son color de rosa, tuvieron que pasar por muchas dificultades, incluso crisis importantes antes de estabilizarse como pareja. Pero pudieron sobreponerse.

Un día, casi un año después, Luciana vino y se acostó en el diván.

—Tengo que decirte algo que ni siquiera Juan sabe.

—Te escucho.

Respira profundamente.

—Estoy embarazada —me dice, y se pone a llorar.

Pero no es un llanto angustiado, es un llanto lleno de emoción. Y, para mí, un privilegio que me haya elegido para contar antes que a nadie algo tan importante.

—¿Cómo es que Juan no lo sabe aún?

—Es que me hice el test de embarazo antes de entrar acá.

—¿Estás contenta?

La emoción no le permite hablar. Le doy el tiempo necesario para que se reponga. Seca sus lágrimas, como en aquella primera entrevista, con el puño de su camisa. Pero qué diferente es este llanto de aquel otro de hace ya casi tres años.

—Gabriel, tengo miedo.

—¿De qué?

—No sé si voy a ser una buena madre.

—Es un miedo comprensible, Luciana. Todo aquel que va a tener un hijo se enfrenta a este temor. Es algo sano e inevitable.

—¿Y vos qué pensás?

Otra vez con sus preguntas tan directas. Otra vez poniéndome en la disyuntiva de responder o no.

—Yo no sé si vas a ser una buena madre o no. Lo que sí puedo decirte es que estás capacitada para serlo. Sos una gran persona, una luchadora que se ha sobrepuesto a momentos muy difíciles y que enfrentó sus miedos con mucho coraje. Saliste de un infierno y hoy estás en pareja con un hombre que te adora y te respeta. ¿Qué querés que te diga? Tenés todo lo que hay que tener para ser una gran mamá. Pero como en todo, Luciana...

—Sí, ya lo sé. Hay que seguir trabajando.

En el quinto mes de embarazo me dijo que Juan le había propuesto casamiento y un mes después se llevó a cabo la ceremonia. Al otro día, antes de irse de luna de miel, Luciana vino a sesión.

Entró y se sentó frente a mí. Por su embarazo hacía tres sesiones que habíamos abandonado el diván para que estuviera más cómoda.

Me miró sonriente, los ojos iluminados por algunas lágrimas. Se quedó en silencio acariciando su panza con ternura. Buscó en su cartera y sacó la libreta de matrimonio. La abrió, señaló una página y me la extendió.

—Mirá —me dijo llorando—, Juan me reconoció como su esposa, me dio su nombre.

Prorrumpe en un llanto emocionado.

—Este es mi apellido ahora. Un apellido de verdad.

Yo no podía decir nada. También estaba profundamente conmovido. Las lágrimas caen por su rostro, pero esta vez no lo oculta. Me mira y siento que también mis ojos se humedecen.

# **CASO 3**

RODOLFO

**FAMILIA • PÉRDIDA • FRACASO**

Rivadavia y Rincón. Café de los Angelitos, son las 11 en punto. Es una linda mañana de otoño, fresca, soleada. Amo este clima y, debo confesarlo, adoro esta Buenos Aires caótica, desordenada y ruidosa que ejerce sobre mí una influencia casi mágica. Esos rasgos europeos junto a edificios no tan lindos contruidos en los años setenta... Pasa como con algunas personas: hay que saber mirar. Y como estoy acostumbrado a mirar lo oculto, a veces puedo descubrir ese costado bello que la ciudad esconde.

Entro en el bar donde me cité con un amigo y colega que quería hablarme. El motivo del encuentro me tiene intrigado. Elijo una mesa que da a la Avenida Rivadavia, pido un café, y me quedo escuchando un tema de Mizrahi-Rabih: *Eternos interiores*. A los cinco minutos lo veo entrar a Fernando.

—Veo que vos también tenés puntualidad analítica.

—Obvio —me da un beso y se sienta—. ¿Cómo estás?

—Bien. Disfrutando esta mañana libre que me tomé con la excusa de tu llamado.

Pide un cortado. Le echa dos cucharaditas de azúcar y revuelve con la mirada fija en la taza. Es un psicólogo que admiro y que maneja una técnica para mí prácticamente infranqueable: Clínica psicoanalítica con adictos. Nos conocimos hace un tiempo en un grupo de estudio. Es un hombre brillante, lúcido, creativo y con mucho coraje para ir más allá de lo que la ortodoxia aconseja al enfrentar un desafío. Tuvimos varias charlas, quedé fascinado. Y con el tiempo fue surgiendo entre nosotros una profunda amistad.

—Supongo que si me citaste con tanta urgencia es porque el tema es



importante. ¿Se trata de algo profesional o personal?

—Te diría que ambos.

—A ver, sea claro, licenciado.

Toma un sorbo de café y aparta el pocillo.

—Está caliente —protesta—. Mirá, Gaby, te molesté porque tengo que pedirte un favor que es a la vez personal y profesional.

—Decime.

—Yo sé que andás con unos horarios de locos y que no te sobra el tiempo. Pero nada pierdo con intentarlo.

—¿De qué se trata?

—Hay una persona que quiere retomar análisis.

—Puedo pasarte el teléfono de Marcela para que pida una entrevista de admisión al equipo.

—No.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque quiero que lo atiendas vos.

Fernando no solo es profesionalmente brillante sino que, además, es muy respetuoso y se maneja siempre con mucho cuidado y registro del otro. No me estaría pidiendo esto si no fuera importante para él.

—Contame un poquito de qué se trata.

—Su nombre es Rodolfo. Es un amigo querido y un ser muy especial. Un hombre de emociones fuertes que está pasando por un momento difícil. Él te conoce porque te escucha por la radio y... bueno, no te voy a explicar a vos esto de la transferencia imaginaria y esas cosas.

Toma otro sorbo y continúa:

—El otro día estuvo en mi casa y charlamos un rato. No lo vi bien y le sugerí que hiciera una consulta psicológica. ¿Viste que hay gente que se ofende y te dice que no está loca? Bueno, no es este el caso. Rodolfo es un hombre con mucha experiencia analítica, un bicho de diván. Y me dijo que a él le gustaría hacer análisis con vos. Él solo pronunció tu nombre. No sabía si decirle que te conozco y somos amigos, porque no quería generarle expectativas. Pero no le vi nada de malo, así que se lo dije.

—¿Y?

—La idea lo entusiasmó. Por eso te molesto.

—No me molestás.

—Gracias, Gaby —me mira fijamente—. Te pido que aunque sea le hagas las entrevistas de admisión. Después, si no podés o si te parece que no es un paciente para vos, lo derivás. ¿Qué te parece?

Lo miro irónicamente.

—Lo que me parece es que si pensaras que no es un paciente para mí no me estarías pidiendo que lo viera. Y además se nota lo importante que este tipo es para vos. Está bien. Dale mi teléfono.

—Gracias —sonríe—. De verdad.

—Bueno, yo te debo unas cuantas de estas.

Nos quedamos conversando sobre otros temas. No quise preguntarle nada acerca de Rodolfo porque prefiero descubrir a los pacientes por mí mismo, me gusta esa «sorpresa» inaugural que casi siempre me genera sensaciones fuertes: cada paciente es un mundo a descubrir. En este caso, debo admitirlo, mi amigo había logrado intrigarme. ¿Cómo sería Rodolfo? ¿Cuáles serían sus angustias, qué dolores lo tendrían tan mal?

No dejé de pensar en él durante todo el día. Esperaba su llamado. Cuando me contactó a la mañana siguiente, convenimos un horario para nuestra primera entrevista. Su voz en el teléfono era firme y segura. No parecía un hombre desbordado. Pero, como dice el refrán, las apariencias engañan. Y en esa ocasión engañaban mucho.

Rodolfo llegó diez minutos antes de lo convenido. Yo acompañaba hasta la puerta a otra paciente y lo vi sentado en la sala de espera.

—El señor te está esperando —me dijo mi secretaria.

Lo miré y le sonreí.

—En un minuto estoy con vos.

Me devolvió la sonrisa. Despedí a mi paciente y me acerqué a saludarlo.

—Rodolfo, supongo.

Se puso de pie.

—Sí. Mucho gusto.

Me miró a los ojos y apretó mi mano. Tal cual lo había percibido a través del teléfono se lo veía un hombre seguro, aplomado. Me causó una fuerte impresión. No era muy alto; debía medir un metro setenta o un poco más. Rubio, de ojos claros y mirada profunda. Vestía de manera informal, y su aspecto, si bien era elegante, denotaba una cierta desprolijidad. Le indiqué el camino y nos dirigimos al consultorio.

—Rodolfo, es un gusto conocerte. Fernando me habló muy bien de vos y me dijo que le parecía una buena idea que tuviéramos esta entrevista —le dije a modo de bienvenida.

—Fernando me adora. Y yo a él. Pero no estamos aquí para hablar de Fernando por mucho que nos querramos, ¿no?

Fernando me había dicho que él tenía una vasta experiencia analítica y comprobé que era así. No perdió tiempo en esos comentarios que a veces se hacen para aplacar los nervios y romper el hielo. Fue al grano.

—Estoy mal. Y debo ser un tipo muy pelotudo para estar así de mal, a los cuarenta y cinco años, porque me dejó una mina.

—Por lo que veo tenemos aquí cuatro problemas: estás mal, sos un pelotudo, tenés cuarenta y cinco años y te dejó una mina. ¿Por cuál querés empezar?

Se ríe.

—Y, ya que estamos, empecemos por la mina. Después de todo, los hombres siempre que nos juntamos terminamos hablando de mujeres, ¿no?

Sonríó.

—Parece que sí. Contame de ella, entonces.

—Se llama Julieta. Estuvimos juntos casi dos años.

—¿Y qué pasó?

—Supongo que lo que suele pasar... El tiempo.

Sonríó nuevamente.

—Pero más allá del comentario filosófico supongo que en ese tiempo ocurrieron cosas.

—Muchas.

—¿Me querés contar?

—Sí, supongo que para eso vine.

Respiró profundamente y empezó a hablar de ella. La había conocido

hacía dos años, los habían presentado en una reunión empresarial. Él quedó inmediatamente impactado por su belleza. Morocha, treinta y nueve años, alta y con un cuerpo atractivo. Sensual y de una gran cultura. Se encarga de remarcar esta última cualidad.

—¿Culta o inteligente? Porque no siempre esas dos condiciones van de la mano.

—Culta seguro. Inteligente —se detiene—, a veces he tenido alguna duda.

—A ver, ¿cómo es eso?

—Sí. Julieta es una mujer que ha llegado muy lejos. Proviene de una familia de mucho dinero. Su padre es escribano y se está metiendo en política. Ha podido educar a sus hijos en los mejores colegios, esos que tienen nombres que uno ni siquiera puede pronunciar. Y ella va en camino de hacerse cargo de sus asuntos privados cuando el padre se dedique directamente a la política. Julieta ha viajado mucho y conoce todo lo que hay que conocer en este mundo para considerarse culto: las pirámides, los puentes del Sena, el Coliseo romano y podría continuar con una lista interminable.

—Ajá. ¿Vos conocés alguna de esas cosas?

Me mira sonriente.

—Sí, el teatro Coliseo de la avenida Corrientes.

Sonrío.

—¿Y hay algo en esa diferencia que a vos te molestaba?

—No —se apresura a responder—. Por mí que se meta sus viajes en el culo. Lo importante está acá —se señala la cabeza—, y en eso no creo que tenga nada que envidiarle.

Silencio.

—¿Y cómo era tu relación con su familia?

—Buena, aunque en el fondo debo reconocer que no tenían mucho que ver conmigo.

—¿Por qué decís eso?

—Porque era gente macanuda, pero algo frívola para mi gusto. La verdad es que pasé muchos momentos con ellos, pero no logré engancharme del todo. Por supuesto que es hermoso escuchar hablar de las maravillas que hay en el mundo. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero también es importante hablar de las dificultades que hay acá, en el país. Y eso no se podía —silencio—. Yo vengo de una familia muy humilde. Sé lo que es pasarlo mal. Trabajar de sol a sol para que no te alcance el mango. Y no podía evitar la sensación de molestia que me producían aquellas conversaciones.

—¿Las encontrabas huecas?

Asiente.

—Tal vez por eso dije que no sé si era tan inteligente. Éramos tan diferentes en cuanto a nuestro pensamiento sobre los temas importantes que me cuesta entender cómo pude pasar tanto tiempo con ellos.

—Bueno, era la familia de tu pareja.

—Sí, pero igual. Yo sabía que existía otro mundo. Sin embargo al principio intenté acomodarme a ellos. Creo que en algún punto me vi seducido por la situación. —Sonríe.

—¿Qué pasa, de qué te acordaste?

—De lo estúpido que me sentía gastando tanto dinero en ropa, en restaurantes. Como si inconscientemente hubiera querido transformarme en uno de ellos. Pero no funcionó.

—¿Por qué?

—Porque yo no era así —pausa—. Recuerdo que un día me miré al espejo y me di vergüenza.

—Ese es un término muy fuerte.

—Pero eso fue lo que sentí.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque ese no era yo. Era un ideal que intenté encarnar para ser aceptado por ellos, para no desentonar. Pero, por suerte, tengo muy en claro quién soy y de dónde vengo. De modo que el jueguito del muchacho de Barrio Norte no me duró mucho.

—¿Entonces?

—Entonces quise acercarla a ella a ese otro mundo que hay a veinte cuadras de su casa de Recoleta. Yo colaboro en una villa y tengo algunos ahijados. Chicos carenciados que apadrino, les pago los estudios y los llevo a pasear de vez en cuando. Y le pedía a Julieta que me acompañara en esas

salidas, que se acercara a esa gente.

—¿Y qué pasó?

—Que no solo no le gustó, sino que ni siquiera le importó demasiado. Miraba casi con desdén a esa gente que, en definitiva, era mi gente —pausa—. Fue como en las novelas berretas de la televisión, pero con un final diferente.

—¿Por qué, cuál fue el final?

—Me dijo que así no se sentía feliz conmigo. Que ella estaba dispuesta a abrirme las puertas a un mundo más bello pero que si yo no quería entrar era mi decisión. Discutimos y se fue. Sin más, como si yo no le importara nada.

Se produce un silencio prolongado que respeto.

—Pero bueno —continúa—, al menos me he rescatado a mí mismo. Mirame.

Hace un gesto con las manos recorriendo su cuerpo de arriba hacia abajo. No voy a entrar en el juego que me propone: me está pidiendo que emita un juicio acerca de su imagen.

—¿Qué es lo que, según vos, debería notar al mirarte?

—Lo que en realidad soy.

—¿Ah, sí? Hagamos el ejercicio contrario. Mirate vos y decime si ese sos vos y si te gusta lo que ves.

Agacha la cabeza.

—No, este tampoco soy yo.

—¿Ah, no?

—No. Estoy un poco descuidado, abandonado.

—Bueno —lo interrumpo—, abandonado seguro. Digo, teniendo en cuenta lo que me estabas contando.

Empleo esta palabra —«abandonado»— para generar un desplazamiento de sentido. Apelo a su capacidad de metaforizar. No siempre hago este tipo de intervenciones en las primeras entrevistas pero, como me había dicho Fernando, estoy frente a un bicho de diván.

Me mira y se queda pensando.

—Tenés razón, y a lo mejor eso contesta tu pregunta acerca de qué paso con Julieta.

—Explicame.

—Claro, tal vez un abandono tenga que ver con el otro.

—Ajá. ¿Y cuál fue primero?

Baja la mirada.

—Para mí sería más cómodo decir que primero vino el abandono de Julieta y que después, deprimido, triste y solo, caí en este estado de abandono personal. Pero no es así. Primero fui yo el que se olvidó de quién era, de su presencia, de sus gustos; el que quiso aparentar ser quien no era y a lo mejor con ese comportamiento, esto lo estoy pensando ahora, «logré» que Julieta se hastiara de mí.

«Esto lo estoy pensando ahora». Me está diciendo que «esto» no lo pudo ver solo, que es un *insight*, un darse cuenta que le ha ocurrido en este encuentro conmigo. En otras palabras, me está haciendo saber que me ha ubicado ya, en nuestra primera charla, en el lugar de analista.

Espero unos segundos por si quiere continuar y le digo:

—¿Qué cosa, no?

—¿Qué?

—Esto de hablar del hastío de Julieta como si hubiera sido un logro. Porque la palabra logro está ligada a la idea de éxito, de haber conseguido algo que se buscaba.

Nuevamente juego con el doble sentido de la palabra. Pero Rodolfo —ya me he dado cuenta en estos pocos minutos— es un paciente que permite este tipo de intervenciones. Otros, a lo mejor, se resisten alegando que quisieron decir otra cosa o que yo entendí mal. Pero él, por el contrario, se hace cargo de sus dichos, y esta capacidad que tiene será un arma importante en este análisis.

Menea la cabeza, abre los brazos, suspira.

—Y sí. A lo mejor voy a tener que preguntarme ¿por qué busqué que Julieta me dejara? —breve silencio—. Pero ¿puedo estar tan enfermo? Como si no hubiera tenido ya suficientes pérdidas me busqué una más.

Esta frase es fulminante. La percibo en toda su potencia, tengo ganas de hablar de esto, y sé que un hombre como Rodolfo, acostumbrado a navegar por las aguas de su psiquis, estaría dispuesto a hacerlo ahora mismo. Pero aun así, es una primera entrevista. De modo que me guardo la frase, me muerdo la lengua y decido esperar un poco más.

De todas maneras, sus dichos parecen haber dado en el blanco aunque yo no diga nada, porque Rodolfo me sorprende con algo que no esperaba.

—Creo que voy a llorar —dice.

Su voz se entrecorta. Asoman algunas lágrimas y no intenta detenerlas. Es raro ver a un hombre semejante dejar fluir su dolor con tanta naturalidad. Y como si estuviera leyendo mis pensamientos agrega:

—No me da vergüenza.

—No tiene por qué darte vergüenza. Pero contame ¿por qué lloras?

—Por Julieta.

No lo creo. No se trata de que me esté mintiendo a mí, pero creo que él mismo se está engañando. Estoy convencido de que Julieta es la representante actual de un dolor más antiguo, más profundo.

—Y lloro también... porque estoy de nuevo solo —agrega luego de un breve silencio.

Ahora sí. Dice que está «de nuevo» solo. Es decir, que está resignificando una soledad anterior. ¿Que viene desde hace cuánto? ¿Que remite a la pérdida de quién, o de quiénes? Son muchas las preguntas que vienen a mi mente. Pero todavía no es el momento. Debo esperar la ocasión justa que, de todas maneras, no iba a hacerse esperar mucho.

En la quinta entrevista acordamos comenzar el análisis. Comprendí que Rodolfo sería un paciente gratificante pero a la vez difícil para trabajar porque tenía una personalidad demasiado compleja. Poseía gran inteligencia y una claridad mental poco común, pero a la vez tenía momentos de enorme necesidad. Y en esas ocasiones le costaba entender hasta los hechos más sencillos. Solía ocurrirle al hablar de Sergio, un amigo de la infancia.

Según decía, era un hombre con un potencial increíble que desaprovechaba su capacidad en trabajos sin importancia ni futuro. Esa distancia que él creía que había entre el hombre que podía ser y el que en realidad era lo sacaba de quicio.

—No lo puedo entender ¿qué querés que te diga? Es un tipo pintón, joven, lúcido. ¿Cómo carajo malgasta su vida así? ¿Cómo no aprovecha esos dones para realizarse?



—¿Puede ser que él esté bien así?

—Que va a estar bien así. Trabajando en esa oficina de mierda en la que lo tienen de un lado para el otro por dos pesos con cincuenta. Te juro que no lo puedo entender.

—¿Sabés qué? La experiencia indica que cuando a alguien le cuesta tanto entender algo es porque el tema en algún punto lo implica.

—¿Qué querés decir?

—Simplemente me pregunto si esa actitud de Sergio que tanto te molesta no te resonará inconscientemente con algo de tu historia personal.

—No —se apresura a responder—. Para nada. Yo soy un tipo que va al frente y que no se queda nunca.

—Bueno —hago un pequeño silencio para resaltar lo que le quiero decir —, a lo mejor en algunos lugares no está tan mal quedarse. Porque esto de «no quedarse nunca» suena a tener obligación de irse todo el tiempo ¿no te parece?

Silencio.

—Bueno, más tarde o más temprano, todo se va.

Otra vez hace silencio. Otra vez sus ojos se llenan de lágrimas.

—Rodolfo, evidentemente aquí hay algo que tiene que ver con las pérdidas que a vos te hace sufrir mucho. ¿Querés hablar de eso?

Su voz se quiebra. Tarda en retomar la palabra.

—Gabriel, ¿vos sabés que soy viudo?

Me sorprende lo que dice.

—No, no lo sabía. Jamás hablamos de eso.

—Es que estuve tan entretenido con mis pérdidas actuales que no tuve tiempo de hablarte de mi otra pérdida, la más grande. Se llamaba Valeria. Esa sí era una persona luchadora.

Esa sí. ¿Y cuál no? ¿Estará hablando de Julieta que no pudo salir de su cómodo bienestar, de Sergio que desperdicia su vida en cosas sin importancia o habrá alguien más?

—Contame, por favor.

Se toma unos segundos.

—Me cuesta. Pero bueno, creo que me va a hacer bien hablar de ella — dice, y sin embargo se queda callado.

Me doy cuenta de que los recuerdos se le vienen encima. Su rostro se va transformando poco a poco y muestra el sufrimiento que siente. Lloro. Primero suavemente, pero a los segundos su cuerpo se sacude a causa del llanto. Apoya los codos sobre los muslos y deja caer la cara entre las manos. Decido intervenir sosteniendo un silencio prolongado.

Es extraño tener enfrente a una persona desbordada de angustia y, a pesar de haber pasado por esa experiencia tantas veces, no me siento capaz de describir las sensaciones que despierta. Es una vivencia indescriptible, imposible de ser transmitida, que colma el consultorio de un silencio pesado y engañoso. Porque, en realidad, es un silencio lleno de sonidos.

El llanto, la respiración agitada, el roce de la mano sobre el rostro, cada movimiento genera un rumor característico, único. Y en momentos como este he llegado a percibir incluso el latido de mi propio corazón.

Elegir el camino del silencio en sesión es una de las situaciones más difíciles y, probablemente, la que menos nos gusta a los analistas, aunque la gente crea lo contrario. Por lo general es una decisión que se toma como un gesto de respeto ante la aparición de la angustia del paciente.

Rodolfo permanece diez minutos llorando, sin moverse de su posición. Cuando su respiración empieza a normalizarse, le alcanzo una caja con pañuelos descartables.

—¿Querés?

Me mira como si lo hubiera sacado de un extenso letargo.

—Qué bárbaro. No sabés cuánto hacía que no lloraba por Valeria. Yo sé que a veces llorar es necesario. Pero la lloré tanto que me siento un enfermo.

—¿Enfermo por qué?

—Por seguir sin poder superar su pérdida. Murió hace diez años. ¿No es demasiado tiempo para seguir sufriendo tanto? ¿Qué dice la psicología de esto? ¿Cuál es el tiempo que debe durar un duelo normal?

—No lo sé. ¿Quién puede tener la soberbia de decirle a alguien hasta cuándo debe dolerle una pérdida tan importante? Yo no.

Suspira y hace un comentario impersonal. Probablemente esté intentando reponerse.

—Leí en un libro que un duelo normal dura entre seis meses y un año y medio. Que más de eso es patológico.

Sonrío.

—Los libros dicen tantas cosas, Rodolfo. Pero muchas veces la realidad los contradice, ¿no te parece?

—En mi caso, sí.

Evalúo la situación. Rodolfo ha abierto una compuerta que, según sus palabras, ha estado cerrada durante mucho tiempo e hizo una catarsis muy importante en la sesión de hoy. Difícilmente pueda abordar el tema sin volver a quebrarse. Va a ser importante que se lleve un poco de esta angustia, que vuelva a conectarse con este dolor del que ha estado huyendo. El análisis tiene sus tiempos y hay que saber respetarlos.

—Me parece conveniente que dejemos aquí —le digo—. La sesión de hoy ha sido muy fuerte. Te reencontraste con un episodio de tu pasado del que te venías escapando desde hace tiempo. Y celebro que así sea. Ahora ya está acá, instalado en este espacio. Y, seguramente, vamos a hablar mucho de él. Pero mejor sigamos la próxima.

Asiente y se pone de pie. Antes de salir del consultorio se detiene.

—Me iba sin pagarte. Perdoname. Me quedé enganchado con mi historia.

Sonrío y tomo el dinero. Tampoco yo me había dado cuenta del olvido. No solo Rodolfo había quedado con el pensamiento apresado por la imposibilidad de superar el dolor que le causaba la muerte de Valeria.

Rodolfo tenía treinta y cuatro años cuando conoció a Valeria.

—Venía de muchísimo tiempo de descontrol total —me cuenta.

—¿A qué llamás «descontrol total»?

—Me refiero a mi relación con las minas. Exclusivamente a eso. En lo que respecta a otras cosas siempre fui un hombre sanito —sonríe.

—Cuando decís muchísimo tiempo ¿de cuánto estamos hablando?

—Y... —piensa— siete u ocho años.

—¿Y qué pasó en ese tiempo?

—De todo. Anduve con rubias, morochas, altas, bajas, viejas y jóvenes. Parecía tener una especie de necesidad de salir con más y más mujeres. Y, obviamente, no me comprometía con ninguna. Compañeras de trabajo, chicas de la facultad, compañeras del conservatorio, vecinas de barrio, cosa que a mi

vieja le ponía los pelos de punta. Todas me venían bien.

«Todas me venían bien». La frase queda un rato dando vueltas en mi cabeza. Pero algo más me ha llamado la atención.

—Perdóname que te interrumpa. ¿Compañeras del conservatorio, dijiste?

—Sí.

—Contame. ¿De qué conservatorio hablás? Porque hasta donde me dijiste sos ingeniero.

—Sí, ahora sí. Pero en mi niñez, y aun después, estudié piano.

—Mirá qué bien. Así que durante un tiempo tuviste el *hobby* de la música.

—Yo diría que fue algo más que un *hobby*. A los siete años empecé con una profesora del barrio y me recibí de profesor de música a los catorce. No fue nada fácil porque en casa no había piano, pero era tal mi entusiasmo que Amelia, mi profesora, me dejaba ir a estudiar todos los días a su casa. Y así lo hice durante todos esos años. —Su mirada se pierde en el tiempo—. Era tan feliz en aquellas clases. El piano era mi vida.

—¿Entonces?

—Amelia decía que yo tenía talento. Cuando di mi último examen fuimos a festejar con una merienda y ella me dijo que yo estaba para mucho más, que ella ya me quedaba chica. Me habló de un gran maestro a quien quería presentarme. Me iba a recomendar y a pedir que me aceptara como alumno. Como te imaginás, me entusiasmé mucho ante la posibilidad de que el piano pudiera ser mi carrera. Pero...

—¿Pero qué?

—Cuando se lo dije a mi mamá me sacó corriendo. Me dijo que en nuestra familia había que trabajar y ganar dinero. Que ya bastante habían gastado en darme el gusto con el piano. Pero que ni soñara con que ella iba a permitir que yo malgastara mi vida con los sueños de una vieja loca.

—Pero ese no era el sueño de Amelia. Era tu sueño. —Asiente—. ¿Se lo dijiste?

—¿Para qué? A mi mamá no había forma de convencerla cuando se le metía algo en la cabeza. Incluso Amelia fue a hablar con ella para intentar cambiar su decisión.

Su gesto se ensombrece.

—¿Y qué pasó, Rodolfo?

—Por Dios, qué vergüenza. Mi mamá la trató tan mal. La acusó incluso de vieja puta —agacha la cabeza—, de estar caliente conmigo. Justo a ella que era una santa. No sabía dónde esconderme. Todo el barrio estaba en la calle observando cómo mi vieja le gritaba. Quise intervenir, pero no me animé.

—¿Le tenías miedo a tu mamá?

—Terror. Quise pasar después para disculparme. Pero no lo hice, y jamás volví a verla... al menos con vida. —Lo miro interrogante—. Sí, porque cuando tenía treinta años me enteré de su muerte. Y fui al velorio. Obviamente nadie me recordaba y no entendían por qué un desconocido lloraba de un modo tan desconsolado. Solo yo sabía que con ella se iba la persona con la que compartí uno de los sueños más grandes de mi vida. —Sonríe.

—¿Puedo saber en qué pensaste?

—Ella tenía dos hijos y a ninguno le importaba nada la música. ¿Sabés qué hice?

—No.

—Tiempo después me tenté y les compré el piano. Me anoté en el conservatorio y cursé un par de años, pero abandoné. Y ahí está: mi viejo compañero de la niñez. El piano en el que estudié tantas horas de mi vida. El que acompañó aquellas tardes con Amelia, su risa, su cariño... y mi felicidad.

—Decís que abandonaste. ¿Nunca más pensaste en hacer algo con la música?

Me mira.

—Gabriel, sé que vos también soñaste con ser músico. —Asiento—. Sabés que alguien que quisiera retomar un instrumento a mi edad no tiene ninguna chance, ¿no?

Es duro lo que dice, pero es cierto. La música es un mundo fascinante y único. Pero cruel. Y Rodolfo sabe que aquellos años perdidos no pueden recuperarse. El posible pianista que quiso ser es hoy un sueño inalcanzable. No sé bien qué decir. Rodolfo, por su parte, prefiere seguir con el tema del

cual veníamos hablando y retoma su relato acerca de sus amoríos. Pasa por alto la música y su relación con esas otras dos mujeres, la profesora amada y la madre temida. Pero ya lo escuché y sé que su vocación, su madre y Amelia, no son detalles menores de su vida. Por el contrario: me parecen de gran importancia y me hubiera gustado hablar un poco sobre el tema. Pero así son las cosas. Si bien el analista dirige la cura, el paciente guía la sesión. De manera que dejo que siga con su libre asociación de ideas y me guardo este tema para otra ocasión.

—Volviendo a mi pasado de donjuán, no te voy a decir que estuvo mal, porque te estaría mintiendo. Por el contrario, lo pasé bárbaro. ¿A quién no le gusta salir todas las semanas con una mujer diferente? Pero, después de un tiempo, me empecé a cansar.

—Bueno, siete años es un tiempo considerable, ¿no?

—Sí, pero yo me cansé mucho antes. Te diría que en los últimos cuatro años salir con minas era una rutina que me hinchaba un poco las bolas. Pero como ya te dije, era una necesidad.

—Claro, y entonces dejaste de ser un hombre para convertirte en una especie de animalito.

Me mira extrañado.

—Disculpame, pero no te entiendo. ¿Qué me querés decir?

—Rodolfo, excepto dos o tres necesidades básicas que son inevitables para sostener la vida orgánica, como respirar por ejemplo, el hombre no es, como los animales, un ser con necesidades sino un sujeto con deseos. Pero incluso hasta en los actos que están más íntimamente ligados a esas necesidades básicas, como comer, si no se está al borde de la inanición y con riesgo de vida, uno no tiene necesidad de proteínas o hidratos, sino deseo de comer un asado o una pizza. Esto es tan así que si alguien entra en un restaurante y no hay exactamente lo que quiere, se levanta y se va a otro. Porque lo que está en juego no es la necesidad sino el deseo de algo. ¿Me entendés?

—Sí.

—Bueno, pensá que si esto pasa con algo tan sencillo como la alimentación, con algo tan complejo como la sexualidad pasa lo mismo pero potenciado. Porque de última, una hamburguesa puede reemplazar a un bife,

pero hay personas tan importantes en la vida que no pueden ser suplantadas tan fácilmente por otras. Y vos de esto sabés bastante.

—Sí, es cierto. Pero estás hablando de amor, y yo hablaba de sexo.

—Bueno. Dejemos de lado el amor, si te parece, y hablemos de sexo. Tampoco se tiene necesidad de acostarse con cualquiera, sino deseo de estar con tal o cual persona. Cuando vos me decís que salías con rubias, morochas, altas y bajas, estás sugiriendo que cualquier mujer te daba lo mismo, y yo tengo mis dudas al respecto. Es más, al introducir la palabra «necesidad» lo que en realidad estás diciendo es que era una actitud que se te imponía, que ese comportamiento tenía carácter compulsivo. De lo cual deduzco que algo te incitaba a ir en busca de determinadas personas sin que pudieras hacer nada para contener ese impulso. Sé que a vos te parece que podía ser cualquiera, pero me pregunto si en esa variedad de mujeres aparentemente diferentes no habría algún rasgo en común. Y si esto fuera así ¿se te ocurre cuál podría ser?

Se queda pensando.

—La verdad es que no —me dice desilusionado.

—No importa. No hay apuro.

Digo esto para que se relaje. Porque suele ocurrir que los pacientes muy ansiosos o demasiado exigentes consigo mismos se obligan a tener la solución inmediata de los enigmas que el análisis les plantea. Y Rodolfo reúne ambas condiciones.

—Lo importante ahora —continúo— es que hayamos al menos instalado esta idea. Tengámosla a mano. Tal vez hoy no le encontremos sentido, pero es muy probable que más adelante sí lo hagamos.

No siempre este es el destino de las cosas que se generan en sesión. A veces se diluyen, pasa el tiempo y hasta llegamos a olvidarlas sin que vuelvan a aparecer o sin que nos aporten el sentido oculto que parecían tener. Por suerte, este no fue el caso.

Rodolfo se esforzó, durante muchas sesiones, en recordar a todas y cada una de las mujeres con las que había salido en esa época, cosa que no era fácil porque realmente habían sido muchas. La posibilidad de que hubiera

entre ellas algo en común lo obsesionaba. No le encontraba la punta al ovillo y se angustiaba.

Es algo frecuente en pacientes obsesivos. Su mente toma alguna idea y dirige hacia ella toda su atención, toda la energía de la que dispone hasta que la vuelve omnipresente. Casi no pueden pensar en otra cosa y esto se vuelve sintomático, algo que no solo no ayuda al progreso del análisis sino que lo entorpece. Para evitarlo me pareció necesario volver a ponerlo en contacto con sus emociones y ver si podía lograr que tomara distancia, por un rato al menos, de aquello en lo que no podía dejar de pensar. Y había un tema que me iba a ser de mucha utilidad para lograrlo.

—Al final, nunca hablamos de Valeria.

—Es que aún no pude descifrar lo que sucedió en la etapa anterior a conocerla.

—¿Y quién te dijo que el análisis debe seguir un orden cronológico? Te propongo algo.

—¿Qué?

—Dejemos por un tiempo esto en lo que estábamos trabajando.

—Pero no pudimos cerrarlo.

—Que quede abierto entonces. ¿Cuál es el problema? Sigamos. Si realmente algo importante nos quedó en el tintero, ya va a volver. No te preocupes por eso.

—¿Te parece?

—Sí, me parece. —Asumo la responsabilidad. Este momento analítico lo requiere—. Háblame de Valeria.

Se produce un silencio prolongado. Intuyo que está conectándose con sus recuerdos, trayéndola a su memoria. Finalmente me cuenta que la conoció en un cine-debate donde se discutía la película *Casanova*, de Fellini.

—Un personaje ideal para esa etapa de tu vida —me sonrío.

—Justamente. Pero mirá vos qué loco. Ese fue el último día de mi donjuanismo.

—A ver...

—La cuestión es que se armó un intercambio muy interesante entre los asistentes. El tipo que coordinaba la actividad era muy bueno y logró engancharnos con la problemática del personaje. La perversión, el fetichismo,



cierta cuestión andrógina de su imagen. Fue realmente un encuentro atractivo. A la gente la película le había generado cosas muy diversas. ¿La viste?

Asiento.

—¿Te gustó?

—Me pareció genial. Pero no sé si me gustó —respondo sinceramente.

—A mí me pasó lo mismo. Porque por momentos me encantó, en otros me aburrí y hubo algunos pasajes en los cuales directamente me angustió.

No puedo dejar de recordar las sensaciones que tuve al verla, sinceramente, no muy diferentes de las que refiere Rodolfo. Pero este no es un encuentro de cine-debate sino una sesión de análisis, así que no hago comentarios al respecto. Al menos hoy no.

—¿Y Valeria?

—Valeria se veía divertida. Era una mina muy abierta de cabeza. Le causaba gracia cierto enojo feminista que había en la sala. Pero ella se detuvo en las cuestiones más visuales, ese mar hecho con telas que flameaban al viento, lo cual no era raro, pues después de todo era arquitecta. Durante la reunión habíamos cruzado algunas miradas. Cuando terminó nos quedamos todos un rato en la vereda. Era invierno. Se puso un gorrito de lana rojo que sacó de su cartera y se subió el cuello del abrigo. Metió las manos en el bolsillo y me sonrió con la nariz roja a causa del frío. Estaba hermosa.

Queda capturado por ese recuerdo. Se abstrae del mundo unos segundos, y yo lo dejo.

—¿Qué pasó después?

—Algo raro.

—¿Raro?

—Sí. Yo, que era un ganador que venía llevándome todas las minas por delante no supe qué decir. La gente se fue retirando y nos quedamos solos en la vereda. Era evidente que ninguno de los dos tenía ganas de despedirse. Entonces me miró y me dijo: «Hace frío, ¿me invitás con un café?».

Queda callado. Se ha transportado en el tiempo, algo que suele ocurrir en análisis. Hay situaciones que no se recuerdan, sino que se reviven. El paciente vuelve a ubicarse en el mismo estado psíquico y emocional que tenía en el momento del suceso. Esto puede observarse con gran claridad cuando se conectan con un hecho traumático. He visto a pacientes que tuvieron

verdaderas regresiones en sesión, temblar y asustarse como si el hecho del pasado les estuviera ocurriendo en el momento presente.

Pero, como en este caso, no siempre el fenómeno se asocia a hechos desagradables.

—¿Y vos la invitaste?

—Obvio. Habremos entrado en el café a las nueve de la noche. Nos pusimos a hablar con una naturalidad sorprendente. Me gustaba mirarla, me cautivaba el sonido de su voz, su risa. Era muy fuerte lo que nos estaba pasando y perdimos totalmente la noción del tiempo. Cuando miramos la hora eran las tres de la mañana y no nos habíamos dado cuenta. Todo se dio de una manera tan espontánea. Estábamos en el centro y ella vivía en Belgrano, a tres cuadras de Cabildo y Juramento. ¿Ubicás?

—Sí.

—«¿Vamos?» —me preguntó—. Y yo asentí. Nos fuimos caminando y conversando. Yo estaba en las nubes, no lo podía creer. Si te digo algo ¿no te vas a reír? Creo que me enamoré de ella en ese mismo instante.

Me mira.

—La acompañaste hasta su casa.

—Por supuesto.

—Y al llegar, ¿qué pasó?

—Nos despedimos y nos intercambiamos los números de teléfono.

—¿No te invitó a pasar?

—No. Valeria era muy perceptiva. Creo que se dio cuenta de que yo no quería entrar.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Porque, como te conté, estaba cansado de salir con mujeres con las que indefectiblemente terminaba en la cama casi por obligación. Esta vez quería que fuera diferente.

—¿Y no creés que, de todos modos, con ella hubiera sido diferente?

Piensa.

—Seguramente.

—Pero bueno, vos a veces tenés ese mecanismo, ¿no?

—¿Cuál?

—El de no permitirte hacer por placer cosas que sí hacés por obligación.

Recibe el golpe. Hace silencio y se queda pensando.

—Creo que sí.

Error. No era el momento para esa observación. Después de muchas sesiones Rodolfo había vuelto a tener un discurso fluido, a conectarse con sus vivencias y yo acabo de empujarlo nuevamente al mundo del pensamiento obsesivo. Tengo que salir rápidamente de aquí.

—¿Y cuál era la sensación que tuviste al quedarte solo luego de este encuentro tan fuerte?

Silencio.

—Disculpame, me quedé enganchado con lo que me dijiste. Es cierto que muchas veces actúo de esa manera. Tenés razón.

—Rodolfo, me parece que es importante entonces que tomemos nota de este modo de actuar. Seguramente lo vamos a ir identificando en diferentes situaciones de tu vida, pero hagámoslo con calma. No se trata de que ahora te pongas a hacer una lista de las veces en las que creés que utilizaste este mecanismo. No tenés que hacer los deberes para la clase que viene. ¿Dale?

—Sí.

—Bueno, mejor. Pero aún no respondiste a mi pregunta.

—¿Cuál?

—¿Qué te pasó después de despedirte de Valeria?

Silencio.

—Me fui sintiéndome muy extraño, y muy vivo. Estaba conmocionado.

Se ríe.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Que yo vivía en La Boca. Desde chico viví allí, y me fui hasta casa caminando sin darme cuenta. Pensando en ella y en lo mágico del encuentro. ¿Te das cuenta? Creo que fue una de las noches más lindas de mi vida.

Silencio.

—¿Cómo siguió la historia?

—Al otro día, cerca de las tres de la tarde, me llamó.

Vuelve a sonreír. Es evidente que esos momentos de su vida fueron muy felices y quedaron grabados fuertemente en su memoria y en su corazón.

—¿Sabés qué me dijo?

—No.

—Me preguntó dónde cenábamos esa noche.

Yo también me sonrío. Imagino la situación y no puedo evitarlo.

—¿Y vos qué le respondiste?

—Le di un lugar y una hora. «Ahí estaré», me respondió.

Silencio prolongado.

—Y así fue como empezamos a vernos. Y no dejamos de hacerlo nunca más. Hasta que... —otra vez su angustia— se murió.

Estira la mano y toma la caja de pañuelos.

—Es increíble —continúa.

—¿Qué cosa?

—Que hayan pasado doce años de esto que te estoy contando. Que haga ya diez años que Valeria está muerta.

Silencio.

—¿De qué murió Valeria, Rodolfo?

—De un linfoma de mediastino.

Sé de qué se trata.

—¿Querés hablar de eso?

Me mira.

—Hoy no, por favor.

—Está bien. No hay problema.

—Es más. ¿Te puedo pedir algo?

—Sí, claro.

Suspira.

—¿Me puedo ir?

—¿Pasa algo malo?

—No. Simplemente que me gustaría quedarme con esto que estuvimos hablando. Lo que ocurrió después fue tan fuerte que casi nunca puedo detenerme en los primeros momentos, los lindos, los de esa ilusión que duró tan poco.

Su pedido es auténtico. Tiene derecho a estar un rato a solas con sus recuerdos, a pensar en esa ilusión que duró tan poco... tan poco. ¿Cuánto le duró a Rodolfo ese sueño? Aún no lo sé, pero intuyo que ahí hay algo importante.

A la siguiente sesión entró en el consultorio muy serio y se sentó frente a mí. Casi ni me saludó.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Supongo que hoy tengo que hablar de la enfermedad de Valeria.

Niego con la cabeza.

—No tenés la obligación de hacerlo. Solamente si querés.

—Te lo agradezco, pero siento que no voy a poder seguir adelante hasta que no te cuente cómo fueron las cosas. Así que prefiero hacerlo de una vez.

—Como quieras.

Se toma unos segundos.

—¿Te acordás que te comenté que al otro día de conocernos fuimos a cenar?

—Sí.

—Bueno, yo había elegido un lugar íntimo y muy cálido. Entramos, encargamos la comida, pedimos un vino y nos miramos un rato largo, con la copa en la mano. Yo iba a decir algo pero ella me detuvo. «¿Qué pasa?» —le pregunté. Me pidió que no dijera nada, que simplemente la mirara. Sus ojos se llenaron de lágrimas y me dijo que se había enamorado de mí y que lo decía muy en serio. Yo iba a responderle, pero me hizo señas con la mano para que me callara. «Déjame a mí», me ordenó. Me miraba de una manera tan especial que me sentí recorrido por una profunda emoción, pero al mismo tiempo comprendí que algo le estaba pasando, aunque no supiera qué. Unos segundos después ella apretó los ojos y agachó la cabeza. Yo quería preguntarle qué ocurría, pero no me animaba a interrumpir ese momento. Al cabo de unos segundos me miró y me dijo: «Brindemos por habernos conocido. Y porque después, cuando salgamos de aquí, mientras hagamos el amor, te voy a contar un secreto».

Hace una pausa en su relato. Sostengo el silencio unos minutos.

—¿Y fueron?

—Sí, fuimos. ¿Cómo hago para explicarte lo que sucedió? ¿Creés en los milagros? No importa. Yo tampoco creía, hasta ese momento.

—Contame cómo fue.

—Fuimos a su departamento. Era como ella, pequeño y hermoso. Cuando entramos se descalzó y de la mano me llevó hasta el cuarto. Yo había salido

con muchas mujeres, vos lo sabés, pero me sentía un debutante. Casi temblaba cuando se recostó en la cama. Nos besamos durante mucho tiempo. Yo no me animaba ni siquiera a tocarla, como si temiera romper alguna clase de hechizo. Como siempre, ella tomó las decisiones. Se soltó el pelo, se quitó el suéter y me miró. «Dale, seguí vos», me dijo y se acostó con los ojos cerrados. La desvestí con toda la delicadeza de que era capaz y la besé durante mucho, mucho tiempo. En un momento ella me miró y me dijo: «Por favor, haceme el amor». Y yo entré en ella despacito, como si temiera lastimarla. Y así estuvimos largo rato. Entregados a una dulzura apasionada.

Se detiene. Está llorando. Con ese llanto calmo que produce el recuerdo de los momentos bellos.

—Es la primera vez que hablo de esto.

No hago ningún gesto, no digo nada. No quiero aportar ni el más mínimo estímulo que pueda condicionar su relato. Me está mostrando un espacio sagrado de su vida. Y se lo agradezco de la mejor manera que puedo, cuidando este momento de su análisis con todas las herramientas que tengo.

Pasan los minutos.

—En un momento me tomó la cara entre las manos —continúa—. «Mirame», me dijo, «te voy a contar un secreto». Yo asentí. Sus labios empezaron a temblar y se puso triste, muy triste. «¿Qué pasa?», le pregunté. Ella me acarició y me dijo: «Me voy a morir», y... y me apretó contra su cuerpo.

Ahora sí su llanto es angustiado. Siento admiración por él. Hay que ser muy íntegro para mostrar el dolor de esa manera. La sociedad nos ha enseñado que los hombres no lloran, que esas son cosas de mujeres. Y aquí tengo, delante de mí, a un hombre capaz de abrir su corazón sin sentir la menor vergüenza.

Cuánto dolor guarda en su interior. Cuánta pérdida, cuánto duelo.

Miro el reloj y me doy cuenta de que en cinco minutos tengo otro paciente. Le pido disculpas y salgo un segundo del consultorio.

—Por favor —le digo a mi secretaria—, llamá a Hernán y avísale que no voy a poder atenderlo. Pedile disculpas de mi parte y arreglá otro horario. Después le explico.

—¿Qué, te vas?

—Al contrario. No pienso salir del consultorio.

Voy a la cocina a buscar un vaso de agua. Rodolfo seguramente lo necesita, pues la sesión de hoy va a ser muy larga.

Ese mismo día, abrazados en la cama, Valeria le había contado todo acerca de su enfermedad. Le dijo que no podía darse el lujo de perder tiempo para decir lo que sentía, que se daba cuenta de que este no había sido un encuentro más para ninguno de los dos, y que no quería mentirle en nada para que él pudiera decidir qué quería hacer.

Rodolfo había vuelto a su casa con una mezcla de emociones que no podía ni siquiera identificar. Miedo, felicidad, angustia, incredulidad, bronca, dicha. Su cabeza era un torbellino de ideas e imágenes que se le presentaban sin orden alguno.

Valeria le había pedido que no la llamara por dos días. Ese era el tiempo que le iba a dar para pensar si quería o no compartir con ella lo que le restaba de vida. ¿Años, meses? No lo sabía.

—Si querés —le había dicho—, podés no llamarme más. De todas maneras te voy a guardar en mi alma para siempre. Pero si me llamás, tené en cuenta que no quiero estar con alguien que me duele en vida. Si te quedás conmigo, mi muerte no va a ser tema de conversación cotidiana. Vos elegí.

—¿Y vos qué hiciste? —le pregunté.

—Le dije que yo no necesitaba pensarlo. Pero no me dio bola. Me dijo que no lo hacía por mí sino por ella. Obviamente, a los dos días la llamé.

Rodolfo sonríe. Tiene la mirada perdida. De a poco se relaja. Se siente feliz.

—Dale —le digo—, date el gusto.

Me había dicho que nunca tuvo oportunidad de hablar de aquellos momentos, los que aún conservaban esa ilusión que le había durado tan poco. Yo ahora sabía que realmente había sido demasiado poco: solamente un día. Porque a partir de ahí, aunque él intentara negarlo, la idea de la muerte de Valeria seguramente estuvo presente en cada instante de la relación. No puede alguien, aunque ponga todo su esfuerzo, olvidarse de algo tan terrible y comportarse como si esa espada de Damocles no estuviera acechando sobre

su cabeza.

Sin embargo, habla de esos momentos iniciales de su relación con mucha alegría. Sus recuerdos están llenos de noches largas de conversaciones, risas y una conexión sexual maravillosa.

—Hacer el amor con ella era algo supremo, milagroso. Nos quedábamos mirándonos emocionados. No lo podíamos creer. Además, hubo otro tema que para mí fue muy importante.

—¿Cuál?

—Hasta el día en que la conocí yo era un tipo de amistades superficiales. Salía siempre con amigos a los que solo les interesaba la joda y con los que no se podía conversar de nada serio. —Lo mismo que con la familia de Julieta, pensé, pero opté por no decirlo—. Valeria me ayudó a correrme de ese lugar, me presentó a su familia y me integró inmediatamente a sus afectos. Así conocí un grupo de personas increíbles, nobles e inteligentes que son hoy mis verdaderos amigos, los que más quiero en la vida. Ese fue otro de los regalos que me dejó. Sabés que soy hijo único, pero a partir del día en que la conocí ya no volví a estar solo nunca más.

Se hace un gran silencio. Espero para ver si continúa, pero no lo hace. Yo tampoco digo nada. Me quedo pensando en esa última frase. Rodolfo acaba de decir que «no volvió a estar solo nunca más».

Y de eso estoy seguro, porque Valeria no lo debe haber abandonado ni un solo día. Qué difícil debe ser vivir desde hace tanto tiempo, aunque sea por un rato, sin fantasmas que lo habiten.

Veo el horizonte de nuestro trabajo y lo imagino como una especie de exorcismo. Pero él ¿querrá que yo lo ayude a arrancarla de su vida?

A las pocas semanas de haberse conocido se fueron a vivir juntos y se dedicaron a disfrutar el uno del otro todo el tiempo que pudieron.

Dos años.

Eso fue lo que duró ese amor, el tiempo que la enfermedad le dio a Valeria.

Tres sesiones después de haber abordado el tema, fuimos llegando al desenlace de la historia.



Valeria no respondía a los tratamientos médicos y el final se hacía inminente. Incluso él, que tanto lo había intentado, no lo pudo seguir negando.

Ella se comportaba con mucha valentía, pero las internaciones se habían hecho cada vez menos espaciadas y, debido a su estado general, los médicos suspendieron la quimioterapia.

Recuerda con claridad aquel último día.

Valeria había estado muy caída, sin energía y le costaba respirar. Hacía una semana que él no se movía de su lado.

—Aquella noche le ofrecí algo de comer y se rió. «¿Quién piensa en comer en este momento? Vení, acostate conmigo».

Narra todo esto con voz pausada, los ojos brillosos y una extraña sensación de paz. Continúa:

—Me acosté y le empecé a acariciar la cara. «¿Estoy fea?», me preguntó. Y yo le dije que no, que estaba tan linda como siempre. Me miró y me dijo... —se interrumpe.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo: «Haceme el amor, entonces». Yo la besé, la abracé y me puse a llorar. Me di cuenta de que se moría y que era la última oportunidad que tenía de hablar con ella. ¿Vos sabés lo que se siente al mirar a alguien sabiendo que es la última vez que lo ves? ¿Querer guardarse el sonido de esa voz que no vas a escuchar nunca más? ¿La impotencia de ver que le cuesta respirar cada vez más y vos no podés hacer nada? No sabés lo que duele ver morir a una persona que se ama tanto.

Claro que lo sé. Imágenes muy fuertes y dolorosas me asaltan desde la memoria. Me impactan, me duelen. De un modo tan potente que casi no me dejan pensar. Pero este no es el espacio para mi dolor. Respiro profundamente e intento expulsar esos rostros queridos y ausentes que, de golpe, se han hecho presentes. Me tomo unos segundos y vuelvo a centrarme en lo que realmente importa en ese momento: Rodolfo.

—¿Entonces?

—Le dije que la amaba, que no me quería quedar solo. «¿Qué voy a hacer sin vos? ¿No ves que no voy a poder seguir viviendo?». Me miró y me estrechó entre sus brazos. Yo me dejé abrazar y en un momento me di cuenta

de que ella me estaba consolando a mí.

—¿Te dijo algo?

Asiente con la cabeza.

—Me dijo: «Rubio hermoso, valió la pena vivir para amarte a vos». Se quebró y continuó diciendo: «Pero podrías haber llegado un poco antes ¿no?».

La fuerza de su relato me está abofeteando. Siempre trato de escuchar palabras, no imágenes. Pero esta vez no puedo, y las cosas que me cuenta pasan por mi cabeza como escenas de una película. Casi puedo imaginarlos abrazados, despidiéndose, intentando evitar lo inevitable. Ella pálida y delgada, pero aún hermosa. Él, sano y fuerte pero temblando como un chico.

La voz de Rodolfo me trae nuevamente a la realidad.

—«Abrazame», me dijo. «Tengo miedo».

—¿Y vos qué hiciste?

—Le dije que iba a llamar a la ambulancia. Pero cuando intenté levantarme de la cama me rogó que no lo hiciera. «No me quiero morir sola, rodeada de desconocidos vestidos de blanco. Me quiero morir aquí, con vos... en tus brazos, sintiendo tu olor, escuchando tu voz. Por favor, es solo un poco más. No me dejes ahora, acompáñame hasta el final». Y así fue. La abracé y le acaricié la espalda. A ella le gustaba eso, siempre se dormía así.

—¿Después qué pasó?

—Me sobresalté al darme cuenta de que yo también me había dormido. Le acaricié la cara y la miré: ya no estaba, se había muerto.

Silencio.

—Y vos ¿qué hiciste?

Tarda en responder.

—Me puse a llorar. La abracé fuerte, muy fuerte. Y me volví a dormir hasta la mañana siguiente.

Respiro profundo.

Quien crea que a los psicólogos no nos pasa nada cuando escuchamos a un paciente, se equivoca. A veces las emociones nos asaltan con una fuerza increíble. Pero debemos, eso sí, tener la lucidez necesaria como para evitar

que nublen nuestro hacer. Por momentos es muy difícil. Y este era uno de esos momentos.

Rodolfo se quedó en silencio el resto de la sesión. Yo también.

A partir de entonces, el análisis de Rodolfo empezó a discurrir entre dos frentes: el de su pasado y el de su presente. Por un lado estaban los años de donjuanismo, como los llamaba, que habían terminado con la llegada de Valeria. Por el otro, los años de abstinencia casi rigurosa que habían seguido hasta la llegada de Julieta. En mi mente veía estas dos situaciones claramente: siete años de desenfreno y la llegada de Valeria poniendo fin a esto. Siete años de abstinencia y la llegada de Julieta reintegrando a Rodolfo a la vida erótica. El esquema era obsesivamente simétrico y, seguramente, tenía un sentido. Pero ¿cuál? No podía encontrarlo.

Y esto me ha pasado muchas veces: el caso se empantana. Tengo elementos a la vista, pero no puedo saber qué significan. El paciente habla, viene, cumple y aun así el sentido oculto no aparece. Y como analista, suele ser un momento bastante difícil. Vuelvo una y otra vez sobre las sesiones pasadas intentando encontrar la llave que abra el significado que se enmascara en las palabras y los actos de mis pacientes. Incluso me enojo conmigo mismo. «No puede ser. Tiene que estar por acá», me digo. Y nada.

—Gabriel —me había dicho cierta vez mi analista—, debe moderar su ansiedad. El sentido de las cosas se comporta a veces como la cola de los perros. Si usted lo persigue enloquecido, siempre se le escapa. En cambio si se relaja y camina tranquilo, lo sigue por detrás. O como decía otro gran maestro: no se desespere buscando, simplemente relájese y encuentre.

Debo reconocer que, a pesar de los años de experiencia que tengo, manejar esa ansiedad sigue siendo una de las cosas que más me cuesta. Sobre todo cuando percibo que estoy cerca. Es una sensación que se siente con mucha fuerza, que invade con la omnipotencia de lo inevitable. Pero falta un poco más. El velo aún no se corre. Y hay que saber esperar, porque uno mismo puede ser el obstáculo para que ese sentido salga a luz.

Necesitaba estar tranquilo porque Rodolfo era, efectivamente, un hombre acostumbrado al análisis. Y eso no siempre es bueno ya que, así como esa experiencia puede allanar el camino, también ocurre que el paciente tiene una gran percepción de los vaivenes del analista y unos mecanismos de defensa que han aprendido a sobrevivir a los señalamientos y las interpretaciones. Son, como decía un amigo, lechuzas cascoteadas.

Recuerdo que un sábado a la mañana, mientras buscaba un marco para reflexionar fríamente sobre el caso, tomé su historia clínica y me fui a un bar.

Es un ámbito que me ayuda a pensar, que me distiende, que me permite sostener una atención flotante ya que voy del caso a la gente que pasa, del contenido de la sesión al bocinazo, del recuerdo angustioso al sabor del café amargo.

A ver: pensemos.

Los neuróticos repiten —me dije—. Y aquí hay claramente una repetición de dos ciclos de siete años seguidos por la aparición de una mujer que... Me quedé sorprendido, porque había otra coincidencia que no había percibido: seguidos por la aparición de una mujer que le duró dos años. Porque también Julieta se había quedado en la vida de Rodolfo dos años. Una lo dejó porque se murió y la otra porque lo abandonó. Pero Rodolfo reconoció que él mismo había provocado ese abandono. Es decir que él se había encargado de que la duración fuera de dos años, igual que con Valeria, cerrando así un círculo perfecto.

¿Y ahora qué vendría? ¿Otros siete años de qué?

Algo debía hacer yo para torcer esta repetición calcada e involuntaria que se le imponía a Rodolfo. ¿Pero qué? ¿Dónde estaba el secreto? En ese instante recordé. Cursaba el profesorado de matemática y estaba trabajando infructuosamente hacía casi una semana con un ejercicio de álgebra. Un día, en una de sus clases, el profesor Foncuberta, titular de la cátedra, se acercó a mi mesa.

—Lo veo muy preocupado —me abordó.

Asentí.

—Es que hace días que vengo lidiando con este ejercicio y no le encuentro la vuelta.

—¿Me lo deja ver?

Tomó la hoja y se quedó mirándola. A los pocos segundos me la devolvió con una sonrisa.

—Mire, así no lo va a resolver nunca.

Lo miré extrañado.

—¿Por qué?

Porque le falta un dato. En matemática es necesaria una cantidad mínima de elementos para encarar la resolución de un problema. Y usted está trabajando con uno de menos. Mire bien, haga una lista de los datos que tiene y va a ver cómo aparece el que le falta. Una vez que lo identifique, vaya y trabaje para averiguarlo y cuando lo tenga, ahí sí, encare la resolución del problema. Si no, va a trabajar inútilmente.

Aunque parezcan dos mundos totalmente diferentes, el pensamiento matemático está muy cerca del pensamiento psicoanalítico. Y aquel recuerdo me dio una pista. ¿Podría estar cometiendo el error de intentar la solución del enigma antes de tener todos los datos necesarios? Estaba seguro de que así era. Era casi un hecho que me faltaba al menos un elemento para descifrar el jeroglífico que me proponía Rodolfo. ¿Pero cuál?

Me tomé toda esa mañana para pensarlo. Cuando vino a la siguiente sesión tenía una pregunta para hacerle.

—¿A qué edad ingresaste a la facultad?

Me mira sorprendido. Se sonríe.

—Veo que vamos a cambiar un poco el ángulo de la información —dice en broma.

—¿Te molesta?

—No. Lo que pasa es que no me lo esperaba.

Su respuesta es gratificante. Nada peor puede pasarle a un analista que obtener como respuesta del paciente la siguiente frase: «Sabía que me ibas a decir eso».

No solo provoca una herida narcisista sino que nos indica que no estamos bien orientados, que no le estamos sirviendo. Debe haber algo de sorpresivo, de novedoso en el señalamiento del analista. Y en un caso como este, con un paciente que se desplaza con tanta comodidad en análisis, más aún. Por eso

recibo con agrado su contestación.

—Me gustaría que habláramos de esa etapa de tu vida, si no te molesta.

—Para nada. Fue hace tanto tiempo. Yo era poco más que un nene. Terminé la secundaria e ingresé a la Facultad. Mi familia era de condición humilde, así que tuve que trabajar y estudiar al mismo tiempo. Pero la verdad es que, más allá del sacrificio, la entrada a la Universidad significó para mí la apertura a un mundo nuevo.

—¿En qué sentido?

—Mirá, yo soy un hombre que está orgulloso de la familia que tuvo.

—¿Pero?

—Pero la gente que conocí en ingeniería era distinta. Tenía otros intereses, otros temas de conversación, otra manera de pensar.

—¿Te integraste fácilmente?

—No. Ya te lo dije, nunca tuve demasiados amigos y siempre fui un poco cerrado. Pero al menos espiaba de cerca un mundo diferente del que yo conocía.

Hablemos un poco de eso.

—Yo inicié mis estudios universitarios en una época difícil. Pensá que ingresé en el setenta y ocho. La mano estaba pesada para los estudiantes. Algunos compañeros, incluso lo pasaron bastante mal. Y a eso sumale que yo aún tenía ganas de estudiar música.

—¿No se te ocurrió hacerlo a pesar de la oposición de tu madre?

Abre más los ojos y se ríe.

—Mi vieja nunca te daba una opinión: te daba una orden.

—Y vos obedecías.

—Siempre.

Se entristece un poco.

—¿En qué te quedaste pensando?

—En que era un poco agresiva y...

—¿Y vos le tenías miedo?

Asiente con la cabeza. Me doy cuenta de que se debate entre la tristeza, la bronca y la culpa que le genera tener estos sentimientos encontrados con respecto a la figura de su madre.

Al preguntarle por su ingreso a la Facultad lo había llevado a sus

dieciocho años, al final de sus estudios secundarios, a esa etapa en la cual un adolescente enfrenta al mundo y lo contrasta con su familia. Es un período que suele ser conflictivo y él no había escapado a esto. Aunque en este caso, el conflicto parecía exacerbado.

La figura de su madre, enorme, idealizada y prepotente al mismo tiempo, había resultado algo demasiado difícil de resolver para Rodolfo. Sus actitudes límites lo desconcertaban todo el tiempo. Por un lado, instaba a su padre a que lo ayudaran económicamente para que pudiera estudiar, y por otro, jamás lo estimulaba con el reconocimiento.

Su carácter fuerte la hacía aparecer por momentos como agresiva, y Rodolfo recuerda haber tenido mucho miedo de sus actitudes. Cualquier discusión le hacía temer que todo terminara en un escándalo, ya sea con los vecinos, como en el caso de Amelia, con desconocidos o con los propios miembros de su familia.

Y así Rodolfo pasó esa etapa en la cual se termina de reafirmar la personalidad, en su caso también la virilidad, entre el ejemplo valiente y noble de una familia humilde que con esfuerzo se sobrepone a sus limitaciones y el temor y la desautorización permanentes.

Lo que se había iniciado con una inocente pregunta sobre su pasado universitario derivó en un tema angustiante y conflictivo: su relación con su madre, el amor y el odio, la admiración y la vergüenza que al mismo tiempo le había provocado y, como no podía ser de otra manera, la importancia que esto tuvo en la formación de su personalidad.

Muchas sesiones las dedicamos a hablar de esta etapa de su vida. Mientras tanto, a pesar de la ruptura, Rodolfo se acostaba cada tanto con Julieta, salía con alguna mujer desconocida o hablaba conmovido de su historia con Valeria. Todo parecía muy mezclado en su cabeza. Sin embargo, a pesar de las diversas temáticas que surgían, yo no quería dejar escapar su problemática edípica.

—¿Tu papá qué hacía ante estas actitudes de tu madre?

—Mi viejo era un cagón —dice y baja la cabeza—, incapaz de contradecirla y mucho menos de enfrentarla. Incluso cuando mi vieja se la agarraba conmigo, él se quedaba calladito a un costado. No se metía nunca. A lo mejor después, cuando ella se iba, se acercaba a consolarme.

—¿Y qué te decía?

—«Ya sabés cómo es tu madre». Y yo nunca supe si eso era una crítica o un halago. Parece mentira.

Lo miro.

—¿Qué parece mentira?

—Que una mujer como ella terminara como terminó.

Le doy unos segundos y hago la pregunta.

—¿Cómo terminó tu mamá?

Hace un breve silencio. Está recordando y, por su gesto, ese recuerdo le duele.

—Hecha mierda, dando lástima.

—Contame.

—Mi vieja nunca se había cuidado demasiado. Vino de Polonia siendo muy chica y empezó a trabajar desde entonces haciendo lo que podía. Fue de todo. Costurera, cocinera, limpió casas por hora. Lo que hubiera... Claro, mi papá era albañil y a veces no había trabajo. Entonces ella, desde siempre, fue la que paró la olla. Incluso tengo imágenes de chico acompañándola a alguna casa o a buscar los pantalones que cosía. Pero es todo muy borroso en mi memoria —pausa—. Hubo una época en la que ella comía y bebía demasiado, fumaba mucho, descansaba poco y siempre estaba nerviosa. Es decir, que siempre estaba al límite de su tolerancia psíquica.

—Y física.

Asiento.

—Un día —continúa— llegué a casa y encontré a mi papá llorando. Me dijo que mi vieja se había descompuesto y la habían internado. Nadie sabía muy bien qué le había pasado. Me estaba esperando para que me hiciera cargo. Claro, mi viejo era un inútil que no podía manejar la situación.

—¿Qué hiciste, entonces?

—Fui hasta el hospital. El médico me informó que había tenido un ataque de presión. No te voy a torturar con términos técnicos, pero la verdad es que era grave. No se sabía si iba a salir o no de ese trance.

Silencio.

—¿Salió?

Me mira.



—Ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Por qué?

Niega con la cabeza.

—Porque las secuelas fueron gravísimas.

—Contame.

—Ya no volvió a trabajar nunca más. Apenas si podía trasladarse y siempre con ayuda de alguno de nosotros. Se babeaba todo el tiempo y se le caía la comida de la boca, le costaba hacerse entender al hablar. Hasta se cagaba encima —su voz tiembla al decirlo—. Y lo peor era que se daba cuenta.

—¿Protestaba?

—No, jamás. Pero a veces me miraba mientras la limpiaba o le daba de comer y se le caían las lágrimas. Pobre vieja. Para una mujer como ella, con su energía, con su carácter, verse reducida a eso debe haber sido terrible.

—Supongo que para vos también.

—Sí. Me costaba reconocer a mi madre en ese ser indefenso que no podía hacer nada sola. Mi vieja —se conmueve al decirlo— había perdido la dignidad. —Esa palabra, dignidad, lo persigue. Está presente todo el tiempo en su discurso—. Y aunque suene cruel, debo decir que por suerte no duró mucho.

Mi corazón se acelera. Casi sin querer demoro la pregunta unos segundos. Pero no me queda otra que hacerla.

—¿Cuánto tiempo más vivió?

Me mira sin advertir la tensión que estoy sintiendo. Se toma unos segundos como si estirara el momento de intriga. Por fin responde.

—Casi dos años.

No digo nada, pero secretamente esperaba esa respuesta.

Esos años que había durado la agonía de su madre habían sido muy difíciles para Rodolfo. Ante la falta de carácter de su padre, rápidamente tomó el mando y pasó a ocupar el lugar del «hombre de la familia». Todas las decisiones le eran consultadas y nadie daba un paso sin tener su aprobación.

—¿Vos cómo te sentías con todo esto?

—Mal, pero no me quedaba otra que aceptar las cosas. Casi te diría que lo viví como algo injusto, pero natural.

—¿Por qué injusto?

—Porque nadie me consultó si yo quería ocupar ese lugar y cargarme la familia al hombro. Yo tenía otros planes para mí. Pero acepté sin protestar y, sin preguntarme demasiado, renuncié a mis anhelos personales para cumplir las expectativas de la familia.

—¿Qué anhelos?

—Pensaba hacer un máster luego de recibirme. Viajar, perfeccionarme y conocer el mundo. Cosas que nunca pude hacer.

Lo escucho en silencio. Un nuevo sueño incumplido. Tal vez esa haya sido una de las cosas que le atrajo de Julieta. Ella sí había podido hacer todo eso.

—Papá no podía hacerse cargo de la situación y mamá ya no podía trabajar. Había que cuidarla, pagar sus remedios y mantener la casa. Todo no íbamos a poder sostenerlo...

—¿Y renunciaste vos?

—Sí. Pero bueno, no fue tan terrible. Por suerte me recibí y me llevé el teléfono de algunas compañeras que más tarde utilicé —sonríe—. Me fui acomodando en el trabajo, fui progresando de a poco y desarrollé una profesión que me permitió vivir bien y ser un hombre exitoso.

No digo nada, pero si pudiera escucharse se daría cuenta de que su modo de decirlo no es el de un hombre que se siente exitoso. Pero no busco con preguntas. Sigo encontrando. Ya tengo un dato más, pero me falta al menos uno.

Estábamos trabajando sobre toda esta temática cuando algo desvió la atención de Rodolfo hacia un hecho del presente. Había aparecido en su vida una mujer: Analía. La había conocido en casa de Lorena, la mejor amiga de Valeria con la cual se visitaban cada tanto. Tenía veinticinco años y era la hermana menor de Lorena. Lo cierto es que Rodolfo se había sentido fuertemente atraído por ella.

—Yo te conozco —le había dicho Analía no bien lo vio.

—¿Ah, sí?

—Claro. Vos eras el esposo de la tía Valeria. Algunas veces estuviste en casa cuando yo era chica.

La tía Valeria. Esa frase lo impactó.

—¿Te das cuenta? —me dijo.

—¿De qué debería darme cuenta?

—De que yo conocí a esta criatura hace como quince años.

—De todas maneras ya no es ninguna criatura. El tiempo no solo pasa para vos, Rodolfo. Hablame de ella.

La describe como una «chica» muy agradable, educada, linda y de gran inteligencia, cosa que él valora mucho. En cuanto la conoció se sintió tan impactado que hasta casi sin darse cuenta dejó de salir con otras chicas. Incluso interrumpió aquellos encuentros fugaces con Julieta.

Después de algunas semanas de *mails* y mensajes de texto, se decidió a llamarla. No necesitaron demasiado tiempo para comprender que algo les estaba pasando, pero él no quería concretar la relación y mantenían sus encuentros en secreto.

—No es fácil cojer con una mujer que en realidad es casi una chica.

Él se sentía muy culpable. Por un lado por la diferencia de edad y por otro, porque era «la sobrina» de Valeria y, a pesar de todo lo bueno que contaba de Analía, no dejaba de agredirla.

—En el fondo no es más que una pendeja.

—¿Por qué decís eso?

—Porque sí. Porque es una nena de mamá. Los viejos le pagan los estudios porque ni siquiera trabaja. Te juro que a veces me dan ganas de mandarla al carajo.

—Supongo que por algo no lo harás.

—Seguro, pero no me preguntes por qué, porque no lo sé. A veces pienso si no me quedaré con ella de masoquista que soy.

Yo no lo creía.

Pero lo cierto es que Analía empezó a ser la destinataria de todas las broncas de Rodolfo. La comparaba con sus relaciones anteriores y siempre salía perdiendo.

—Fijate que hasta Julieta, que tuvo la vida en bandeja y se podría haber

tirado sobre la cama a contar plata, se encargó de viajar y crecer como persona. En cambio Analía...

—¿En cambio Analía qué? —Lo interrumpo. Me mira—. A ver si entendí bien. Hasta donde yo sé es una mujer hermosa y dedicada. Como vos, no nació en cuna de oro y, también como vos, está a punto de recibirse con excelentes notas. ¿Verdad?

—Sí.

—Entonces no entiendo por qué te enojás tanto con ella.

—Porque es una boluda —responde, y continúa criticándola sin darle importancia a mi comentario anterior.

Pero hay algo más que me llamaba la atención: su carga de agresión era desmedida. No reconocía sus logros y se ponía muy agresivo con ella y yo creía ver allí una identificación con ese rasgo que tanto odiaba de su madre.

—Pero no entiendo —dije—. Si realmente pensás todo eso de Analía, ¿por qué no terminás tu relación con ella?

Suspira.

—Porque estoy enamorado.

Sonrío.

—Me parece bien. Pero con el amor no basta.

Me mira.

—¿Qué querés decir?

—Que el amor tiene demasiada buena prensa ¿no te parece? —me escucha atentamente y me interroga con la mirada—. Quiero decir que el amor, como diría un matemático, es condición necesaria pero no suficiente para que una pareja funcione; si no hay amor difícilmente pueda sostenerse una pareja sana, pero que el amor esté presente no garantiza que se pueda llevar adelante una relación placentera y feliz.

—¿Hacen falta otras cosas?

—Por supuesto.

—¿Cuáles?

—El respeto, la lealtad y el buen trato, por ejemplo. Pero sobre todo, la posibilidad de convivir en un clima que resulte placentero, que dé ganas de vivirlo. Te digo que muchas más veces he visto salir adelante a parejas que, amándose un poco menos, convivían en armonía que a las que amándose

locamente no podían llevarse bien por cuestiones de carácter.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que por mucho que la ames, si no lográs construir una relación que pueda ser vivida sin angustia, el pronóstico de esta pareja es muy oscuro.

—Ella también dice que me ama y que no podría vivir sin mí.

—¡Qué romántico! ¡Me vas a hacer llorar!

Se ríe.

—¿Me estás cargando?

—Sí, Rodolfo, porque estar con alguien no implica no poder vivir sin él. Hace un tiempo hablamos de la diferencia entre el deseo y la necesidad. ¿Te acordás?

—Sí.

—Bueno, aquello que trabajamos referido al sexo, también se aplica al amor. El amor sano no implica que alguien no «pueda» vivir sin el otro, porque eso sería patológico. Implica que no «quiere» vivir sin el otro aunque pueda, que «desea» estar a su lado porque con esa persona su vida es más plena que sin ella. De modo que es muy lindo que se amen tanto, pero si vos seguís tan enojado y te cuesta tanto aceptarla, con ese amor no hacemos nada.

Me mira y se queda en silencio. No sé si está de acuerdo o no con lo que le he dicho. No deja traslucir ninguna emoción. Simplemente se queda pensando.

La relación de Rodolfo y Analía avanzaba rápidamente. El nivel de compromiso afectivo crecía día a día y era evidente el amor que había entre ambos. Sin embargo él seguía muy enojado con ella. ¿Por qué? Era la pregunta. Yo no encontraba la respuesta.

Unas semanas después trae un sueño a sesión.

—Yo vengo caminando por una calle oscura. Percibo ruidos, gritos y movimientos extraños. Me acerco y veo dos policías discutiendo con un hombre. A uno de los policías no le veo el rostro. El hombre llora y les pide por favor que le devuelvan una mascota que el agente sin rostro tiene en sus brazos. El policía le dice que no porque él no está en condiciones de hacerse cargo de ella. El hombre llora y le pide otra oportunidad, pero el policía le

responde que ya es tarde. En eso el policía me ve y me dice: «Usted, venga. Necesito que sea testigo de esto». Yo no quiero, pero él me dice que debo hacerlo porque nadie puede negarse a hacer lo que la ley obliga. Me angustio mucho.

Pausa.

—No recuerdo más.

Silencio.

—Rodolfo, vos ya sabés cómo es esto de analizar los sueños. Así que empecemos.

Piensa un instante.

—Bueno, la calle no puedo ubicarla bien, pero tengo la sensación de que la vi en alguna película o documental.

—¿Recordás cuál?

—No. Pero creo que era una película italiana. Tal vez transcurría en Venecia, porque recuerdo el rumor del agua.

—Bien. ¿Qué más?

—Esos gritos, esos movimientos me remiten a una discusión. Muy acalorada.

—¿Por qué están discutiendo?

—Por la mascota.

—¿Qué clase de mascota es?

—No sé, pero...

—¿Sí?

—Me parece que un gato. Sí, es un gato.

—Decime algo de ese gato.

Piensa.

—Es un gato cualquiera, no es de raza. Es chiquito y en realidad no es un gato sino una gata.

Noto en su voz que algún pensamiento lo ha impactado. Se interrumpe la asociación y queda mudo. Conozco la sensación. Algo lo angustió, algún recuerdo que intenta reprimir está forcejeando por hacerse consciente. Percibo cómo la resistencia se alza con toda su fuerza. Eso indica claramente una cosa: del otro lado hay algo importante. Debo ayudarlo a franquear esa muralla.

—Decime qué te sugiere esa gata.

—No lo sé. Yo nunca tuve una gata.

Escucho. «Yo nunca tuve una gata». Reflexiono un segundo y le pregunto.

—Me decís que vos nunca tuviste una gata. ¿Y quién sí tuvo una?

Piensa. Resiste. Intenta. Se hace un silencio prolongado, después del cual me mira.

—No lo puedo creer.

—¿Qué?

—Lucía tenía una gata.

No apuro mi pregunta.

—¿Quién es Lucía?

—Lucía es —se interrumpe y corrige—. Lucía fue mi primera novia.

—Hablame de ella.

Suspira. Seguramente ha pasado mucho tiempo. Necesita unos minutos para conectarse con esa parte de su historia.

—Vivíamos en el mismo barrio. Incluso nuestras familias eran amigas. Empezamos a salir cuando yo estaba en cuarto año. Así que yo tendría dieciséis y ella un año menos. ¡Era tan hermosa!

El sueño trajo a Lucía al presente. Veamos qué más tiene para decirnos.

—Rodolfo, decime: una calle oscura, rumores de voz, movimientos extraños, el rumor del agua y Lucía. Todos estos detalles, ¿te sugieren algo?

Se hace un silencio pesado, enorme. Cinco, seis minutos. No hace un solo movimiento. Ni siquiera me mira. Noto, eso sí, que su respiración se hace más agitada. Por fin levanta la vista y me mira. Está desencajado.

—Gabriel, yo nunca hablé de esto con nadie.

No es la primera vez que usa esa frase en sesión. Pero esta vez está impactado por lo que va a contarme.

—Te escucho.

Se toma su tiempo.

—Yo amaba mucho a Lucía. Claro, con la inocencia de un chico, pero nunca más volví a sentir por nadie lo que sentí por ella. Era tan hermosa que la miraba y no podía creer que estuviera a mi lado. Nos veíamos todos los días. Solíamos caminar por las tardes, después del colegio. Lo pasábamos tan

bien, nos reíamos tanto... soñábamos un futuro juntos. La vida era un lugar tan hermoso en aquellos días.

—¿Qué pasó?

Se toma un respiro.

—Nosotros acostumbrábamos a ir por un camino que llevaba a la ribera. *(Yo vengo caminando por una calle oscura. Recuerdo el rumor del agua)*. Cuando llegábamos a la orilla nos quedábamos sentados, conversando y, con el tiempo, ese fue también el lugar al que íbamos por las tardes a estar un rato a solas. Te imaginarás ¿no? Era el sitio donde nos besábamos y nos quedábamos abrazados. Pero jamás hicimos el amor. En esa época no era fácil acostarse con una chica (lo mismo había dicho con referencia a Analía). Había que tener paciencia. Y yo la tenía. Hacía casi dos años que estábamos de novios cuando sucedió aquello.

Reparo en el tiempo que duró la relación, pero no hago ningún gesto.

—¿Qué sucedió?

—Era un día de primavera. Se había hecho de noche y casi no se veía nada. Estábamos besándonos, tocándonos y entonces le dije... —se detiene un instante— que quería verla desnuda. Que no iba a hacerle nada, pero que necesitaba que nos abrazáramos desnudos.

Se pone tenso. Se lo nota contrariado, aprieta los puños y una gota de sudor se desliza por su sien. Aclara la voz y sigue.

—Ella era una nena, y me amaba tanto.

Está tratando de justificarla, como si hubiera hecho algo malo.

—¿Qué pasó entonces?

—Después de un rato logré convencerla. Le saqué la blusa y me quedé mirando su corpiño blanco. Yo estaba en una nube, te lo juro. Torpemente se lo desabroché y se lo quité. Ella bajó la mirada y yo me quedé mirando sus pechos tan pequeños, tan hermosos. La abracé fuerte. «Tengo miedo», me dijo (lo mismo le diría Valeria muchos años después, la noche de su muerte). Le pedí que se relajara y le desabroché el pantalón. Me costó bajárselo al principio, pero una vez que llegué a las rodillas, se deslizó suavemente hasta el piso. Recuerdo que metí mi mano por debajo de su bombacha y la acaricié. Ella se sobresaltó.

Pequeña pausa.



—Gabriel, fue el momento más feliz de mi vida.

Ahora la pausa es mayor.

—Y como todos mis momentos felices, me duró tan poco.

Respiro profundamente al escuchar esa frase final que ha marcado su vida. Pero no puedo detenerme ahora.

—¿Qué pasó, Rodolfo?

—Estábamos tan excitados, tan unidos, cuando de repente se escucharon unas voces y unos pasos que se acercaban. (*Percibo ruidos, gritos y movimientos extraños*). Nos quedamos congelados, no sabíamos qué hacer. De repente la luz de una linterna nos iluminó. Eran dos personas. Una, mi madre, pero la luz no me permitía ver a la otra persona, la que llevaba la linterna. Después supe que era el padre de Lucía. (*Me acerco y veo dos policías discutiendo con un hombre. A uno de los policías no le veo el rostro*).

Silencio.

—Yo no sabía qué hacer. Me quería morir. La abracé para cubrir su desnudez, pero ya todo se había ido de nuestras manos. Ella empezó a temblar. «Vestite», le dijo su padre. Ella obedeció. Yo me quise interponer, pero mi vieja me ordenó que no me metiera.

Hace una pausa. Está recordando y respeto sus tiempos.

—Pobrecita, estaba tan shockeada que no podía ni siquiera llorar. El padre la tomó del brazo sin decirle nada, sin violencia, parecía más avergonzado que enojado, y empezó a desandar el camino. Yo me acerqué y le juré que no había pasado nada, que la amaba y estaba dispuesto a casarme con ella si hiciera falta, pero que por favor no nos separaran. (*El hombre llora y le pide por favor que le devuelvan una mascota que el agente sin rostro tiene en sus brazos*). Pero su padre me miró y me dijo que no quería que volviera a verla. Ni siquiera me lo dijo con enojo, sino con una profunda tristeza. Yo quise responderle pero me interrumpió la voz de mi madre diciéndole que se quedara tranquilo, que así sería. Le rogué a mi mamá que me ayudara, pero ella...

—¿Qué?

—Me dijo que era muy mocoso para opinar en una situación tan delicada y me hizo callar de un cachetazo. (*El policía le dice que no porque él no está*

*en condiciones de hacerse cargo de ella. El hombre llora y le pide otra oportunidad, pero el policía le responde que ya es tarde).*

Rodolfo hace un silencio interminable. Su rostro está empapado por el llanto. Un llanto lleno de bronca, con sabor a injusticia.

—¿Qué pasó cuando te quedaste solo con tu madre?

—No me habló en todo el camino. Pero al llegar a casa se encerró en el cuarto conmigo y me dijo que de lo ocurrido no íbamos a hablar con nadie, ni siquiera con mi papá. Que esto iba a quedar entre nosotros, que iba a ser nuestro secreto y que de ahora en más tenía prohibido acercarme a Lucía. Le dije que no podía obligarme a hacer eso, y me dijo que yo iba *a hacer* —escucho «*A ser*»— lo que ella me ordenara porque para eso era mi madre. Y que no se me ocurriera desobedecerla porque las consecuencias iban a ser muy graves. *(Yo no quiero, pero él me dice que debo hacerlo porque nadie puede negarse a hacer lo que la ley obliga)*. Yo me puse como loco. Imaginaba lo mal que debía estar pasándola Lucía y tenía necesidad de estar a su lado. Se lo dije a mi mamá.

—¿Y ella qué te dijo?

Me responde en medio de un llanto acongojado.

—Que la dejara en paz, que ya le había hecho mucho daño y que le había arruinado la vida. Que de ahí en más, ante los ojos de su propia familia, Lucía iba a ser siempre una puta, y que eso era culpa mía. «Vos vas a arruinar siempre todo lo que toques porque no tenés *dignidad*», dijo y me dejó solo.

Silencio prolongado.

—¿Qué pasó con Lucía?

—Nos juntamos a hablar una semana después en casa de una amiga de ella. Nos abrazamos y lloramos desesperadamente. Yo le pedí que nos escapáramos —sonríe—. Ya sé que suena novelesco, pero pensá que teníamos diecisiete y dieciocho años.

—¿Y ella qué te respondió? —le pregunto, sin dar por válido su comentario.

—Que no. Que no se animaba y que no estaba dispuesta a exponerse todavía más. «Este fue un golpe muy duro para mí. Mi papá no me dijo nada. Ni una palabra. Pobrecito, estaba tan abatido, tan decepcionado. Yo no puedo hacerle más daño». Me miró a los ojos y me dijo: «Yo nunca voy a amar a

nadie como te amo a vos. Y te juro que no te voy a olvidar jamás. Pero quiero que no nos veamos más». Yo estaba desbordado de angustia, pero en algún punto sentí que ella tenía razón. La abracé con todas mis fuerzas y le dije que ella iba a ser siempre mi mujer y que no iba a haber otra en mi vida... Qué estupidez, ¿no?

Lo miro seriamente. Esa promesa no es ninguna estupidez. Por el contrario, Rodolfo no ha hecho otra cosa que cumplirla a lo largo de todos estos años.

Muchas veces ocurre que después de sesiones tan complejas, tan reveladoras, los pacientes necesitan un respiro, dejar reposar todo lo que ha salido a la luz antes de ponerse a reconstruir el espejo con los pedacitos de vidrios sueltos que hemos logrado juntar. Con Rodolfo no nos dimos ese tiempo. En la siguiente sesión nos abocamos a trabajar de lleno todo lo que habíamos visto.

—Supongo que todo esto que hemos estado trabajando tiene que ver con mi presente. Ayúdame a ver de qué manera esto es así.

Es muy difícil transmitir a un paciente su propia historia de manera abstracta, analítica y fría. Pero hay algo de la lógica de su funcionamiento que tiene el derecho a entender. Esto no se da siempre, pero Rodolfo tiene esta posibilidad y no se la voy a negar.

—Empecemos de la siguiente manera, a ver qué te parece. Podríamos dividir tu vida desde el comienzo de tu relación con Lucía hasta ahora en períodos de nueve años, subdivididos en una etapa de dos y una de siete.

Me mira atentamente. Sé que estoy apelando a toda su concentración e intento ser lo más claro que puedo.

—Es decir que el primer período sería desde los dieciséis hasta los veinticinco. ¿Qué ocurrió en él?

—Conocí a Lucía.

—Correcto. Y fuiste su novio durante dos años. Hasta que ocurrió un hecho traumático.

—El día que nos descubrieron y nos obligaron a separarnos.

—Sí y no.

Me mira.

—Explicate.

—Es cierto que los descubrieron y que quisieron obligarlos a separarse. Pero no lo lograron, porque vos fuiste a verla, le hablaste y le propusiste que se fugaran o que siguieran juntos aunque fuera a escondidas. Entonces, no fueron sus padres los que los separaron, sino Lucía la que no quiso seguir adelante.

Piensa.

—Nunca lo había visto así.

Breve silencio.

—Hace mucho tiempo, al hablar de Valeria, dijiste una frase que me quedó resonando.

—¿Cuál?

—Dijiste: «Esa sí era una persona luchadora». Y yo pensé: «¿Cuál no?». Pensé que podía ser Julieta, o Sergio, pero me parece que no.

—Era Lucía.

Asiento.

—Pero sigamos. ¿Qué ocurre luego de tu ruptura con ella? —Me mira sin saber qué responderme—. Vienen siete años en los que casi no te relacionaste con ninguna mujer, sino que te dedicaste de lleno a estudiar. Es tu etapa de Facultad y toda tu energía estuvo puesta en eso. ¿Sabés cómo llamamos los psicólogos a ese mecanismo?

—No.

—Sublimación. Consiste en derivar la energía sexual a otra cosa, a algo constructivo y relacionado con la cultura. En tu caso, tu carrera. ¿Me seguís?

—Perfectamente.

—Así llegamos a los 25 años. ¿Qué pasa allí?

Me mira.

—Se enfermó mi mamá.

—Correcto. Tu madre tuvo un pico de presión que la dejó prácticamente incapaz de hacerse cargo de sí misma. Y esa figura fuerte, altiva, esa ley que te había prohibido amar allá en tus dieciocho años, desaparece. Queda un ser débil, impotente y dependiente de vos. Y además tu padre, asustado, te nombra heredero real y te da la corona de hombre de la casa. ¿Y vos qué

hacés?

—La acepto.

—Sí, y volvés a renunciar a un sueño, como antes lo habías hecho con Lucía. Esta vez tuviste que renunciar a viajar, hacer un máster y conocer el mundo. Hasta que tu mamá murió dos años después.

—En realidad no fueron dos años exactos.

Me sonrío.

—Es el problema que tiene la psicología. No es una ciencia exacta y a veces se permite alguna diferencia entre el tiempo psíquico y el tiempo real. Pero concedeme que los períodos encajan casi con precisión milimétrica.

También sonrío.

—Lo sé. Estaba bromeando para distenderme un poco.

—Te comprendo. —Lo miro. Está expectante. Quiere seguir—. ¿Después de la muerte de tu mamá qué vino?

—Mi período de reviente. Esa etapa en la que salí con todas las mujeres que pude.

—Y vos sabés que salir con todas es no salir con ninguna. Es decir que siempre has tratado de estar solo. De cumplir aquella promesa que le hiciste a Lucía: no tener jamás otra mujer.

—Pero justamente esta etapa termina cuando llega Valeria.

—Así es.

—¿Entonces? ¿Por qué con ella sí pude tener una historia de amor?

Lo miro.

—Rodolfo, ¿te acordás que hace tiempo manejamos la idea de que entre esas mujeres con las que salías, que parecían todas diferentes, era probable que hubiera algún rasgo en común?

—Claro que lo recuerdo. Estuve meses pensando en eso.

—Bueno, creo que lo hemos descubierto —me mira asombrado—. El rasgo en común es que con ninguna de esas mujeres vos hubieras podido proyectar un futuro en común. Porque no te gustaban lo suficiente, o tenían una familia hueca y altiva, o no las respetabas intelectualmente. Por el motivo que fuera, pero ninguna tenía la posibilidad de convertirse en tu mujer.

—Pero Valeria sí —parece defenderla.

—Rodolfo, Valeria era la menos posible de todas las mujeres, la que

mejor encajaba en tu plan de no tener jamás una familia. Por eso te relajaste y te permitiste sentir y amarla como a ninguna otra. No corrías el riesgo de romper con ella ninguna promesa, porque Valeria se estaba muriendo.

Lo conmueve lo que le digo. Parece incluso enojado.

—¿Vos querés decir que yo me enamoré de ella precisamente porque se estaba muriendo?

La pregunta es difícil porque me está cuestionando acerca de la veracidad o no de su amor, y yo no soy quién para responder eso.

—No. Lo que quiero decir es que te permitiste enamorarte porque la relación no tenía futuro. Si de verdad la amaste o no, es algo que solo vos podés responder. Pero hay algo que es cierto. Valeria te permitió estar a su lado, cuidarla, ser su hombre y que la protegieras, cosa que Lucía no se animó a hacer. Y creo que vos necesitabas poder cuidar, no solo a tu familia, sino a una mujer que no sea tu madre.

Se queda pensando.

—Gabriel, realmente creo que la amé.

Lo miro.

—Yo también lo creo —respondo sinceramente—. Es más, ese amor te devolvió algo que tu mamá te había quitado en aquella charla de tu adolescencia.

Me mira asombrado.

—¿Qué?

—La dignidad.

Se conmueve. Le doy tiempo para que asimile lo que acabo de decirle.

—Es cierto —me dice llorando—, porque yo con ella me convertí en un hombre digno. Y a lo mejor por eso, a pesar del final que tuvo la historia, me sentí feliz.

Ratifico sus palabras con un gesto.

—Pero casi a los dos años se repite un nuevo hecho traumático. La muerte de Valeria.

—Sí. Y nuevamente me aislé de las mujeres. ¿Otra vez sublimé?

—Creo que sí. Te dedicaste a dos cosas, una afectiva y otra material. La amistad con aquellos amigos que Valeria te dejó, esos que son «las personas más importantes de tu vida», según tus propias palabras, y el trabajo. Porque

en ese lapso vos te volviste un ingeniero exitoso. Pusiste todas tus energías en eso, y lo lograste.

—Hasta que a los siete años aparece Julieta con la cual estoy dos años y me peleo. Es tan obsesivo, tan mecánico, que me siento un pelotudo.

Sonrío.

—Muchas personas tienen sus tiempos psíquicos que de alguna manera los condicionan. Solo que no todos se dan, como vos, el lugar para conocerlos y a partir de eso modificarlos.

Piensa unos segundos.

—Y con Julieta «logré» que me abandonara para seguir cumpliendo mi mandato.

—Eso creo, pero no sin antes enojarte con ella.

—Es cierto, aunque aún no sé por qué.

—Me parece que por dos cosas.

Me mira.

—La primera, porque era una insensible que vivía encandilada con valores superfluos.

—Eso es cierto.

—Sí, pero ¿no te parece que lo que realmente te enojó es que Julieta fue el espejo de tu deseo incumplido?

—¿Qué querés decir?

—¿Te acordás que, al empezar el tratamiento, te dije que cuando alguien se enoja tanto con algo es porque en algún punto esto lo implica?

—Sí.

—Bueno, creo que lo que Julieta logró, a pesar de su supuesta superficialidad, probablemente te remita a lo que vos no pudiste lograr a pesar de tu capacidad e inteligencia. ¿No te parece? Vos tenías todo para hacerlo y no lo hiciste. Como Sergio. En cambio ella sí lo hizo.

No dice nada. Me mira. Está procesando lo que dije. Seguramente ahora todo le parece tan obvio, tan fácil. Pero suele ocurrir de esta manera. Cuando uno comienza a acomodar las piezas del rompecabezas hay un momento en que parece sencillo. Pero no lo es. Por el contrario, es el fruto de un enorme esfuerzo.

—Y la segunda cosa por la que creo que te enojaste tanto con ella es

porque sentiste que esta historia te volvió a quitar la dignidad.

Nuevamente hace silencio. Sus ojos se enrojecen de rabia y tristeza.

—Es cierto. Yo me había degradado al querer disfrazarme de lo que no era.

Recuerdo que cuando lo vi entrar en el consultorio por primera vez me llamó la atención su desprolijidad. Ese intento de diferenciarse de la familia acomodada de Julieta que, en realidad lo alejó de quien él era en verdad. Recién ahora percibo que esto ha cambiado hace ya un tiempo. A veces los analistas también tardamos en darnos cuenta de lo obvio.

Me mira con una mezcla de emociones.

—Me siento raro —dice después de unos segundos de silencio.

—Contame.

—Sí, porque al mismo tiempo estoy contento, enojado, angustiado, ansioso e ilusionado —bromea—. ¿Se habrá desencadenado mi psicosis?

—No —me río—. Loco no se vuelve el que quiere sino el que puede. Y vos, por estructura, no podés.

—¿Entonces?

—Entonces tenés que pensar en todo esto y saber que cada una de esas emociones tiene su sentido y su justificación. Tenés por qué estar triste y por qué estar alegre. Tenés motivos para la angustia y también para la ilusión. Esto es todo un avance.

—La verdad que sí.

Hace un silencio prolongado. Estoy por dar por terminada la sesión cuando me detiene.

—Solo una pregunta más.

—Te escucho.

—Esa serie parece haberse interrumpido ahora. Ya que ni me volqué a la abstinencia, ni al reviente, ni esperé siete años para salir con otra mujer.

—Así es.

—¿Qué hice de diferente?

—Pediste ayuda.

Piensa.

—Es cierto. Porque yo hice unos cuantos análisis antes de este, lo sabés. Pero ahora que lo pienso siempre los empezaba y los terminaba en medio de



esos períodos, nunca en alguno de sus puntos de quiebre. A lo mejor eso tuvo que ver.

—Puede ser.

—¿Y Analía?

—¿Qué pasa con ella?

—Quiero saber cómo encaja en esta historia.

Pienso un segundo. No sé si hablar o no. Al fin me decido.

—Creo que es probable que remita a los dos amores importantes de tu vida. Porque por un lado es una chica hermosa y pequeña a la que conociste siendo una niña como a Lucía, y por otro, la cercanía con «la tía Valeria» es más que obvia. ¿No te parece?

Breve silencio.

—¿Eso quiere decir que es una elección enferma? ¿Que no puedo amarla de verdad?

—No. Eso quiere decir que tenés la opción de no repetir con ella o sin ella la historia de siempre. Rodolfo, lo que hagas de aquí en más está en tus manos. Vos elegís.

Ha pasado un año desde aquella sesión. Rodolfo estuvo trabajando sobre todas sus pérdidas: la inocencia, la libertad para amar, Valeria, la dignidad, el máster, entre otras. También nos dedicamos a elaborar su ambivalencia de amor y odio con respecto a su madre. Necesitaba reconciliarse con ella y lo ha logrado.

Esto reinstaló el tema de sus viajes de estudio, ya que llegó a la conclusión de que para él, hacer un doctorado era lograr un nombre propio, y eso era equivalente a dejar de ser hijo para abrir la posibilidad de ser padre.

Terminó su relación con Analía sin que jamás hubieran tenido relaciones. Trabajó duro para ver qué era lo que tanto lo enojaba de ella, y pudo descubrirlo: Analía representaba para él una mujer posible. La única que no podía prohibirle su madre, que no estaba a punto de morir y que le permitía estar en pareja sin perder la dignidad. La única relación con un futuro probable, no condenada de antemano al tiempo o al fracaso. La que le permitía desafiar la promesa hecha a Lucía hacía tantos años. Pero estaba

demasiado unida al recuerdo de Valeria. Por eso prefirió no avanzar en la relación.

Está solo y tranquilo, aunque sueña con la posibilidad de una familia.

Hace un mes me manifestó su deseo de interrumpir el análisis, y así lo hemos hecho. Él se sentía bien con su vida y consigo mismo, y no tenía el deseo de continuar.

A mí me quedaron algunas preguntas sin responder. Datos que fueron encajando en mi cabeza y que no llegamos a trabajar. Porque, de esto estoy convencido, el ciclo había empezado antes. Porque siete años estudió de la mano de Amelia y dos años cursó el conservatorio. Dos años pasaron también entre la pelea de su madre con su profesora y el comienzo de su noviazgo con Lucía. Y me pregunto: ¿No habría ocurrido algo importante allá en su infancia, a los dos años, o tal vez a los siete, que hubiera dado origen a esa cadena temporal de dolorosas repeticiones? ¿Tendría que ver con su padre, al cual se encargó de mantener lejos de su discurso durante casi todo el análisis?

Me hubiera gustado, además, que Rodolfo se permitiera de alguna manera recuperar al músico que vive en él. Que hubiera podido desarrollar ese deseo, tal vez el más grande de su vida, aun con las limitaciones que la realidad impone. Pero no fue así. Su piano sigue silencioso y arrumbado en un rincón del comedor. Tal vez esperando. Como su sueño de familia y su paternidad. Pero bueno, tal vez esas eran mis expectativas. Y Rodolfo tenía derecho a elegir su propia vida.

# **CASO 4**

Rocío

**SEXUALIDAD • ADOLESCENCIA • DUELO**

A pesar de que su horario de clases había terminado al mediodía, Rocío llegó a las siete de la tarde con el uniforme escolar puesto. Después me acostumbraría a verla así vestida porque lo llevaba casi todo el tiempo. Pero debo reconocer que, de entrada, ese «atuendo» no dejaba de resultarme un elemento bastante raro —por lo poco frecuente—, en mi consultorio.

—Te escuché varias veces en la radio —me dijo—. Me parecías un tipo recopado, pero supongo que si mi vieja te eligió, algo malo debés tener.

Esa fue la primera frase que Rocío dijo en mi consultorio. Dura, cortante, agresiva.

De estatura mediana, muy bonita, morocha y de mirada profunda, esa adolescente de dieciséis años me arrojó en la cara su descontento por tener que venir a verme.

—¿Te molesta estar acá?

—Más o menos.

—¿Me querés contar?

—No.

Nuestra relación no parecía haber empezado de la mejor manera.

—¿Me parece a mí o vos estás muy enojada?

—No hace falta ser psicólogo para darse cuenta de eso.

De este modo nos va a ser difícil avanzar. Se hace necesaria una intervención fuerte para revertir esta actitud negativa con la que ha llegado. Es arriesgado, sobre todo en un adolescente y en la primera entrevista, pero no tengo opción. O se queda o se va, pero así no. La miro y me pongo de pie.

—Bueno ¿sabés qué? Mejor dejamos acá.

Me mira sorprendida.

—¿Qué, ya se terminó?

—Sí, se terminó.

—No entiendo.

—No es tan difícil de entender. Por lo que veo vos no tenés ganas de hablar conmigo, y yo no tengo ningún deseo de perder mi tiempo y mucho menos obligarte a hacer algo que no te interesa. Por algún motivo, que yo desconozco, vos te sentís molesta con esta situación y reaccionás agrediéndome. Y eso no es productivo ni para vos ni para mí. Así que mejor nos ahorramos los dos este momento desagradable. ¿Te parece?

Duda.

—Pero mi mamá me dijo que tenía que venir —me dice en un tono casi infantil.

—Sí, pero yo jamás trabajo con un paciente que no tiene ganas de hacerlo. De modo que voy a llamar a tu mamá y le voy a decir que no cuente conmigo.

—Pero ella me dijo que ya se habían puesto de acuerdo.

—Es cierto, pero también necesitaba ponerme de acuerdo con vos que, en definitiva, ibas a ser mi paciente. Y por lo que veo eso no va a ser posible.

Se pone de pie un poco desconcertada. Después de todo, por muy madura que parezca, es una adolescente.

—¿Y qué le digo?

—¿A quién?

—A mi mamá.

Me encojo de hombros.

—Decile lo que quieras. Ya sos grande, ¿o no?

Silencio.

—¿Vos vas a hablar con ella?

—Por supuesto.

Me mira fijo.

—Me vas a mandar al frente —afirma angustiada.

También la miro seriamente.

—Jamás en la vida mandé al frente a un paciente. Si eso es lo que creías que yo iba a ser, un informante de tu vieja, te equivocaste. Trabajo de

analista, no de buchón —le digo en tono relajado pero firme.

Intenta sostenerme la mirada, pero baja la cabeza.

—Empecé como el orto, ¿no?

Su frescura me hace sonreír.

—Si querés, podemos empezar de nuevo.

Nos quedamos en silencio hasta que vuelve a sentarse. Tomo eso como un sí y vuelvo también a mi sillón.

—No te asustes —me dice con una sonrisa—. No siempre soy tan desagradable.

—Quedate tranquila. Yo tampoco.

Lorena, la mamá de Rocío, me había solicitado una entrevista para ver si podía hacerme cargo del tratamiento de su hija. Era una mujer de 38 años que trabajaba como ejecutiva en una empresa multinacional. Había enviudado hacía dos años. Su esposo Alejandro, a los cuarenta y cuatro años, sufrió un infarto mientras jugaba un partido de fútbol con amigos. Era dueño de una franquicia importante que ahora manejaba su hermano, y las había dejado en buena posición económica.

Según me dijo, estaba preocupada porque veía a su hija ausente, agresiva y distante. Y no solo con ella. También se había alejado de su grupo de amigas de toda la vida.

—Rocío va a ese colegio desde que tiene cuatro años. Con los chicos se conocen desde siempre. Prácticamente aprendieron a hablar juntos. Sin embargo, desde hace un tiempo no quiere salir con ellos, ni invitar a alguna amiga a dormir a casa. Nada. Lo único que le interesa es encontrarse con Rodrigo.

—¿Quién es Rodrigo?

—Un chico «un poco raro» con el que está saliendo.

Su hija —me cuenta— no tiene dificultades en el colegio. Alguna que otra llamada de atención motivada más por su falta de interés o por alguna contestación fuera de lugar que por cuestiones de rendimiento.

—Creo que no puede superar la muerte de su papá —me dice con cierta inquietud.

—Convengamos que no es un tema fácil de superar. Mucho menos a su edad.

—Lo imagino. Pero la verdad es que ella ya había empezado a comportarse de un modo extraño desde antes de que Alejandro muriera. Después, empeoró todo.

Lorena está realmente apesadumbrada y es comprensible que así sea. En general a los padres les cuesta mucho entender a sus hijos adolescentes. De repente el nene, que correteaba por la casa y los veía como dioses, comienza a contestar mal, a desobedecer de un modo desafiante y a tener conductas hasta ese momento desconocidas. Como si tuvieran que vivir con un extraño. En parte es así. Pero esto no solo afecta a los padres. Muy por el contrario, el adolescente atraviesa este período con un alto costo de angustia. Y no es para menos.

Imaginemos por un instante que un día, como si se tratara de una película de terror, nos despertamos y el mundo ha cambiado. Nuestro cuerpo es diferente, nuestra voz ya no es la misma y nuestras necesidades y deseos también son otros. Incluso nuestra familia, ese ámbito hasta ahora seguro y protector, se ha llenado de personas que nos miran de un modo extraño y amenazante.

Nadie tan claramente como el adolescente encarna las palabras de Jorge Luis Borges: «¿Quién soy? Estoy tratando de descubrirlo».

Este proceso de descubrimiento suele ser difícil y moviliza sensaciones y sentimientos que no todos pueden sobrellevar sin ayuda. Más aún alguien que, como Rocío, acababa de tener una pérdida tan grande como la que implica la muerte de un padre.

La cuestión de lo que yo pudiera contarle o no a su mamá era un motivo de preocupación para ella y fue acerca de lo que conversamos antes de dar comienzo al análisis.

—Rocío, vos sos menor de edad y, te guste o no, estás a cargo de tu mamá. Eso te otorga ciertos derechos, como que te dé un lugar para vivir, que

se encargue de tus estudios, tu ropa, tu comida y tu cuidado. Pero también le da derechos a ella. Y uno de esos derechos es saber adónde vas, a qué hora volvés o, como en este caso, cómo está tu salud psíquica.

—Qué feo sonó eso de salud psíquica.

—Es un término profesional. No te asustes.

—No, no me asusto. ¿Pero lo que me estás diciendo es que estás obligado a contarle a mi mamá todo lo que yo te diga?

—No. Te estoy diciendo que es muy probable que me reúna a hablar con ella para decirle cómo estás, que deba avisarle en caso de que me parezca que corrés algún tipo de riesgo y que acepte verla cuando me pida una entrevista para hablar de vos. También tengo la libertad de llamarla en caso de considerarlo necesario para tu análisis. Por supuesto que ninguna de estas cosas las voy a hacer sin antes avisarte.

—¿Me vas a pedir permiso?

—No. Pero te voy a avisar.

—¿Y si yo no quiero?

—Lo conversaremos hasta llegar a un acuerdo. Pero si no lo conseguimos voy a evaluar en cada caso lo que considere mejor para vos.

—Eso quiere decir que es probable que vos veas a mi mamá aunque yo no quiera.

—Así es.

Silencio.

—¿Estás de acuerdo?

—¿Puedo pensarlo un poco?

—Por supuesto.

Rocío se fue de mi consultorio con la consigna de llamarme no bien tomara una decisión acerca de si estaba dispuesta a iniciar o no un análisis conmigo. Esa misma noche me llamó.

—Gabriel, ¿te puedo hacer una última pregunta antes de decidirme?

—La que quieras.

Breve silencio.

—¿No me vas a traicionar, no?

Algo en el tono de su voz me impactó. E inmediatamente lo asocié con el temor a ser delatada por mí ante su madre: «*Me vas a mandar al frente*», me



había dicho en nuestro primer encuentro. ¿Qué le pasaba con el tema de la traición? ¿Quién la había traicionado y cuál era el secreto que temía revelar? No tenía respuestas para estos interrogantes, pero sí para la pregunta que me había hecho.

—No, Rocío. No te voy a traicionar.

Escucho un suspiro de alivio.

—Entonces acepto.

—Muy bien. Te espero la semana que viene. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Bueno, un beso.

—Gracias. Otro.

Corté y me quedé pensando.

Es poco frecuente que trabaje con pacientes tan chicos. Tal vez me sienta más a gusto, o más seguro, en el análisis con adultos. El adolescente es un sujeto de características particulares. Sus mecanismos de defensa están cambiando. Ya no sirven los de la niñez y aún no se han afirmado los de la adultez. Suele haber en él lo que llamamos «pasaje al acto», una imposibilidad de hablar y simbolizar lo que le pasa que suele llevarlo a actitudes de diversa gravedad. Desde ausentarse una noche de su casa hasta iniciarse en el consumo de drogas. Hay que vérselas, además, con los padres, tarea no siempre fácil.

No son pocas las veces que el hijo es colocado en el lugar del síntoma, del chivo expiatorio sobre el cual cae toda la responsabilidad del sufrimiento familiar. Él es el problema y, ubicado en ese lugar, resulta funcional a todos y paga con su sufrimiento el costo de la patología del hogar. En tales casos, cuando el análisis logra que vaya corriéndose de ese sitio, es común que los padres se enojen con nosotros, desvaloricen nuestro trabajo con el argumento de que «ahora está peor que antes» o que, sencillamente, lo saquen del tratamiento. Estas características hacen complejo el trabajo con pacientes no adultos y reconozco que, por lo general, no me gusta trabajar en esas condiciones.

Otra característica del trabajo con niños o adolescentes es que el motivo

de consulta se bifurca porque hay dos intereses en juego. Por un lado está el que traen los padres. En el caso de Rocío, su mamá estaba preocupada por cómo estaba sobrellevando el duelo por la muerte de su papá y por el aislamiento en que la veía. Por otro lado está la demanda del paciente, el que viene al consultorio cada semana y trabaja con nosotros. Muchas veces, para que pueda desplegarse esta demanda, hay que trabajar un tiempo más o menos prolongado. Ayudarlo a construirse como paciente comprometido con su trabajo analítico. Derrumbar la sensación de que vienen «porque los manda la mamá» y así poder armar algo del orden de su deseo como analizante. Con Rocío este trabajo comenzó casi de inmediato.

Algo me había hecho aceptar este caso. Rocío había decidido confiar en mí y yo, se lo había prometido, no iba a traicionarla.

—Mi mamá me dice que tengo que venir y hablar de mi papá.

—¿Y vos qué pensás de eso?

—No sé. A mí me duele la muerte de mi viejo, obvio. ¿A quién le puede gustar tener a su papá muerto?

Su relato es pausado. Su voz se quiebra apenas.

—Hay veces en las que aprieto la cara contra la almohada para que mi mamá no me escuche y lloro toda la noche.

La imagino sufriendo en soledad *para que la mamá no la escuche*. Tal vez no sea solo su deseo de vivir íntimamente su aflicción. Quizás, a su manera, está tratando de cuidar a su mamá y no quiere que ella sepa cuánto sufre para no causarle un dolor más. Pero ya hablaremos de su relación con Lorena. Hoy ha decidido hablar de su padre.

—¿Lo tenés muy presente?

Sonríe triste.

—Claro, mi viejo era lo más.

Busca en uno de sus bolsillos y extrae el celular. Me lo da para que vea una foto en que está abrazada a él, y que tiene como fondo de pantalla. La miro y se lo devuelvo.

—¿Se llevaban bien?

—Sí, a pesar de que no hablábamos mucho. Bah, no es fácil hablar

mucho conmigo porque soy muy callada. Pero me gustaba salir a caminar con él. Dábamos vueltas en silencio. Me abrazaba... Pobre, a veces no sabía qué preguntarme para generar un tema de conversación. Pero yo no necesitaba hablar. Me alcanzaba con que estuviéramos juntos. A lo mejor... —se interrumpe.

—¿Qué?

—Si yo hubiera hablado más habría podido hacerlo más feliz.

La frase no viene acompañada de una carga emocional culposa. Simplemente está reflexionando. De modo que no pregunto nada al respecto.

—¿Qué es lo que más extrañas de él?

Piensa.

—Por ahí te suena raro. Pero no sé si lo extraño... lo que me duele no es no verlo ahora sino saber que no voy a poder verlo nunca más. ¿Me entendés?

—Sí.

—¿Está mal?

—¿Por qué habría de estarlo? Cada sujeto transita sus ausencias como puede. —Sonríe—. ¿Qué pasa?

—¿Vos trabajás siempre con gente grande, no?

—Generalmente sí. ¿Por qué?

—Por cómo hablás. *Cada sujeto transita sus ausencias como puede.*

Me río.

—Tenés razón. Suena muy acartonado, ¿no?

—Todo bien. *Cada sujeto habla con sus pacientes como puede* —bromea tratando de imitar mi voz.

Vuelvo a reírme.

—Gabriel —me interroga gravemente—, ¿vos creés en Dios?

No me parece conveniente responder.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Digo, ¿vos creés que mi papá me mira desde algún lugar?

—¿Por qué? ¿Te preocupa que vea algo que estás haciendo?

Suspira.

—No. No hago tantas cosas malas como vos y mi mamá suponen.

—Te equivocás. No sé si tu mamá supone algo, pero yo no supongo nada.

Simplemente te pregunto. ¿Te inquieta el tema?

—No. Solo que a veces, desde que él no está, pienso si habrá algo después de la muerte.

—¿Y qué creés al respecto?

—Que no hay nada. Que mi viejo ya no está en ningún lado y que la vida es una cagada.

Adulto, decía Paul Ariés, es toda persona que, independientemente de su edad, haya perdido un ser querido. Y, en ese sentido, Rocío era adulta.

En esa sesión hablamos mucho de su papá. Lloró un poco. Estaba triste, pero no me dio la impresión de atravesar el duelo de un modo patológico. Le dolía la muerte de su padre, pero lo extraño hubiera sido que no le doliera. Estaba acongojada, pero también esto era esperable. Obviamente, yo iba a acompañar el proceso, aunque no me parecía que fuera ese el motivo de los síntomas de Rocío. ¿Cuál era, entonces? No lo sabía. Pero el vínculo entre nosotros se iba solidificando y ella iba confiando cada vez más en mí. Cuando estuviera lista para hablar iba a hacerlo. Necesitaba un poco más de tiempo, y yo estaba dispuesto a esperar todo lo que hiciera falta.

—Me llamó tu mamá —le comuniqué unas sesiones después.

Me mira.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué quería?

—Simplemente ponerse a mi disposición por si yo tenía ganas de que tuviéramos una entrevista.

—¿Y qué le dijiste?

—Que si ella quería venir no había ningún problema, pero que por mí no hacía falta.

Menea la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Es una forra —me dice.

—¿Por qué decís eso?

—Porque sí.

—Esa no es una razón.

Está sentada, con los pies apoyados sobre la silla y abrazando sus piernas. No me mira.

—Se mete en todo. No entiende que yo tengo mi vida y que puedo tomar mis propias decisiones. Como con mi cumpleaños de quince.

—¿Qué pasó con tu cumpleaños de quince?

—Nada, justamente. No pasó nada.

—No entiendo.

—No quise hacer fiesta.

—¿Por qué?

—Porque mi papá se había muerto hacía seis meses y yo no tenía nada que festejar. Era mi cumpleaños y tenía derecho a pasarlo como quería.

—¿Y cómo querías pasarlo?

—Sola. Sin ver a nadie. ¿Te imaginás? Mi viejo pudriéndose en el cajón y yo maquillándome y vistiéndome para bailar el vals con mi padrino o con mi abuelo mientras la gente lloraba y pensaba: pobrecita la nena. Un bajón. Pero la boluda no me quiso entender y me hizo un quilombo terrible.

—¿La boluda es tu mamá?

—Obvio, ¿quién va a ser? No sabés. Casi nos matamos.

—¿Fue para tanto?

—Sí. Me dijo que ya había pagado la mitad de la fiesta y que íbamos a perder la plata.

—¿Vos qué le dijiste?

—Que si la hacía, en vez de la mitad iba a perder todo, porque yo no pensaba ir.

—¿Y cómo terminó ese asunto?

—Me siguió jodiendo con el tema hasta que la mandé a cagar. Estuvimos como dos semanas sin hablarnos. Al final me dijo que era una egoísta. Que mi papá hubiera querido que ese día yo estuviera hecha una princesa y fuera feliz. Y que ella deseaba lo mismo.

—¿Cuál fue tu respuesta?

—Le dije que lo que quisiera mi viejo ya no tenía ninguna importancia porque estaba muerto y enterrado, y que lo que ella deseara a mí me chupaba un huevo.

La miro en silencio.

—Bueno. Ella se lo buscó.

—Yo no dije nada.

—No, pero me mirás como si me hubiera mandado cualquiera.

—Rocío, ¿no estarás proyectando pensamientos tuyos? ¿No será que a vos te parece que te mandaste cualquiera?

Silencio.

—Bueno, igual ya está. Además, teniendo en cuenta lo de mi viejo, hasta le devolvieron la plata. Así que hizo lío al pedo.

—A lo mejor no era la plata lo que le interesaba.

—Puede ser. Igual no me importa, ya pasó.

Era una chica con carácter que sabía defender lo que quería, de eso no cabían dudas.

—Sí, eso ya pasó pero, por lo que veo, el enojo con tu mamá sigue estando.

—Es que me da bronca que me tome de boluda.

—¿Por qué decís eso?

Pausa.

—Porque yo no me chupo el dedo.

—¿Y con eso qué me querés decir?

Inspira.

—Hace como dos meses que empezó a hablarme de un compañero de trabajo. Un tipo que se llama Marcelo.

—Ajá. ¿Y qué te dijo?

—*Que es tan bueno, que la ayudó tanto en este tiempo, que la trae hasta casa* —dice afectando la voz—: se cree que soy pelotuda.

—¿Podés ser más clara?

Me mira casi con enojo.

—No. ¿Vos también me tomás de boluda?

—De ninguna manera. Pero necesito que me digas claramente lo que pensás.

—Que se lo está cogiendo. Eso pienso.

Me impacta su respuesta, aunque trato de que no se note. Es la primera vez que pronuncia esa palabra en análisis. Incluso la primera vez que habla de

sexo conmigo. Es un momento muy importante: muestra que se siente cómoda y confía en mí, que la transferencia se ha instalado.

Los adolescentes no hablan de sexo con cualquier adulto. Incluso entre ellos, muchas veces, es un tema difícil de abordar.

—¿Y eso te molesta? —continúo como si nada.

—Ni ahí. Por mí que se haga romper el culo por un mono.

Me cuesta contener la risa al escuchar la frase. Pero ella sigue hablando normalmente.

—Lo que me jode es que se piense que yo no me doy cuenta.

—Tal vez no sea así.

—¿Qué querés decir?

—Que a lo mejor no se trata de que piense que sos tonta y no te das cuenta, sino de que es ella la que no puede hablar aún del tema. Tenés que reconocer que entre padres e hijos no es sencillo hablar de sexo. ¿No?

—Sí, ya lo sé. Pero igual. Es una careta.

—¿Querés decir que es una máscara que ella se pone?

—No.

Sin querer, con mi torpeza, he interrumpido su enojo y se ríe sin ningún pudor.

—Mi vieja es una «carena». Una falsa.

Es otra de las dificultades que suelen presentarse con los adolescentes: su lengua. Cada grupo de pertenencia tiene su modo de hablar y hay que aprender qué cosa significa cada palabra.

—Entiendo. Perdóname.

—No, está bien. A veces a mí también me cuesta entenderte.

—Sí, ya sé: «cada sujeto tiene su modo particular de transitar sus ausencias», ¿no?

—Tal cual.

El clima era ahora distendido y la sesión había sido importantísima, ya que habíamos podido abordar un tema tan complejo como la sexualidad de su madre. A partir de allí se abría una puerta para tratar otro tema aún más importante: su propia sexualidad.

La adolescencia media es un período que comienza alrededor de los 16 años y dura aproximadamente hasta los 19. En esa etapa se dan cambios fundamentales y transformaciones decisivas. No tanto a nivel corporal (engrosamiento de la voz, surgimiento del vello púbico, desarrollo de los pechos y las caderas en las niñas, etc.), cosa que ya ha sucedido en la etapa anterior, sino en lo psicológico. El deseo de iniciarse o, mejor dicho, ser iniciado sexualmente, surgido durante la adolescencia temprana, adquiere ahora características singulares y se hace más fuerte debido a la posibilidad de encontrar un compañero o compañera que no forme parte del grupo familiar. Al no estar atado a los objetos incestuosos (padre y madre) la libido —esa energía que mueve al deseo— queda libre para ir en busca de otros, por fuera del grupo primario. A esto se lo llama salida exogámica.

En este período se consolida la identidad masculina o femenina. Esta consolidación no es, como pudiera pensarse, algo sencillo. No necesariamente las mujeres van a adquirir una identidad femenina y los hombres una masculina. Tampoco es la heterosexualidad el camino natural. Si algo hace compleja la sexualidad humana es, justamente, que no se ajusta a un patrón natural, sino que es producto de una adquisición moldeada por los avatares de la historia de cada sujeto.

En este aspecto, precisamente, empezó Rocío a develar una trama angustiosa.

—Entonces decidimos quedarnos en casa con Rodrigo.

—¿Y tu mamá qué dijo?

—¿Qué iba a decir? También es mi casa.

Podríamos habernos detenido a hablar acerca de esta afirmación. Cuestionar la supuesta igualdad de derechos entre su madre y ella y analizar las implicancias de dicha creencia a partir de la cual, al hacer de su madre un par, se quedaba sin ninguna figura de autoridad que la limitara pero también le brindara protección. Decidí que no era el momento.

Rodrigo, quien según la mamá constituía su único vínculo actual, no era



algo de lo que hablara demasiado. No quise, entonces, dejar pasar la oportunidad.

—Contame un poco cómo es Rodrigo.

—¿Qué querés que te diga?

—Lo que quieras.

—Dejame ver. Es alto, pelo oscuro, flaco.

Me mira.

—¿Sabés lo que es un rollinga? —pregunta, y señala un imaginario flequillo alto.

—Sí.

—Bueno, él es rollinga.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciocho. Lo conocí en el colegio.

—¿Estudia allí?

—Terminó el año pasado.

—Ajá. ¿Y ahora, qué hace?

—Tiene una banda.

—¿Qué tipo de banda?

Se ríe.

—Es asaltante de bancos.

—Toda una profesión —respondo sonriendo.

—Ah, re. Era una broma. Tiene un grupo de rock.

*Ah, re.* Es una expresión que usa habitualmente. Yo fui aprendiendo a decodificarla en cada ocasión.

—¿Tocan en algún lado?

—Poco. Pero se juntan todos los martes y sábados a ensayar en la casa de Pablo, el baterista.

—¿Y solés ir a estos ensayos?

—Sí. A veces. Son buena gente. Algo rara, pero buenos.

—¿Qué querés decir con rara?

—Muy diferentes de mí. Pero los quiero igual.

Los adolescentes sienten su integridad amenazada constantemente debido a que aún no han terminado de construir su identidad. Por eso suelen realizar lo que se llama «elecciones narcisistas». Es decir, que se unen en grupos de

iguales, en los que cada uno refuerza en el otro su propia imagen y su necesidad de pertenencia a un grupo que les proporcione seguridad. Por eso, el diferente es visto como amenazante, agresivo o simplemente raro.

Por eso, lo extraño era que Rocío hubiera elegido un grupo integrado por gente tan distinta a ella. Pero al menos tenía un grupo. Rocío no estaba sola, como su madre creía. Y esto era importante.

Hablamos bastante de esta parte de su vida de la cual ni yo ni su madre sabíamos demasiado. En apariencia se sentía querida y contenida por el grupo de su novio. Pero no dejaba de ser eso: el grupo de su novio. Estaba integrada, pero era una pertenencia a medias. Casi podría decirse una solución sintomática. Que ese grupo venía a cubrir el vacío que su verdadero grupo de pertenencia, desde hace un tiempo ausente, debería estar ocupando.

De todas maneras, ciertas experiencias le resultaban movilizantes y la atraían, si bien solía quedarse afuera, como una espectadora pasiva.

—¿Y vos? —le pregunté.

—No. Yo nunca.

—¿Por qué?

—Me da miedo.

Los chicos que pasan por situaciones traumáticas o muy dolorosas desarrollan una sinceridad llamativa. Era el caso de Rocío. No es fácil que un adolescente reconozca sus temores con tanta naturalidad.

—¿Miedo a qué?

—Y... yo siempre escuché decir que la marihuana es una droga, y por más que los chicos me digan que no te hace nada, tantos años de propaganda en contra se ve que lograron asustarme. ¿Vos qué decís? ¿Debería probar?

Era una pregunta que no podía eludir. No sé si estaba esperando mi permiso para hacerlo o simplemente me pedía una opinión. De todas maneras, no son muchos los temas en los que como analista me permito ser contundente, pero este era uno de ellos.

—Rocío, yo no estoy aquí para ser el guardián de tu moral. Para juzgarte o enseñarte lo que está bien y lo que está mal. No puedo ni quiero aceptar ese lugar. Pero dejame decirte que aquí estamos hablando de otra cosa.

—¿Por qué?

—Porque en la Argentina la droga es algo ilegal, lo sabías.

—Sí.

—Bueno. Vivir en una sociedad e integrarse a ella de un modo sano, implica también respetar las leyes que esa sociedad impone. Y en ese sentido, avalar que consumas drogas sería avalar tu entrada en un circuito de ilegalidad. Y no pienso hacer eso.

Reflexiona un instante.

—¿Y si se legalizara?

—Ahí hablaríamos de otra manera.

—¿Pensarías que está bien?

—No. Porque los estudios realizados demuestran que es falso que la marihuana no sea perjudicial para la salud. Y jamás podría estar a favor de algo que te hiciera mal o te generara una dependencia. Pero lo hablaríamos como si el tema fuera, por ejemplo, el cigarrillo, que también es dañino y genera adicción, pero no es ilegal. ¿Me entendés?

—Sí.

Pausa.

—Pero independientemente de esto, ¿vos tenés ganas de probar?

—No. Solo que es un mundo diferente del que siempre me rodeó y eso me resulta atractivo. Pero no estoy tentada de probar. Simplemente intrigada.

Continuamos hablando del tema y no me pareció que Rocío estuviera en riesgo, cosa que agradecí internamente, porque de lo contrario debería haber hablado con su madre y no sé el impacto que eso podría haber tenido en nuestra relación. Más aún en un momento en que —percibía— Rocío necesitaba tener depositada en mí toda su confianza.

—¿Te acordás de que te hablé de Marcelo, el amigo de mi vieja?

—Sí.

—Bueno, parece ser que ahora lo cambió por otro. Uno que se llama Omar.

—¿Ella te dijo algo?

—No le doy lugar para esas confesiones.

—¿Y cómo te enteraste?

—Porque la llama todas las noches y se queda colgada hablando hasta la madrugada.

Menea la cabeza.

—¡Cómo le gustan los hombres!

—¿Eso te molesta?

—No —reacciona—, ya te lo dije, por mí...

—Sí, ya sé. Que se la coja un mono.

—Tal cual.

Silencio.

—Pero igual parece molestarte.

Piensa.

—Creo que tenés razón.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Puede ser que vivas esto como una traición a tu papá?

—Puede ser.

No dice más. Pero por su reacción no parece ser ese el motivo. Habrá que seguir buscando.

—A lo mejor lo que te molesta no tiene que ver con la sexualidad de tu mamá sino con la tuya —me mira—. ¿Querés hablar de esto?

—No, gracias. Paso.

Silencio.

—Rocío, solo quiero hacerte una pregunta. ¿Sos virgen?

Ahora sí, algo en su voz, en su gesto, demuestra que se ha angustiado. Se toma su tiempo antes de responder.

—No lo sé.

La respuesta me sorprende. Esperaba un sí o un no, pero no un no sé. Error. Jamás hay que pensar por el paciente ni dar nada por sentado. Cada uno es una historia maravillosa e inimaginable.

—¿Hay algo que quieras contarme?

Niega con la cabeza. Se hace un silencio profundo. Por momentos parece que va a hablar, pero se frena. Está dudando si lo hace o no. En su decisión está jugando su confianza en mí, y a lo mejor su posibilidad de hacerse cargo

de algo. No digo nada. El silencio se vuelve incómodo, pero lo sostengo. Me parece lo mejor. Casi veinte minutos después vuelvo a hablar, antes de dar por terminada la sesión.

—Quiero que recuerdes que te prometí no traicionarte.

Asiente con la cabeza.

—Nos vemos la próxima.

Se pone de pie, me da un beso y se retira. Sin decir nada.

Había pasado más de un año desde nuestro primer encuentro. Ese fue el tiempo que le llevó a Rocío poder contarme lo que le había pasado.

—Creo que tenías razón con lo que me dijiste la semana pasada. Me parece que el enojo con mi vieja no tiene que ver con lo que ella hace con su sexualidad, sino con algo que hice con la mía.

—¿Querés hablar de eso?

—Fue en el viaje de egresados de séptimo grado. Nos fuimos a Córdoba y paramos en un complejo hotelero. Yo compartí la habitación con mis dos mejores amigas, Evelyn y Tatiana. Todas las noches, después de cenar, se armaba un baile en uno de los salones del hotel donde nos juntábamos todos los colegios que estábamos allí. Y así nos hicimos amigos de chicos de diferentes lugares. La noche anterior a nuestro regreso se hizo un baile de disfraz a modo de despedida. En un momento le pedí a Camila, una chica de Río Negro de la que me había hecho muy amiga en esos días, que me acompañara a mi cuarto a cambiarme. Quería sacarme el disfraz y vestirme normalmente.

Hace silencio un instante y continúa.

—Cuando llegamos a la habitación hablamos mientras me cambiaba. Me dijo que estaba feliz y triste al mismo tiempo. Feliz de haberme conocido y triste porque sabía que era más que seguro que no nos íbamos a volver a ver. Le dije que yo también iba a extrañarla mucho, pero que podíamos quedar contactadas y vernos en las vacaciones. Ella estaba llorando. Me acerqué y la abracé fuerte. Ella también me abrazó... y me besó.

Se detiene.

—Yo me sobresalté. No me lo esperaba y no supe cómo reaccionar.

Pensé que eso estaba mal, pero...

—¿Pero qué?

—Me gustó.

Tiene la cabeza gacha y no me mira. Deja caer algunas lágrimas.

—Estaba como mareada, confundida pero a la vez excitada. Así como dice Rodrigo que uno se siente cuando se fuma un porro. Yo tenía una pollera corta y... Cami empezó a acariciarme por debajo. Y yo... no me negué. Sentía que estaba mal, que tenía que decir basta, pero no podía. En un momento sentí sus dedos —me mira— adentro... ¿me entendés? Yo me asusté. Quise decirle que parara, pero no pude. Cerré los ojos y la dejé hacer. En medio de la confusión escuchaba una respiración agitada. La de ella, o la mía, no lo sé. «Sos hermosa», me dijo y me besó otra vez. Con un beso largo. Era la primera vez que alguien me besaba. Y en ese momento se abrió la puerta. Eve y Tatiana venían a cambiarse, y nos vieron.

Silencio.

—¿Qué pasó después?

—Fue la noche más larga y más difícil de mi vida. Incluso más que la del velorio de mi papá. Las chicas me preguntaron todo y me hicieron jurarles que no la iba a ver más.

Hace una breve pausa.

—Y así fue. A la mañana siguiente no fui a desayunar. Directamente me subí al micro y no me moví de mi asiento hasta que llegamos.

Se seca las lágrimas con la manga de la camisa.

—Pero, me parece a mí o ¿hay algo más?

—Sí. Al volver todo se hizo muy difícil con ellas. Y unas semanas después, a la salida del colegio me hablaron.

—¿Y qué te dijeron?

—Que lo que yo había hecho era muy grave... que era una torti y que ellas no querían juntarse más conmigo. Me amenazaron. Me dijeron que si yo no me alejaba le iban a contar a mis viejos y a todo el colegio lo que había hecho.

Le doy un momento para que se recupere.

—Ellas eran tus amigas. Eso sí que fue una traición. ¿No?

—Sí.

—Debe de haber sido muy duro que te dejaran tan sola.

Asiente.

—Después de la muerte de mi papá se acercaron y me dijeron que estaban dispuestas a perdonarme.

—¿Y vos qué dijiste?

—Nada. Es difícil decir lo que se piensa cuando se está tan solo y no se puede confiar en nadie.

Ciertas experiencias agudizan el pensamiento y hacen madurar antes de tiempo.

—Pero ahora tenés este espacio. ¿Confiás en mí?

—Sí.

—Entonces, si querés, podés decirme lo que pensaste.

—Pensé que podían meterse el perdón en el culo.

—Te entiendo. Y a partir de allí, ¿cómo siguió todo?

—Nos relacionamos como compañeras de colegio. Ya no son mis amigas. No puedo volver a confiar en ellas. Y todo el tiempo tengo miedo de que me delaten.

—Rocío, se delatan los delitos. Y vos no cometiste ninguno.

—Sí, pero ¿te imaginás si mi vieja y los demás se enteraran?

—Sí. Y me pregunto si a lo mejor todo esto que me estás contando no tuvo que ver con que no quisieras festejar tu cumpleaños ¿no? Sin padre, sin amigas, enojada con tu madre. A lo mejor no solo no tenías qué festejar, sino tampoco con quién hacerlo.

Silencio.

—No lo había pensado, pero... Me parece que sí.

Silencio.

—Gabriel, la sesión pasada vos terminaste con una pregunta que yo no pude responder. Estuve pensando toda la semana en eso, y sigo sin poder responderla. Ayúdame. Después de lo que te conté... ¿Vos qué creés? ¿Yo soy virgen?

La miro. Ha confiado mucho en mí y merece que la ayude a reflexionar sobre el tema. Pero no hoy. Ha sido demasiado para una sesión.

Durante mucho tiempo trabajamos sobre los temas que habían salido en aquel encuentro. Y Rocío fue llegando a algunas conclusiones.

La primera tenía que ver con esto de la virginidad y la sexualidad experimentada más como una cuestión emocional y psíquica que como la existencia o no del himen. La segunda nos remitió a una frase que había dicho enojada refiriéndose a su madre: «Cómo le gustan los hombres».

Más que enojo, concluyó, lo suyo era envidia, y temor de que a ella no le ocurriera lo mismo. Pensaba y temía que, por haber tenido aquella experiencia con Camila, tal vez fuera lesbiana. Y eso la atormentaba.

Hablamos mucho acerca de las primeras experiencias sexuales y de cómo el hecho de que en su mayoría fueran con personas del mismo sexo no constituía a alguien en homosexual. De hecho, Rocío no lo era.

Relajarse en este sentido la llevó a terminar su relación con Rodrigo. Había sido una gran persona y se había comportado muy bien con ella. La había ayudado mucho en un momento difícil de su vida e, incluso, le había devuelto la posibilidad de confiar en alguien. Pero no lo amaba. Su relación con él tuvo que ver, más que con el amor, con el hecho de que era un hombre, y eso la resguardaba de su temor a desear a las mujeres, y que pertenecía a un grupo totalmente opuesto al de sus compañeros de colegio, los que la habían traicionado.

Un año después de esta ruptura se puso de novia con Valentín, con quien sigue saliendo.

En la actualidad, Rocío tiene veintiún años.

Aceptó inmediatamente cuando le pedí autorización para escribir acerca de esta parte de su historia. Leyó el original que le entregué para ver si lo aprobaba y me lo devolvió con un comentario que me conmovió profundamente.

—Lo pasé muy mal en aquella época. Fue bueno haber recorrido este camino junto a vos.

No dije nada. Mi silencio era un silencio agradecido.



# **CASO 5**

VÍCTOR

**PATERNIDAD • CULPA • VÍNCULOS**

—No puede ser —decía, mientras se refregaba la mano de modo compulsivo por la frente—. Esto no puede estar pasándome. No quiero esto para mí.

—Víctor, no siempre las cosas son como uno querría que fueran.

—Sí. Pero ¿por qué esto?

Víctor lloraba desconsolado en el diván. Lo hacía por primera vez en todo el tiempo que llevábamos trabajando juntos.

—¿Sabe qué es lo que siento? Que la culpa es suya, suya y de este puto análisis que empecé.

—¿Usted cree que soy el responsable de sus deseos?

—No. Pero yo manejaba mis impulsos de otra manera.

—Eso es cierto. Es más, por eso vino. Porque quería cambiar su manera de relacionarse con sus impulsos. ¿O no?

—Sí, pero jamás imaginé que iba a terminar así.

Llora. Está asustado y enojado al mismo tiempo. Hago silencio. Dice que jamás imaginó que iba a terminar así. Lo que no sabe es que no está terminando, sino que es apenas el comienzo de un largo camino.

Víctor tenía cuarenta y ocho años cuando tuvimos nuestra primera entrevista. Llegó al consultorio vestido muy elegante y comprendí de inmediato que estaba frente a un hombre con un discurso claro e inteligente. Ejercía con éxito su profesión de arquitecto y estaba casado desde hacía dieciséis años con Virginia. Ella era la dueña de un instituto de enseñanza privada y tenían tres hijos: Lucía, de 12 años, Sol de 10 y Santiago de 7. Dijo tener una familia armoniosa y se definió como un hombre feliz.

—¿Qué lo trae por acá, entonces? —le pregunté.

—La sensación de que estoy poniendo toda mi vida en juego por cosas sin importancia que no puedo manejar.

—Si no las puede manejar, a lo mejor es porque alguna importancia para usted tienen. ¿No le parece?

—Puede ser, pero de todas maneras son cosas que quisiera erradicarlas de mi vida porque solo pueden traerme problemas.

—¿De qué se trata?

—Para que se dé una idea, me siento como un hombre que ha cambiado todas sus riquezas y propiedades por una perla de un valor incalculable. Y que juega con ella sentado al borde de un precipicio, arrojándola al aire y volviéndola a tomar, sin darse cuenta de que si se le cayera de las manos perdería para siempre el sacrificio de toda su vida. Es evidente, compartiré conmigo, que ese hombre es un estúpido.

—No lo sé. A lo mejor habría que preguntarle cuál es el motivo que lo impulsa a arrojar la perla. Tal vez ese hombre tiene una razón para hacer lo que hace.

—Sí, que es un enfermo.

Silencio.

—¿La perla es su familia?

—Sí.

—¿Puedo saber qué es aquello que usted hace y que sería el equivalente al juego del hombre en el abismo?

—Salgo con mujeres. Todo el tiempo. De un modo compulsivo. No puedo desear a una sola mujer.

—Ajá. Y esto, ¿desde cuándo?

Piensa.

—En realidad es algo que hice toda mi vida. Siempre tuve aceptación entre las mujeres. Desde muy chico sentía sus miradas sobre mí. Yo les gustaba, me daba cuenta y me aprovechaba de eso.

Hace una breve pausa y retoma su discurso.

—Debuté a los 12 años con una prima con la cual mantuvimos relaciones sexuales durante muchos años. Todavía nos vemos, cada tanto, en alguna reunión familiar y tenemos algún juego erótico escondidos en un rincón. Pero bueno, en la vida de todo hombre hubo una prima, ¿no? Después seguí con

las chicas del barrio y del colegio. Como decía mi vieja: «Este chico no deja títere con cabeza». Y de verdad fue así. Hasta que conocí a Virginia.

—¿A partir de su relación con ella cambió su actitud con las mujeres?

—Le diría que sí.

—Me lo diría, pero ¿me lo dice o no?

Me mira.

—Bueno, casi.

—¿Eso quiere decir que fue *un poco infiel*? —le pregunto irónicamente.

—Si es que eso se puede. Porque la fidelidad es como el embarazo. No se puede estar un poco embarazada, ¿no?

—¿Usted que cree?

Se ríe.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Me preguntaba cuánto demoraría en aparecer esa frase: «¿Usted que cree?». Es como el padrenuestro de los analistas ¿no?

—No lo sé. ¿Usted qué cree?

Nos reímos.

Desde el primer momento me di cuenta de que podríamos trabajar juntos. Al finalizar la quinta entrevista le propuse iniciar el análisis. Estuvo de acuerdo y convenimos en utilizar el diván.

Víctor había realizado otras terapias, pero jamás había hecho psicoanálisis. A pesar de eso, se acostó en el diván y empezó a trabajar de un modo fluido y fecundo desde la primera sesión.

Unas sesiones después abordamos el tema de la culpa.

—Me siento culpable por todo. No lo puedo creer. A veces me encuentro pensando en cosas absurdas.

—¿Cómo cuáles?

—Me pasa todo el tiempo. Veo un accidente en la calle y me pregunto si yo no tengo alguna responsabilidad en el suceso. Gabriel, no piense que estoy loco. Sé que no tuve nada que ver con esas cosas, pero no puedo dejar de sentirme culpable.

Cuando empecé la carrera de psicología un docente nos comentó un caso. Se trataba de un paciente que experimentaba una profunda sensación de culpa por todo lo que ocurría. Leía en un diario acerca de un asesinato y sentía el impulso de presentarse ante la justicia para inculparse. Por supuesto que racionalmente sabía que era algo descabellado, pero no podía evitarlo.

En aquel momento pensé que podía tratarse de un invento, de un ejemplo exagerado para avalar la teoría. Es conocido el caso de «El hombre de los lobos», un ex paciente de Freud que, durante el transcurso de un análisis posterior con otro profesional, creyó enterarse de la muerte del creador del psicoanálisis, lo que no era cierto, y se sentía culpable de ella. La práctica clínica me daría muchas pruebas de la existencia real de este mecanismo.

—Esto que me pasa es un disparate —continuó.

—A lo mejor no.

Duda.

—¿Qué me quiere decir? ¿Que soy el causante de los accidentes de tránsito? No me venga con eso. No se olvide que aquí el loco soy yo.

—No, yo no dije eso.

—¿Entonces?

—Lo que quiero decir es que estos pensamientos que usted tiene están... digámoslo así... compuestos de dos elementos. El contenido y el afecto. El contenido, en este caso, sería ese conjunto de ideas que usted define como absurdas, y que algo de esto tienen, porque usted no tuvo nada que ver con esos accidentes. Pero la otra parte, el afecto, el sentimiento de culpa, a lo mejor no es un desatino.

Hago una pausa para asegurarme de que me está comprendiendo. Es una intervención teórica y le doy tiempo a procesarla.

—Lo que quiero decir es que ese sentimiento de culpa de algún lado viene, que por algún motivo experimenta usted ese afecto culposo. Ciertamente, no por andar rompiendo autos ni atropellando gente por la avenida 9 de Julio, porque eso no es algo que usted haga. Dejemos de lado, entonces, por un momento la idea y centrémonos en el afecto, que sí es algo real que usted siente. Y la pregunta es: ¿por qué o de qué se siente culpable?

Silencio.

—Lo primero que se me viene a la mente es algo que tiene que ver con lo

que venimos trabajando.

—Dígallo.

—Pensé que, a lo mejor, el motivo de ese sentimiento de culpa está en lo que le hago a mi familia.

«Lo que le hago a mi familia». Tomo esta frase como algo de suma importancia. Víctor es un hombre culto que posee un discurso preciso. De modo que esa manera de expresarse tan confusa, tan poco clara, me obliga a interrogarme sobre su sentido.

No dijo: por mis infidelidades, por estar traicionando a mi mujer. No. Dijo que algo «le está haciendo a su familia». ¿Qué cosa le está haciendo? Es una pregunta que por ahora quedaría sin respuesta.

Víctor, según sus propias palabras, empeoraba a pasos agigantados con el correr de los meses. Mientras que antes su compulsión a la infidelidad se satisfacía con una clienta, una colega o alguna mujer que conocía ocasionalmente, un día, y casi sin pensarlo, empezó a navegar por las páginas pornográficas de Internet. Esto, que empezó como una diversión, terminó convirtiéndose en una nueva obsesión. No podía trabajar ni tener delante una computadora sin entrar en esas páginas. Solía entrar en un cyber-café, aunque fuera por unos minutos, con el único fin de mirar pornografía.

Poco tiempo después comenzó a consumir prostitución.

—Yo nunca había hecho algo como esto —me contó lleno de vergüenza—. Jamás me hizo falta pagar para cojer. Y la verdad es que ahora tampoco. Le juro que mujeres es lo que me sobra.

—Pero una prostituta no es una mujer como cualquier otra, ¿no?

—Eso suena prejuicioso.

—No es mi intención, no lo digo por eso.

—¿Entonces?

—Lo que quiero decir es que, mientras las demás van a la cama con usted porque les resulta atractivo o excitante, una prostituta es una mujer que no se acuesta con usted por deseo. Lo hace por dinero. No por lo que usted es, sino por lo que tiene para darle en el sentido material de la palabra. ¿Y cómo fue que ocurrió?

Silencio. Está inquieto. Se mueve en el diván.

—Mi mujer había ido a pasar el fin de semana a casa de sus padres en Mar del Plata y se había llevado a los chicos. Yo estaba solo en casa. Serían las doce de la noche cuando empecé a sentir la necesidad de cojer.

Este es un detalle común en los que sufren de compulsiones sexuales. Las ganas de sexo no incluyen necesariamente a una persona en particular. No tienen ganas de cojerse a Natalia, Pedro o Florencia. No. Tienen ganas de cojer. Así de simple. Aquello que tiene que ver directamente con el deseo empieza a desdibujarse y aparece la necesidad, algo imperioso. Como una fuerza que se impone y a su vez, le impone al sujeto un arduo trabajo psíquico para acallarla.

—Miré en mi agenda —continúa— y no quise llamar a ninguna. Preferí salir a dar unas vueltas con el auto. Sin rumbo fijo.

—Y esa falta de rumbo, ¿hacia dónde lo llevó?

—A una confitería que hay por la zona de Puerto Madero. Entré y pedí algo para tomar. Miré alrededor, vi que había muchas mujeres hermosas, y me dije: o estoy muy lindo o son putas, porque no dejaban de mirarme —sonríe.

—¿Usted estaba muy lindo?

—Sí. Pero además era un bar de putas.

—¿Usted no lo sabía? ¿Cree que eligió ese lugar casualmente?

Silencio.

—Le respondería que así es. Pero no puedo ser tan estúpido. Seguramente algo habría escuchado acerca de este lugar e inconscientemente me dirigí hacia allí. Porque no dudé. Salí de casa, manejé hasta la zona, estacioné y entré.

—Entonces no es cierto que salió sin rumbo fijo.

Silencio.

—Continúe.

—Miré a las chicas y recuerdo haber sentido una mezcla de excitación y bronca.

—¿Bronca por qué?

—Porque esas chicas hermosas podrían haber sido mis hijas, y estaban ofreciendo su cuerpo a cambio de dinero... de mucho dinero.

—¿Sí?

—Y sí. No en vano el lugar está cerca de un hotel en el cual paran empresarios extranjeros. Por lo tanto las mujeres son caras y hermosas. Putas de doscientos o trescientos dólares, según.

—¿Según qué?

—Si el cliente le gusta o no, supongo.

—¿Y qué pasó?

—Me interesó una de las chicas —se ríe.

—¿Qué pasa?

—Magie. Se imagina que la piba se debe llamar Laura o Verónica. Pero bueno, es parte del código.

—Ajá. ¿Y qué pasó con Magie?

—Le hice señas, se sentó a mi mesa. Yo debo de tener cara de extranjero, porque me saludó en inglés.

—Ah... ¿Magie habla inglés?

—Por supuesto. Y francés e italiano. Incluso, me contó, que algunas chicas hablan alemán. Aunque no lo crea, son mujeres jóvenes y hermosas que tienen una gran cultura y son muy amables.

—¿Está tratando de justificarse?

—No, no. Solo le contaba.

Pausa.

—Para hacerla breve, terminamos en un hotel y me quedé toda la noche.

—¿Cómo se sintió?

—Muy bien —sonríe.

—¿Algo le causa gracia?

—Sí. Me cobró solo doscientos dólares.

—¿Eso quiere decir que usted le gustó?

—Ya sabe. Es mi karma. Siempre le gusté a las mujeres.

Víctor se convirtió en asiduo concurrente a ese sitio. Magie parecía su elegida, aunque alguna vez, cuando ella estaba ocupada o se había ido con alguien, elegía otra de las chicas que trabajaban en el lugar.

Y de a poco, esto que en un principio lo había llevado a ser infiel de un



modo permanente, viró hacia una especie de adicción al sexo.

Yo intentaba rastrear el porqué de esta conducta, pero generalmente las personas que la sufren tienen gran dificultad para precisar el origen de esta, de este deseo desmedido.

—Me pasa algo muy raro —dijo en algunas sesiones posteriores.

—¿Qué?

—Siento como si yo no fuera yo.

—Acláreme, por favor. ¿Tiene una sensación de despersonalización?

—No sé si técnicamente se llama así. El punto es que cuando voy a la confitería —con ese término se refería al lugar— tengo la impresión de que no soy yo.

Esta es otra característica de los adictos al sexo. Se escinden y viven su adicción como si no les perteneciera, como si este comportamiento lo realizara algún otro. Incluso muchas veces la escisión es tal que olvidan las cosas que han hecho en esos momentos. Aparecen, en tales casos, lo que denominamos lagunas en la memoria.

El adicto al sexo no es un infiel ordinario. En él, esto de «la doble vida» se da realmente de un modo contundente, apoyada en esa especie de división que experimenta el sujeto. Víctor comenzó a actuar como si tuviera dos vidas. En una estaban Virginia y sus hijos, lo que él llamaba su vida luminosa. A ella pertenecían también sus hermanos, su trabajo, sus fines de semana en familia y sus amigos. En la otra, el escenario oscuro y clandestino en el cual se desarrollaban sus vivencias patológicas y actitudes que solo realizaba en secreto. Aumentó, por ejemplo, su consumo de material pornográfico, ya fueran películas o páginas de Internet, y apareció una conducta que —según me dijo— jamás había tenido: la masturbación compulsiva.

En este momento del análisis decidimos aumentar la frecuencia de nuestros encuentros y acordamos vernos tres veces por semana. La razón que me llevó a tomar esta decisión tuvo que ver con la gravedad de la situación que estaba atravesando y sus posibles consecuencias: la adicción al sexo puede poner en riesgo toda la estructura psíquica de una persona y hasta llevarla a la ruina económica. En efecto, en esos estados son capaces de tener actitudes de alto riesgo, de incurrir en un abuso e incluso intentar suicidarse

para poner fin a lo que les pasa y que ha dejado de ser un juego sexual y divertido para convertirse en tortura.

En una de sus visitas a la *confitería*, Magie le insinuó que una de las chicas, Mariela, le había preguntado si Víctor no querría participar en una experiencia de tres. Él, que no se había puesto a fantasear con esta posibilidad, se vio seducido por la propuesta y, después de conversar un rato, partieron juntos, los tres.

—¿Cómo resultó?

—Al principio fue agradable. Mariela es hermosa, tanto o más que Magie. Incluso más joven. Casi una adolescente. No quise ni preguntar su edad por temor a la respuesta.

Pausa.

—Me recosté en la cama y ambas se dedicaron a brindarme placer.

No sé si entendía exactamente a qué se refería, pero no me parecía importante la descripción puntual de lo que habían hecho.

—Nunca había pasado por una experiencia como esa. De modo que estaba descubriendo un mundo nuevo. Es raro estar con dos mujeres. ¿Alguna vez pasó por eso? Es muy extraño, se lo juro. Son dos aromas diferentes, dos alientos distintos, dos estilos de cojer, dos voces. Un poco loco.

Se detiene.

—Usted me dijo que «al principio» fue agradable. ¿Ocurrió algo después?

Silencio.

—Sí. En un momento me levanté para servirme una copa de champagne. Habré demorado unos segundos. Al volver las encontré juntas.

—¿Qué quiere decir cuando dice juntas?

—Que estaban cogiendo.

—Ajá.

—Magie tenía su cabeza entre las piernas de Mariela, y esta me miraba de un modo lascivo. «¿Te gusta mirar, hermoso?» —me preguntó—. Me quedé petrificado, observando la escena y sin poder responder nada... No sé por qué, empecé a sentir una sensación extraña.

—¿Puede describirla?

—Algo aquí, en el pecho. Como una opresión. Algo que me subía hasta la garganta y me dificultaba respirar.

Eso se llama angustia. Víctor se había angustiado, pero ¿por qué?

—¿Cómo siguió todo?

—Me repuse y lo piloteé lo mejor que pude. Pero no volví a excitarme.

Deja de hablar.

—¿Qué pensó al verlas juntas?

—Que yo no tenía nada que ver con eso.

Silencio.

—Solo eso. Pero, según se mire, a lo mejor no fue tan malo.

—¿Por qué lo dice?

—Porque desde que pasó no volví al puterío.

El «puterío». Siempre se cuidó de llamarlo así. Pero esa vivencia cambió algo. Las mujeres deseables se transformaron en angustiantes y la confitería en puterío. ¿Por qué?

Esa es la pregunta que, como analista, resuena en mi mente mientras escucho a un paciente. Ante cada frase, ante cada confesión. Pensar que todo tiene un origen me es esencial para reflexionar. A veces encuentro una respuesta para esa pregunta. Otras no.

Los síntomas de las enfermedades psíquicas no son un capricho del paciente ni dependen de su voluntad. Cumplen una función. Posibilitan un equilibrio patológico que la psiquis encuentra al no poder resolver, de un modo sano, la puja entre algo inconsciente y reprimido por un lado, y la conciencia por el otro. Por dolorosos que sean, los síntomas sirven para ocultar algo que para el sujeto resultaría aún más inaceptable. Llevan algo de aquello que esconden y es a partir de ese algo que podemos hurgar e intentar develar lo que se oculta detrás de ellos.

La compulsión a la infidelidad, la obsesión por Internet y la entrada en el ambiente de la prostitución después, habían sido soluciones sintomáticas ante algún conflicto que Víctor no podía resolver.

A partir de la vivencia con aquellas mujeres esos síntomas habían desaparecido. Pero esta desaparición no había sido el fruto de la resolución

del conflicto; por ende, suponía que algo iba a aparecer para ocupar ese lugar. Durante un tiempo la angustia acompañó a Víctor invadiendo todo su ser. Hasta que una nueva formación sintomática vino a rescatarlo.

—¿Le pasa algo, hoy? Lo noto muy callado.

—Tengo algo que contarle. Pero me da vergüenza.

—Sabe que yo no voy a juzgarlo.

—Puede ser, pero me parece que ni yo mismo quiero escucharme.

Silencio.

—Sin embargo, ¿me equivoco o usted está menos angustiado que en las últimas sesiones?

—Ahora que lo dice, sí.

—A lo mejor la vergüenza ha ocupado el lugar de la angustia.

Piensa.

—Puede ser.

Pausa.

—A ver, ¿qué es eso tan vergonzoso que le ha ocurrido y que tanto le cuesta decir?

—El sábado volví a consumir prostitución.

Una vuelta al síntoma anterior, pensé.

—Bueno, pero ya hemos hablado mucho acerca de eso. ¿Por qué de repente le da vergüenza?

Breve silencio.

—¿Volvió a ir a la confitería?

—No.

—Ajá.

—Llamé por teléfono a alguien.

—¿Por qué no me cuenta cómo fue?

Se toma unos segundos antes de hablar.

—Desde la mañana venía con una sensación rara que no podía terminar de identificar. Sentía como una tensión que crecía dentro de mí y que era cada vez más grande. A eso de las siete de la tarde le dije a Virginia que tenía un trabajo que terminar y me fui a mi estudio. Una vez allí, reapareció la

compulsión. Empecé a masturbarme mirando páginas pornográficas por Internet. Me excitó mucho, como hacía tiempo no me pasaba. Y di con una página con la cual me quedé flasheado. En ella había una foto que me impresionó. Era la de una mujer espléndida, bellísima. Anoté su número y la llamé. Su nombre de batalla era Lisa. Charlamos un poco, le pregunté cuánto cobraba y arreglamos para que viniera a mi estudio. Yo estaba muy ansioso esperando su llegada. Media hora después me tocó el timbre. Era impresionantemente bella, alta, de ojos oscuros.

Su voz deja entrever la excitación que esa mujer le había generado.

—Empezamos a jugar y en un momento comenzó a hacerme sexo oral. No sabe. Jamás había sentido un placer igual, no podía creer lo que estaba sintiendo. Entonces la empecé a acariciar.

Silencio.

—¿Por qué se interrumpe?

—Porque ahí me di cuenta de que no era una mujer.

Breve silencio.

—¿Y usted cómo reaccionó al darse cuenta de esto?

—Me sorprendí, pero si debo ser sincero, no tanto. Como si de algún modo ya lo hubiera sabido.

—Y a lo mejor es así.

Piensa.

—Creo que sí. De hecho en la página lo decía claramente, solo que yo no me había dado cuenta. Pasé esa información por alto sin siquiera notarlo.

No percibir es un trabajo. La mente, rápidamente separa lo que ha de reprimir, y uno «deja de percibir» aquello que podría ocasionarle algún conflicto emocional o psíquico. Seguramente así había sido en este caso. La falta de sorpresa que evidenció Víctor demostraba a las claras que ya sabía, con ese saber no sabido del inconsciente, que no estaba con una mujer.

—¿Qué pasó después?

—Le dije que me había equivocado. Que era tan linda que pensé que se trataba de una mujer. Ella me dijo que estaba todo bien y que si quería podía retirarse.

—¿Usted qué le dijo?

—Que no. Que se quedara. Yo no iba a tener relaciones con ella. Pero me calentaba mucho, y le pregunté si podía mirarla.

—¿Mirarla?

—Sí, mirarla. No me lo haga más difícil.

—¿Quiere decir que quería ver su pene?

—Quería verla desnuda, sí.

—¿Y ella que hizo?

—Se fue desvistiendo, de a poco, de un modo muy sensual. Tardó una enormidad y yo...

—¿Usted, qué?

—Me iba excitando cada vez más. Hasta que finalmente quedó desnuda. Supongo que alguna vez vio un travesti, al menos en una foto o en alguna película.

—Es una sensación extraña. Pero me resultó fascinante. Es como un ser distinto. Con la belleza de la mujer y la completud de un hombre. Yo no quise volver a tocarla, pero le pedí que se masturbara. Ella lo hizo. Y yo también.

—¿Y cómo se sintió?

—Tal vez eso es lo que más me avergüenza. Jamás me sentí tan excitado en mi vida. Gabriel, le juro que era una mujer.

Un viejo mecanismo defensivo: la negación. Se lo señalo.

—Víctor, le aseguro que no.

No dice nada. No dirá nada más en toda la sesión.

Víctor siguió viendo asiduamente a Lisa. Sus encuentros eran casi siempre iguales. Se encontraban en su estudio, conversaban, tomaban algo y después se besaban, se acariciaban y para finalizar él encontraba el orgasmo mirándola.

En cierta ocasión Víctor le preguntó si su cabello era en realidad una peluca. Ella no le respondió, pero cuestionó esa pregunta, a lo cual él respondió que tenía la fantasía de verla con su cabello natural.

—¿Y Lisa qué le respondió?

Menea la cabeza.

—Me dijo que a lo mejor había llegado la hora de que probara con un hombre.

Esto lo había conmovido. Hasta ahora todo había sido un juego y no se había cuestionado la posibilidad de que su deseo fuera de origen homosexual.

Estuvo dos semanas sin comunicarse con ella, hasta que volvió a llamarla. Hablaron largo tiempo por teléfono, se había generado una buena relación y Víctor depositaba en ella gran confianza, como jamás había tenido con persona alguna.

Ella le propuso invitar a un amigo a su departamento. Víctor no estaría obligado a nada. Podía hacer lo que quisiera, incluso irse si no se sentía cómodo. Aceptó, y un viernes a la tarde tuvo lugar el encuentro. Un nuevo *ménage á trois*. Pero esta vez todo sería diferente.

—¿Cómo se sintió?

—Confundido. Todo sucedió como en un sueño.

—¿Me quiere contar?

—Llegué al departamento de Lisa y nos quedamos un rato largo hasta que llegó Sebastián. Conversamos bastante y fuimos entrando en confianza. En un momento ella, de un modo natural, me preguntó si quería que hicieran algo. Yo sentí una profunda ambivalencia. Por un lado me preguntaba qué hacía yo allí, con un travestí y un *taxi boy*. Yo que soy un profesional, un padre de familia. Y por otro lado me moría de ganas de mirar. Se lo dije y pasamos al cuarto.

Pausa.

—No me haga entrar en detalles, por favor.

—Diga lo que quiera.

—Fue una experiencia muy fuerte. Me limité a mirarlos. Sebastián y Lisa hicieron el amor de un modo apasionado, pero a la vez tierno. Yo pensaba que en estos casos todo se llenaba de insultos, de violencia. Y no. La relación no tuvo nada de promiscua. Incluso fue... bella.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Sus cuerpos. Tan lindos ambos. Y ellos entregados al placer con el

único fin de darme a mí, placer.

—También Magie y Mariela hicieron algo parecido. Sin embargo el resultado fue diferente. ¿Por qué cree usted que fue así?

—No lo sé.

—Víctor, usted usó en aquel momento una frase muy particular. Dijo que «*no tenía nada que ver*» con eso. A lo mejor con dos mujeres usted siente que «no tiene nada que ver» o, dicho de otra manera, que no tiene nada para ver, que allí falta algo. En cambio Sebastián y Lisa tienen algo para mostrar, algo que usted quiere ver.

Pausa.

—¿Sus penes?

—Usted dijo que Lisa era como la perfección, ya que tenía la belleza de una mujer y «la completud» de un hombre. ¿Lo recuerda?

—Sí.

—Quizá vea usted a la mujer como incompleta, como si le faltara algo.

—Bueno, algo le falta.

—No, Víctor. A la mujer, en la realidad, no le falta nada. Tiene otra cosa. La vagina no es falta de pene, pero puede que a usted le impacte de esa manera. Y si es así, la única realidad que vale en este análisis es su realidad psíquica.

—¿Y si esto fuera así?

Me lo pregunta angustiado. Como si temiera una respuesta que ve asomarse en un horizonte y que no quiere para él.

Fue una etapa muy convulsionada de su análisis. Su doble vida se había acentuado de un modo extremo. La parte oscura de su existencia era cada vez más fuerte, la necesitaba cada vez más, hasta que un día se animó y participó del juego más activamente.

—¿Cómo fue?

—Estaba mirándolos y sentí que tenía muchos deseos de participar. Entonces, simplemente me acerqué y lo hice.

—¿Y a cuál de los dos penetró?

Silencio. Largo, pesado.



—A Lisa.

Llora.

—¿Puedo saber por qué llora?

—Se va a reír.

—No.

—Me emociono al recordarlo.

Esta sí era una respuesta inesperada.

—¿Qué es lo que lo emociona?

—El placer que experimenté, la libertad. Sentí como si nunca hubiera sido pleno hasta ese momento. Fue una sensación prolongada, intensa. Como si hubiera una comunión diferente entre nosotros. Tanto fue así, que Sebastián se levantó y se fue. Y nosotros nos quedamos juntos. Es más, se fue y ni nos dimos cuenta. Fue sublime.

Se angustia.

—Es terrible lo que estoy diciendo.

—Pero es lo que siente.

Víctor estaba conmovido, impactado. Lisa había movilizado en él sensaciones y afectos desconocidos. Pero allí estaban, y a esta altura no podíamos detenemos.

La vida luminosa de Víctor se iba ensombreciendo cada vez más. Ya casi no tenía relaciones con Virginia y, cuando lo hacía, experimentaba una fuerte sensación de asco. En parte por esto se distanció de su hogar, lo cual le generó sensaciones de culpa con respecto a sus hijos.

Para revertir esa situación más de una vez se propuso no volver a llamar a Lisa, pero esa decisión duraba apenas o unos días, al cabo de los cuales la angustia y el dolor lo llevaban a verla nuevamente.

Ella, también estaba conmovida. En apariencia se había enamorado de Víctor. ¿Y él? ¿Qué pasaba con él?

Aquella sesión fue especialmente trascendental en nuestro análisis y en la vida de Víctor.

—A lo mejor usted se ha enamorado de Lisa. ¿No le parece?

—No puede ser. Esto no puede estar pasándome. No quiero esto para mí.

—Víctor, no siempre las cosas son como uno querría que fueran.

—Sí. Pero ¿por qué esto?

Pausa.

—¿Sabe qué es lo que siento? Que la culpa es suya y de este puto análisis que empecé con usted.

—¿Usted cree que yo soy el responsable de sus deseos?

—No. Pero yo manejaba mis impulsos de otra manera.

—Eso es cierto. Es más, por eso vino. Porque quería cambiar su manera de relacionarse con sus impulsos. ¿O no?

—Sí, pero yo jamás imaginé que iba a terminar así.

—¿Y quién le dijo que este es el final? A lo mejor, es el comienzo de algo diferente.

—Sí, de algo sucio y promiscuo.

—¿Por qué dice promiscuo? Según me ha contado, hace ya mucho tiempo que usted y Lisa se encuentran a solas y hacen el amor de un modo que además de pasión tiene mucha ternura.

—Gabriel, ¿usted se da cuenta de lo que estamos hablando?

—Sí. ¿Y usted?

—Por supuesto. Por eso estoy desesperado. Y encima me pregunta si no estoy enamorado de ella. ¿Y si así fuera, qué? De todos modos no podría hacer nada.

—¿Por qué?

—Porque sería una tragedia. ¿O no se da cuenta de que esto no puede llevarme a ningún tipo de bienestar?

—Nunca acordamos buscar su bienestar sino su verdad.

Inspira profundamente. Puedo percibir su enojo.

—¿Por qué no se va a la mierda?

—Si yo lo hiciera, ¿su verdad sería otra?

Silencio.

—Gabriel, estoy desesperado.

Lo sé. Lo entiendo. Hay verdades que conmueven la vida entera de una persona. Y Víctor estaba frente a una de ellas. Nadie podía elegir por él. Pero el velo había comenzado a correrse y ya era tarde para volver atrás.

Durante varias sesiones volvimos sobre alguna de las frases que Víctor había dicho a lo largo del análisis.

—Me gustaría que repasáramos algunas cosas. A lo mejor, a la luz de los acontecimientos que han pasado, podemos pensar aquellos dichos suyos de otra manera. ¿Le parece?

—Bueno.

Muchas veces, mientras escucho el discurso de mis pacientes, algunas de sus frases me suenan fuertes, se me imponen como dichas en rojo. Suelo remarcarlas. En ese momento desconozco el porqué, pero tiempo después algunas encuentran un nuevo sentido.

Tomé su historia clínica y elegí algunas de esas frases subrayadas por mí en distintas sesiones.

*«No puedo desear a una sola mujer».*

El análisis de esta frase lo llevó a formularla de otra manera: jamás, en toda su vida, había podido desear de verdad ni a una sola mujer. Algo en ellas le imposibilitaba el deseo. ¿Qué cosa? No algo que había en ellas sino algo que no había. Víctor veía en la falta de pene una carencia intimidatoria. Por eso la visión pasiva de una relación sexual entre mujeres le pareció angustiante. Esta reflexión se vio reforzada con el análisis de otro de sus dichos.

*«Ya de chico sentía la mirada de las mujeres sobre mí».*

Esa frase que en aquel contexto parecía remitir a su seguridad, como hombre, a la creencia de haber sido siempre deseado, en realidad remitía a una sensación de ser mirado de modo amenazante. Como si quisieran apropiarse de algo que él tenía y ellas no.

«Es mi karma. Siempre le gusté mucho a las mujeres».

La palabra karma lo remitió a un castigo. Víctor sentía la condena de ser deseado por las mujeres cuando en realidad su deseo no estaba dirigido a ellas.

«Lo que le hago a mi familia».

Ahora sí pudimos encontrarle sentido a esto. No se trataba de sus infidelidades, sino de su miedo al daño que su homosexualidad podía causarles a sus hijos, a su mujer, sus hermanos y a todos aquellos que quería. Tenía un enorme temor de no ser aceptado por ellos. Y no solo eso. En realidad no era el miedo a perder a su familia sino a perderlo todo: sus amigos, su reputación, su trabajo. Todo lo que había construido durante su vida.

—¿Cómo confiesa alguien a los cincuenta años que de golpe se ha vuelto puto?

—Víctor, está cometiendo dos errores. En primer lugar, se confiesan los delitos o los pecados. Y usted no ha cometido ni una cosa ni la otra. En segundo lugar nadie se vuelve *puto de golpe*. A veces uno descubre cosas que han estado mucho tiempo reprimidas, sepultadas. Pero créame que nadie constituye su identidad sexual a los cincuenta.

Trabajar sobre todo esto conducía a una verdad que Víctor no quería aceptar.

—Gabriel, ¿usted puede ayudarme a ser heterosexual?

—Víctor, yo no puedo ayudarlo a ser lo que no es. Si quiere, podemos intentar seguir trabajando para que pueda vivir dignamente con lo que sí es.

Víctor ha trabajado mucho en este tiempo, con valentía y a pesar de su dolor. Pudo comprender que su donjuanismo era en realidad una formación reactiva, una manera de defenderse de su atracción por los hombres saturándose de mujeres. También pudo identificar el origen de su culpa en este deseo homosexual y volcar sus esfuerzos para resolver el conflicto.

Se separó de su mujer y es un padre ejemplar. Ve a sus hijos casi a diario y los tiene con él cada quince días. Sigue siendo exitoso en su profesión.

Extraña la sensación del hogar y algunos amigos de los que su nueva realidad lo ha alejado.

Ha llegado a una conclusión que lo emociona a la vez que lo aterra: está enamorado de Lisa. Y ella de él. Están en pareja desde hace un tiempo, aunque no viven juntos. Ella ha retirado su página de Internet y ya no practica la prostitución.

Víctor tiene miedo y está lleno de preguntas: ¿Se puede ser feliz así? ¿Se puede armar un hogar siendo tan distintos del resto? ¿Podrá decirles en algún momento a sus hijos cuál es su verdad?

Desde que está con Lisa nunca le ha sido infiel ni ha vuelto a consumir pornografía.

Es necesario ser un creyente en el psicoanálisis para no retroceder ante ciertas cosas. Es muy duro ver a un paciente desgarrarse, sufrir, sentir que todo el andamiaje de su vida se cae y dejarlo caer. Algunos proponen apoyar el síntoma. Nos cuestionan: ¿No sufre menos el paciente si lo ayudamos a que siga con su vida a pesar de su deseo?

La respuesta puede ser sí. Pero es una decisión ética de cada profesional.

En mi caso, aquella máxima según la cual el psicoanálisis no busca el bienestar sino la verdad de cada paciente, me hace sostener mi postura a pesar de los vaivenes del análisis. Mi compromiso es ayudar al paciente a que no retroceda ante lo que desea. Que lo asuma. Que lo mire a los ojos. A pesar de los temores. Lo que haga con ello pertenece a su libertad.

A veces, lo confieso, me he planteado este dilema. Pero siempre he llegado a la misma respuesta: es preferible la verdad. A pesar de los costos que traiga aparejados. Por eso sigo siendo analista.



GABRIEL ROLÓN. Nació en Buenos Aires en 1961. Cursó sus estudios en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Se graduó e hizo su especialización en psicoanálisis. Ha participado y participa en programas de radio y televisión en los que estrecha su vínculo con la audiencia brindando respuestas y orientación en los casos necesarios. Fue columnista de *Tarde negra* (conducido por Elizabeth Vernaci) y logró un reconocimiento público por su trabajo en radio junto con Alejandro Dolina en *La venganza será terrible*, y por su participación con Roberto Pettinato y Karina Mazzocco en *Todos al diván*. En 2008 condujo sus propios programas en radio y televisión: *Noche de diván*, por Radio Mitre, y *Terapia (única sesión)*, por América TV. *Historias de diván* (Planeta, 2007), su primer libro desde el psicoanálisis, fue un éxito de ventas sin precedentes en la Argentina y se editó en Brasil, México y España, suceso que se repite en 2009 con su segundo libro: *Palabras cruzadas* (Planeta). *Los padecientes* es su primera novela.